

llo de los ojos parecerá mitigado por la misma tinta general dominante. Así se comprueba el que cada temperamento tiene una armonía propia, que el artista hará más suave ó atractiva, definiendo lo que sea indeciso, avivando lo apagado, temperando la dureza y poniendo, en fin, de relieve lo que puede ser agradable y disminuyendo lo que no puede serlo.

Estas variedades de la tez y los cabellos exigen tonos diferentes en el vestido; sin embargo, hay colores que sientan bien á todas las fisonomías, como el negro, el gris claro, el gris perla, que en realidad no son colores, y los tonos rojos como el carmello oscuro, habana, por que son tonos *calientes* en la sombra y *fríos* en la luz.

Respecto del negro, conviene antes saber de qué negro ha de usarse. Si para hacer resaltar la frescura de una rubia, ó el blanco satinado de una belleza de cabellos bermejos, se usará un negro suave ó intenso como el del terciopelo; si de una morena se tratase, el negro sería tristísimo, luto completo, si fuese negro mate y no animado por reflejos lustrosos como el rojo, ó suavizado como el terciopelo por los reflejos que le son propios. Ovidio dice en el *Arte de Amar*: "El negro sienta á las rubias, hermoso á Briseida, cuando, vestida de negro, fué robada. El blanco conviene á las trigueñas: Andrómeda, tus albas vestiduras te hacían más bella cuando recorrias la isla de Serife." El poeta tiene razón: ¡si el negro hace blanca á una morena por el contraste, el blanco produce el mismo efecto proyectando una luz que baña, por irradiación, las partes contiguas, así como el gris claro que no es sino un blanco amortiguado cuando es lustroso y produce reflejos.

Según la común opinión, que ha de tenerse en cuenta, (aun en nuestro país en donde no se tiene ó no se ha despertado aun el sentimiento estético de la forma ni del color) el amarillo y el rojo sientan á las trigueñas y el azul á las rubias.

Esta opinión es, en teoría, verdadera; pero en la práctica tiene excepciones, porque hay muchos matices en la tez de las morenas como en la de las rubias, y precisamente el arte que nos ocupa vive solo de temperamentos delicados y de matices.

Conociendo la ley del contraste simultáneo de los colores, su mezcla óptica, los efectos del blanco y el negro en todo espectáculo coloreado; la propiedad del rojo de proyectar una aureola verde, el amarillo morada y el azul arrojada, y recíprocamente, es decir la propiedad que posee cada color de proyectar la tinta de su complementario sobre el espacio que la rodea; conociendo estas leyes y sabiendo qué luz alumbrará su obra si es la del gas, la de la aurora ó el crepúsculo, del mediodía ó del norte, el artista puede á su antojo fortalecer ó suavizar, excitar ó apagar los colores naturales de la personas que quiere hermosear.

A él toca saber en qué circunstancias deberá usar tal ó cual artificio. ¿Convenirá que pierda el tiempo en tratar de disimular un defecto visible? ¿Tratará, por ejemplo, de templar la violencia de un cutizateado? No, lo que es imposible disimular, vale más acuarlo con franqueza. Y entonces empleará, para una trigueña amarillosa brillante y rojos vivísimos. Un lazo color junto, una camelia escarlata en cabellos negros, un corpiño punzó, adornado con encajes de Chautilly, imprimirán cierto aire de audacia á la fisonomía que así se adorne.

Se recuerda con este motivo, que uno de los más hábiles coloristas, Eugenio Delacroix, encontrándose moribundo, recibió la visita de una mujer artista que lo estimaba mucho é iba á estrecharle la mano por la última vez. Cuando entraba en el aposento esta señora, Delacroix, con un movimiento espontáneo, instintivo se envolvió el cuello en una faja de seda roja de la China para corregir la palidez livida, cada-érica de su rostro.

Mas, si se trata de una trigueña delicada, cuyas facciones estén ligeramente fatigadas, ó de

una morena de entiz relativamente claro y ojos aterciopelados, no es entonces por medio de colores vivos como deberá procederse. Al contrario, los colores suaves están indicados, especialmente el azul claro, porque es el tono que se acerca más al blanco, sin tener su crudeza. De esta manera se hace completamente blanca á la morena, suavizando en la trigueña la palidez y la alteración de sus facciones, porque se ponen en contacto con un tono casi desvanecido.

Sucedo otro tanto respecto de las rubias, es to es, que la teoría común debe ceder ante la conveniencia de realzar la belleza, ya por medio de los contrarios ó por el de los semejantes. No hay duda de que en tésis general la dulzura de las rubias, que puede ir hasta la insipidez, exige algunos contrastes para avivar el conjunto. Si el rubio es dorado ó bermejo pide adornos del color de su complementario: así, un lazo de terciopelo morado, un ramillete de violetas en los cabellos, un vestido lila oscuro, sentarán admirablemente. Hay otro color que cuadra á todas las rubias de esta variedad, el verde de media intensidad. Si el rubio es tierno y fresco, el rojo macarado (entre cereza y rosa), el rojo algarrobo, el rojo rubí lo realzarán, en parte por analogía, en parte por contraste. El rojo no es exclusivamente para las trigueñas, sino que entra muy bien en el adorno de las rubias, pudiendo decirse otro tanto del amarillo que algunas rubias pueden usar con buen éxito; solo que en este caso, el tono amarillo del adorno debe corresponder al mas claro del cabello, siendo indispensable, además, que haya alguna tinta que ayive el conjunto.

Si de estos extremos se vuelve al término medio, al castaño, al ámbar claro y las carnaciones que naturalmente corresponden á estos tonos, diremos que las mujeres colocadas, por decirlo así, en las medias tintas del color, pueden sacar igual partido de lo que conviene á las trigueñas como de lo que sienta á las rubias, con tal de que los tonos del vestido y del tocado sean calculados según el grado de vivacidad de la tez. El amarillo puro, el rojo violeta, no sientan al castaño; pero los tonos medios como el amarillo pálido el rojo *mastuerzo*, el azul turquí, el azul luz, convienen á la índole de aquel tono medio. El castaño claro admite los colores que convienen á las rubias, con menos franqueza, sin embargo, en el tono.

Pero el capítulo de los colores no está agotado todavía.—Ocasión y tiempo llegarán para ocuparse en tan interesante materia.

NOTA.—Se acaba de tratar de las diversas maneras como se puede avivar el color de las blancas y aclarar el de las trigueñas, sin tomar en cuenta los polvos de arroz ni los otros aféites que con nombres inocentes se ofrecen en venta; lo que á las discretas lectoras les enseñará que el arte de realzar la belleza nada tiene de común con el de disimularla y destruirla.

### SONETO.

A MANUEL ADOLFO GARCIA,

acabado de leer la bella composición que me ha dirigido últimamente con motivo de mi regreso al Perú.

¡También tu hermano,—nunca tu maestro!—  
Llora en secreto aquella edad pasada  
Que encantaron, en fúlgida bandada,  
Amor, ensueños, esperanzas, estro!...

Pero ¡porqué en el triste pecho nuestro  
La risueña evocó fresca alborada,  
Que precedió á tan tréfica jornada  
Y al presente crepúsculo siniestro!.....—

Si, en medio al canto, entre el atento coro  
Tu frente á mis miradas se deseeubre,  
A ti el laud yo cederé de oro;

Que, aunque enal árbol que agitó el octubre  
Desnuda esté, con délfico decoro  
Froncosa rama de laurel la cubre!

NUMA P. LLONA.

Lima, Junio de 1874.

### JUEZ Y VERDUGO.

#### III.

EL MIRAGE DEL PASADO.

AURA A ROSA.



E aquí separadas, quien sabe por cuanto tiempo, las dos existencias que hizo una sola el lazo de un entrañable afecto, y que Lima individualizó con el poético nombre de—  
Rosaura.

He aquí á la triste Aura lejos de Rosaura, preguntándose como podrá vivir esta nueva vida de vacío y soledad.

Soledad y vacío es el sitio donde tú no estás.

Vacío y soledad es para tí tambien, lo sé, el lugar donde no estoy yo.

Y nos quejábamos de la suerte! y nos creíamos desgraciadas, porque la política separaba á nuestros padres, y nos forzaba á hacer de nuestro cariño un misterio, misterio que tanto encanto derramaba en las horas que nos era dado pasar juntas.

¡Ah! qué hermosas y rientes lontananzas dejamos en pos! regiones de oro y grana, que hemos atravesado indiferentes, mirándolas sin verlas, y que ahora diviso en la memoria, llorando sobre el papel en que te escribo, como el proscrito á la vista lejana de la patria.

Embebecidas en la espera anhelante del porvenir, dejábamnos alejarse, sin pensar en ellos, esos venturosos días de las infancias, rosados celajes que alumbran el alma hasta en la noche de la vida.

¿Recuerdas nuestros turbulentos juegos, en aquellos furtivos paseos de la nodriza en la sombría alameda de Descalzos, y sobre el céreo de las ramas? ¿Recuerdas las trazas empleadas para correr á la puerta, donde la una aguardaba á la otra, en la esperanza de cambiar un beso y un caramelo?

Y nuestra morada en Belen, santuario de paz y fraternidad, donde podíamos amarnos sin temor? Y el día beatífico de nuestra primera comunión? Qué inefables emociones al acercarnos á la sagrada mesa, al gustar el pan divino, al tender nuestras inocentes manos sobre el santo libro para hacer el juramento de ser buenas y virtuosas!

Tu madre lloraba de gozo... ¡Ay! la mía estaba ya en el cielo; pero yo la veía entre los coros de ángeles que poblaban el templo, veidos con sus alas ante la magestad de Dios. Y cuando cumplida la augusta ceremonia, prostradas ante el altar, prometimos amarnos mas allá de la muerte, vida, sonriéndonos con amor, recoger ese voto en su seno.

Evocando estos recuerdos, vuelvo á esos tiempos de sin igual ventura, en que asidas de la mano, caminábamos, alegres y confiadas en la senda de la vida, hijos los ojos en la estrella del porvenir.....

Así llegamos á los umbrales del colegio, donde nos esperaban, de un lado la madre prelada con su maternal abrazo; del otro el mundo con sus halagüeñas promesas.

Dolor y alegría.  
Dolor de romper los apacibles hábitos de esa dulce vida de placida intimidad; alegría de trocar el sombrío uniforme azul y negro, con las brillantes galas de la juventud.

Qué días tan deliciosos siguieron á ese en que dejamos las clases por la charla de los salones, y los libros de estudio para hojear el prestigioso libro de la sociedad!

Separadas por el odio de partido que la política arrojara entre tu padre y el mio, nuestro afecto hallaba medios para salvar ese abismo.

Con qué graciosa audacia te deslizabas detras de la primera persona de estatura elevada que entraba á casa; atravesabas de un sal-

to la bifurcacion de mármol, te colabas en el callejon, un sillón antiguo te servia para escalar la ventana de mi cuarto y caías en mis brazos.

¿Qué gozo! Dios mío!... Reíamos, llorábamos; nuestras preguntas y respuestas se atropellaban, se mezclaban y no tenían fin. Saltábamos, bailábamos; y quien nos hubiera visto, habríamos creído locas.

Pero cuando, después de echar á la puerta doble cerrojo, nos sentábamos al piano y tocábamos á cuatro manos algun nocturno anónimo, hijo de tu inspiracion, entónces nos volvíamos sublimes; el salón me aplaudia, y yo recogia sola los laureles de tu gloria... ¡Sol! no, que mi padre, radiante de orgullo, recibia entusiastas felicitaciones.

¿Recuerdas el terrible susto que nos dió el atolondrado M. en aquel brillante baile dado por el Congreso al Presidente en el patio de la Universidad? Tu padre era el jefe de la oposicion: el mío era Ministro de la guerra.

—General—dijo á éste aquel loco, en el momento que, figurando en una cuadrilla llegábamos cerca de ellos—cuánta envidia habrá tenido á U. los que oyeron anoche á esa doble Rosaura cantar á duo una *salve* en el coro del Sagrario!... ¿Y ese empecinado Velasquez?—añadió, baseando á tu padre, con una mirada en torno—¡Oh! aquello valia una solemne reconciliacion.

—Bah!—replicó el mío—entre enfadado y festivo—¿qué sarta de disparates está enjarestando este truhan? Me dirás qué significa eso de doble Rosaura y de *salves* á duo en el coro del Sagrario?

—Como!—ignora usted qué—empezaba á decir el calavera! Tu mirada suplicante lo detuvo. Te sonrió con aire de inteligencia, esquivó la respuesta, y corrió hacia otra parte, fingiendo que lo llamaban. Pero nosotras temiendo un nuevo arranque de figuerza, la una después de la otra, dejamos el baile, seguidas de nuestros padres, que se fueron, el mío al círculo tenebroso del club; el otro al no ménos tenebroso del gabinete.

¿Qué larga reminiscencia! Escribiéndola vuelvo á sentir el dulce sabor de esas horas de dicha que tan poco duraron.

May luego, el cielo de nuestra felicidad comenzó á nublarse. Cai enferma. Mi padre profundamente alarmado, llamó á los médicos, que me desterraron de Lima y me impusieron la vida de los campos.

No era ya posible vernos: mi padre no se apartaba de mi lado. Así forzoso me fué partir sin despedirme de ti. Sin embargo, alejábame tranquila, casi contenta; porque esperaba, creia, que habias de seguirme; y abordó del vapor, tendia en torno furtivas miradas pensando que ibas encerrada en algun camarote. La imaginacion de una jóven es, como los libros de caballeria: un mundo de prodigios, que no cuenta con los infinitos obstáculos que median entre la voluntad humana, y el objeto que se propone alcanzar.

¿Qué dolorosa inquietud, cuando llegamos á Islay, y desembarcados los pasajeros, faltabas tíl! No podia resolverse á dejar el buque, hasta que mi padre me preguntó si echaba de menos algo en mi equipaje.

Fué necesario bajar al bote para atravesar el agitado oleaje que se estrella contra las rocas donde se asienta como un nid de águilas, el puerto de Islay.

El aspecto pintoresco de este pueblo, cuando se le mira desde el mar, es una ilusion que se desvanece desde que, subida la pendiente escalera del embarcadero, se entra en sus calles estrechas y polvorosas.

En un tejencillo, su mejor almacén, compré un frasco de perfume que te envié allá, á la tierra de los perfumes, como la reina Pomaré enviaba un compás á su favorito. Partimos para Arequipa al cerrar de la siguiente noche, montados en magníficos caballos, y en larga caravana al traves de los borrados senderos de un desierto de arena. Alumbrábanos una her-

mosa luna llena cuya luz prestigiosa derramaba en torno nuestro extrañas alucinaciones que para cada uno revestian diversa forma. Montañas, lagos, campamentos, ciudades, surgian y desaparecian á nuestros ojos en sucesion infinita, hasta que la luz del alba desvaneció el encanto, y nos descubrió el risueño panorama en cuyo fondo, imponente y sombrío, alzase el Misti.

Y en esa noche de extraños mirages; y en esa alborada de rientes panoramas, me decia yo, suspirando—Si ella estuviera aqui al lado mio, y que marcháramos juntas, asidas de la mano, bajo este cielo estrellado, envueltas en el diáfano claro-oscuro que la luna derrama sobre el desierto, cuán poéticas creaciones añadiria nuestra imaginacion á la mágica fantasmagoría de esta hermosa noche! cuán bellos ángeles divisaria entre las doradas nubecillas de esta rosada aurora.

Arequipa es una ciudad oriental, trasplantada de las riberas de la Siria al pié de los Andes. Nada le falta, si no es el turbante y el caftán; porque allí se alzan las blancas cúpulas y los rojos minaretes; y entre las colosias de sus ventanas, divisanse ojos dignos del paraíso de Mahoma.

Sin embargo, la ciudad comienza á despoñarse, para hacer la mas bella peregrinacion que puedes imaginarte: el paseo á Lomas; es decir á los valles flanqueados de colinas cubiertas de pastos, de flores y de rebaños, y vecinas al mar. Dicen que nada hay igual á su poética belleza; y que la vida allí es un mirage de la Arcadia.

Mi padre tiene una hacienda en el mas pintoresco de esos parajes, en el valle de Tambo. Cuánto deseara ir allí. Nada de ello habla mi padre. Quizá cree que el aire volcánico de Arequipa me conviene mas que la húmeda atmósfera de la costa.

Nombré á mi padre, y helo ahí!... ¡Oculto mi carta y cierro mi carpeta para ir á darle un beso!... Querido papá! ¡Ah! ¿por qué me es forzoso esconder á su mirada la mas hermosa parte de mi corazón: la que ocupa tu imagen? Y sin embargo no siento remordimientos; por que amándole redimo el único pecado de que puede acusarse á esa noble alma: el de proscribir el santo afecto que nos une!...

Continuó mi carta, ¿sabes en donde? En las *Lomas de Tambo*, sentada bajo un bosque de olivos, á la vena de un cañaverál.

Alguien habló á mi padre de la salubridad de aquellos sitios, y una palabra mía lo decidió.

Un mundo de alegres peregrinas se ha deramado en tolderías y campamentos que hacen del valle una inmensa feria. Las alboradas son deliciosas, regadas por una lluvia de vapores casi liquidados que se enaja sobre las flores en luminosos brillantes.

Yo me he formado en la linda casa de la hacienda un confortable aposento compuesto de un salón, una alcoba y un retrete, donde me visto, leo y almuerzo con mi padre. Gusto de pasearme sola; y los tunistas me llaman *la dama del Lago*, sin duda por mi aislamiento y el color blanco de mi vestido. En casa he organizado un círculo formado por algunas familias relacionadas con mi padre y un piano casado, pero de buenas voces, ameniza las veladas. Se canta, se baila y se ceta.

¡He ahí mis noches. Mis días son enteramente consagrados á paseos solitarios, acompañados de tu recuerdo!...

Alguien se acerca. Guardo mi carta para continuarla mañana.

Si vieras que lindo nido de tortolitas he descubierto, oculto entre la fronda de un sauce! La madre tiene en su luciente pluma el sombrero tornasolado del crepusculo. Y los polluelos! Ellos no tienen plumas todavia; pero ya saben gemit! Horas enteras permanezco inmóvil, para no espantar á la avecilla, encautada en la contemplacion de esta alada familia.

(Continuará.)

## VERBOS Y GERUNDIOS.

LA ÚLTIMA COPITA.

Ayer, entre dos luces,  
Casi me di de bruces  
Con un pobre borracho  
Que, sin norte ni rumbo,  
Daba por esas calles tumbo y tumbo,  
Enviada ya la dignidad á un cacho  
Y hecho de la moral un hijo chumbo.

—Perdone usted, me dijo, caballero.  
¿La plazuela de Otero?  
Pues, señor, ese picaro italiano  
Que tiene su chingana en la otra esquina,  
Vende un aguardientito tan liviano  
Que es cosa mas que rica y que divina.  
¿Ese aguardiente si vale la plata!  
Dicen que lo adereza  
Mezclando *motocachi* con cereza.  
Treinta copas bebi, no es patarata,  
Y tan fresco quedó como una horchata,  
Prueba de que no es mala mi cabeza.  
Mas de *yapa*, al salir, por mi desdicha  
Obsequíome el *bachicha*  
Un traguito y... ¿vea usted lo que me pasa!  
Que si acertar no puedo con mi casa  
Y estoy dando traspies y sin levita,  
Es por culpa de la última copita.

Tal es la humanidad! Un desatino  
Con otros anteriores se eslabona.  
Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino  
Que á otros males le sirve de corona,  
Y no culpamos nuestros hechos todos  
Sino que, como lo hacen los beodos,  
Lo achacamos con cólera infinita  
A la última copita.

R. PALMA.

## A ELVIRA.

Si á tu vista se presenta  
La interesante figura  
De una esbelta criatura  
Graciosa, amable y atenta  
Que tiene unos ojos bellos  
Una frente despejada  
Nariz fina, perfilada  
Largos y rubios cabellos  
Y que facia cuando te mira  
No cabe duda de que es Elvira.  
Si bajo purpúreos labios  
Ves las perlas en hilera  
Y una sonrisa hechicera  
Que hace hasta olvidar agravios,  
Y ademas un lunarecillo  
Que solo pintar pudiera  
Cuando su pincel me diera  
Miguel Angel ó Murillo  
Quien es aquella que tanto admira  
No lo preguntes por que es Elvira.  
Si á la belleza se adine  
Buen juicio é inteligencia  
El candor y la inocencia  
Que encantadora renne  
Y de afectacion exenta  
Con su cariño te alhaga  
Con su viveza te embriaga  
Con su gracia te contenta  
Entusiasmado temple tu lira  
Para cantarle porque es Elvira.

De virtud es un tesoro  
La que mi pluma retrata  
Y aunque conmigo fué ingrata  
Cuya ingratitude deploro,  
Acusarla no he podido  
Pues los cambios de la suerte  
A los unos dan la muerte  
Y á otros sacan del olvido  
Y ya en el mundo todo es mentira  
Si me ha engañado mi amiga Elvira.

MANUELA VILLARÁN DE PLASENCIA.

y limpiándose la moquita con el dorso de la mano. El dómíne le correjía la segunda falta, gritando:—¡Ah cocodrilo! Te has comido una ese del plurif. Van dos puntos.—Segundo palmetazo. A la tercera equivocacion se llenaba la medida de la benevolencia magistral. Don Bonifacio echaba chispas por sus ojos y de sus labios brotaba esta laconica y significativa frase:—Al rincón!

El rincón era lo que la capilla para un reo condenado á muerte. Cuando ya tenía un competente número de *arrinconados*, cojía Don Bonifacio el zurrigo correspondiente al día y ¡zís! zás! cada muchacho recibía seis bien sonados chicotazos. Sin perjuicio de la azotaina, al que durante tres días no sabia al dedillo la leccion, le plantaba en el patio de la casa, á la vergüenza pública, adornándole la cabeza con una corozó ó cucurrucho de carton donde estaban escritas en letras gordas como celemínes, estas palabras:—Por borrico!

Entendido se está, que la mas leve travesura como el colocar *palomita* de azafre sobre el zapato ó hilachas y colganditos en la espalda de la chupa ó mameluco, era penada, poniendo al travieso de rodillas, con los brazos en cruz, durante las horas de escuela, y arimándole un palmetazo de padre y muy señor mío, siempre que el cansancio obligaba al paciente á bajar las espas.

De vez en cuando, acontecia el milagro, en esos tiempos en que los habia á mantas, de que todos los muchachos daban una tarde buena leccion, evitando ademas proporcionar todo pretexto para el vapuleo. ¿Creer ustedes que por eso dejaba de funcionar el rebeneque? ¡Conoció mucho! Precisamente ese era el día de repartir mas cáscara de novillo.

Cuando reinaba la mayor compostura entre los escolares y se felicitaban en sus adentros de poder salir ese día con las posaderas sin verdugones; cuando el silencio era tan profundo que el volar de una mosca se hubiera notado por el ruido de una tempestad, saltaba Don Bonifacio con esta pregunta.

—¿Quién se há... reido?

—No he sido yo, señor maestro, se apresuraba á contestar temblorosos los alumnos.

—Pues alguno ha sido. ¿No quieren confesar? Hagase la voluntad de Dios! Tendremos juicio.

Y Don Bonifacio cerraba puertas y ventanas de la sala y á oscuras empezaba á dar, hasta quedar rendido de fatiga, látigo sin misericordia. Los muchachos se escondían bajo las mesas, se echaban encima los tinteros, volcaban sillas y bancas y gritaban como energúmenos. Para imaginada que no para escrita es la escena á que el dómíne llamaba *juicio*, parodia de la confusion y zalagarda que se nos reserva en el valle de Josphat para el día postrero de la bella humanidad.

Dios tenga á su merced en gloria! Pero todavía en los tiempos de la otra República, es decir de la teorica, y á pesar de la ley que prohibe en las escuelas el uso y abuso del jarabe de cuero, alcayzamos en Lima un profesor de latinidad, (gran compositor de exámetros y pentámetros que echaba á lucir en los certámenes universitarios) el cual podia dar baza y triunfo, en lo de manejar azote y palmeta, al mismísimo Don Bonifacio protagonista del verídico sucedido que voy á relatar.

## II

Por si no ha caído por tu cuenta, campechano lector, mi primer libro de *Tradiciones*, te diré someramente que en él hay una titulada *Pre-destinacion!* cuyo argumento es la muerte á puñaladas que el actor Rafael Cebada dió á su querida, la actriz Maria Moreno. El criminal sufrió garrote vil, en la plaza mayor de Lima el día 28 de Enero de 1853, ayudándolo á bien morir un sacerdote de la recoleccion de los descalzos, llamado el padre Espejo, el cual en su mocedad habia sido tambien cómico é íntimo amigo de Cebada. Esta es, en síntesis, mi pobreca tradicion histórica, comprobada con documentos y con el testimonio de personas que

intervinieron en el proceso ó presenciaron la ejecucion.

Era costumbre de la época que asistiesen los dómínes con sus escolares, siempre que se realizaba alguno de esos sangrientos episodios en que el verdugo *Pancho Salés* estaba llamado á funcionar. El espectáculo era gratis y nuestros antepasados creian conveniente y moralizador familiarizar con él á la infancia. Aquí vendrian de perilla cuatro flores bien paladitos contra la pena de muerte; pero traerame del propósito el recuerdo de que en nuestros días Victor Hugo y otros ingenios han escrito sobre el particular cosas muy cétricas y que sus catilinarias han sido sermon perdido; pues la sociedad continua levantando cadalsos en nombre de la justicia y del derecho.

Don Bonifacio, con mas de ochenta muchachos, algunos de los cuales son hoy coroneles y magistrados de la república, fué de los primeros en colocarse desde las diez de la mañana, bajo los arcos del Portal de Botoneros, proximos al patíbulo. Cuando á la una del día aparecieron el verdugo *Pancho Salés*, negro de gigantescas estatura; la victima, arrogante mocton de treinta años, y el auxiliador padre Espejo, empezó Don Bonifacio á arengar á sus discípulos, á guisa de los grandes capitanes en el campo de batalla.

—Muchachos! Mírense en ese espejo—les gritaba.

Y los obedientes chicos, imaginándose que el dómíne se refería al padre Espejo, se volvian ojos para contemplar al seráfico sacerdote, diciéndose:—¿qué tendrá de nuevo su reverencia para que nos lo recomiende el maestro?

—Muchachos!—continuaba el preceptor. Vean á dónde nos conducen las muchachas bonitas con sus caras pecadoras.

Y á tiempo que Cebada exhalaba el último aliento y que se daba por terminada la fiesta, recordó que el látigo no se habia desayunado aquella mañana y, terciándose la capa, añadió:—Y para que no olviden la leccion y les quede bien impresa... ¡Juicio!

Y sacando á lucir el *San Martin de cinco ramales* empezó la azotaina. Los muchachos se escondieron entre la muchedumbre y Don Bonifacio, entusiasmado en la faena, no ya solo hizo crujir el látigo sobre los escolares sino sobre hombres y mujeres del pueblo.

La turba echó á correr sin darse cuenta de lo que pasaba. Unos tunantes gritaron ¡toro! ¡toro! y hubo cierra-puertas general. Un oficioso llegó jadeando á Palacio y dió al virey Abascal aviso de que los insurjentes de Chile estaban en la plaza, pidiendo á gritos la cabeza de su excelencia.

Aquella fué una confusion que ni la de Babilonia.

Por fin, salió una compañía del Fijo, que estaba de guardia en el Principal, con bala en boca y ánimo resuelto de hacer trizas á los facciosos insurjentes; pero no encontró mas que un hombre descargando furiosos chicotazos sobre los leones de bronce que adornan la soberbia pila de la plaza.

Don Bonifacio fué conducido á San Andres, que á la sazón servia de hospital de locos, con gran contentamiento de los muchachos, para quienes la locura del dómíne no era de reciente sino de antigua data.

RICARDO PALMA.

Lima, Junio de 1874.

## JUEZ Y VERDUGO.

AURA A ROSA.

EL DESPERTAR DEL CORAZON.



STOY profundamente inquieta ó hermosa reina de las flores! No sé como enviarte mis cartas: ignoro como llegarán á mi las tuyas.

¿Quién no habia de creer en la existencia de un correo entre las elegantes tólerias que pueblan estos prados y la estafeta de Arequipa?

Nada! Esta gente solo piensa en divertirse.

Mi padre envia á aquella ciudad cada dos días un espreso, portador de su correspondencia; y muchas personas aprovechando esta oportunidad, le traen sus cartas para Lima.... Ah! que no pueda yo confiar la mia!.... Y todo por el espíritu de partido, ese mifun funesto, que divide con su emponzoñado soplo almas que se asemejan en nobleza, lealtad y abnegacion!

Una idea!.... Sí,.... y magnífica!.... Voy á apostarme en el camino, oculta entre las ramas de un matorral; y cuando pase el improvisado correo, dóile mi carta con el encargo de ponerla en buzon, y regreso muy contenta de mi feliz expediente.... ¡Oigo la voz de mi padre que pide una bujía para sellar sus pliegos; y yo corro á esconderme en el matorral del camino.

Oh! Dios mío! cuantas maldades se hacen á la faz del mundo en tanto que yo tengo que ocultarme como un criminal para enviar á un ser amado, la expresion fraternal de mi afecto.

Héme aquí, de vuelta, triste y desalentada, trayendo conmigo la carta que no me fué dado entregar al mensajero, porque mi padre montó á caballo y lo acompañó, haciéndome varios en cargos hasta mas allá de mi escondite.

No importa! que yo tomaré mis medidas, y mi carta partirá.

Entretanto, voy á abrirla para continuar escribiéndote.

El sol se ha puesto, y su último rayo colorea de rosa la cima de las montañas; el valle comienza á cubrirse de sombra, y en el murmullo de los árboles, en el canto de las aves, y en la voz humana, percíbese esa tristeza vaga, indefinible, que precede á la noche.

Que inefable encanto ha tenido siempre para mí esta hora melancólica! Era la única en que me alejaba de tí. Sentada en un rincón solitario del claustro, inmóvil y muda, pensaba en los que han abandonado la vida y duermen en el sepulcro: mi abuelo, mis tías, mi nodriza, mi madre! Ah! el tiempo ha velado su imagen en mi mente, pero no en mi corazón; y su rostro angelical me aparecía, ora en la luz plateada de la luna, ora en los rayos de la primera estrella.

Un dulce enternecimiento invadía mi alma, y lloraba lágrimas silenciosas, y oraba en mentales plegarias.

Tú venias siempre á desvanecer este místico arrobamiento con tu alegre charla; como ahora, los acordes del piano y la presencia de nuestros huéspedes, ahuyentan mis meditaciones, y me llaman al salon.

¡Gran novedad! Una ansiosa expectativa saturada de dulces esperanzas, absorbe el ánimo de las bellas peregrinas de este valle, que preparan sus armas para disputarse la conquista del mas bello viajero que ha pisado la grama de estas praderas. Es aquel brillante Enrique R. de quien tanto se hablaba en los salones, y que se manchó á Europa cuando nosotras dejábamos el colegio. Ha regresado, y se encuentra aquí, invitado á la fiesta de Tara, que renne en las orillas del mar á toda la gente de Lomas. Mi padre que es de los convidados, quiere que yo lo acompañe, y á mí no me pesará ello; porque yo tambien deseo conocer, aunque no con las miras hostiles de estas señoras, á ese acariciado ensueño de las hermosas.

Dicen que viene acompañado de un amigo, y de su hermana, triguña beldad que, según las revistas de los salones parisienses, ha hecho gran sensacion en la corta temporada que los frecuentó, al lado de su hermano.

Te escribo en medio á los esplendores de una hermosa alborada. El sol comienza á levantarse y dorá con sus primeros rayos el inmenso paisaje que se estiende matizado en degradaciones infinitas hasta perderse en el azul ceruleo del oceano. Una brisa perfumada se cueca en suaves ráfagas por la ventana, y viene á jugar con el papel en que trazo estas líneas.

No puedo resistir al deseo de ir á aspirarla allá entre los bosquecillos de heliotropos blan-

cos que desde aquí diviso, en el fondo del valle.

Dejo la pluma para volver á tomarla de nuevo; al regresar de mi paseo.....

Un incidente!... Oh! qué miedo he tenido! Nada semejante me aconteció jamás. Estoy pensativa, confusa, amedrentada. Qué sé yo!...

Vagando de arbusto en arbusto, de flor en flor, llegué al grupo de sauces en cuya fronda se ocultaba mi nido de tortolas.....

La pobre madre gemía sola en lo alto de una rama: su nido había desaparecido.

—Maldita sea la mano que lo robó!—exclamé, con dolorosa indignación:

En el mismo instante vi surgir detrás del ramaje de un matorral un hombre de fisonomía extraña, diría mejor, sinistra. Tenía en una mano el nido de tortola; con la otra empuñaba el cañon reluciente de un fusil.

Espantada, creyendo que iba á castigar mi maldición con un balazo, di un grito, y hui de una sola carrera hasta la puerta de casa.

Pensándolo bien, debo reir de mi temor más á pesar de mis reflexiones, la imagen de ese hombre y su reluciente fusil no se apartan de mi mente.

Sin embargo, inquietábame la suerte de la pobre tortolilla solitaria; y no queriendo por nada en el mundo volver sola al sitio de la temblorosa aparición, guité por ese lado mi caballo al pasarme con mi padre.

Oh! prodigio! el nido se hallaba allí, sobre su misma rama; y los polluelos piaban engreidos bajo el ala de la madre, que los arrullaba con amor.

Si estuvieras á mi lado, querida mía, habia de preguntarte qué pensabas de esto. Ciertamente, es singular! Ese hombre que tanto miedo me causara, lejos de desear hacerme mal háme dejado una prueba de esquisita galantería.

Es tarde, y te dejo para tomar algunas horas de reposo á fin de estar lista mañana á la primera voz de mi padre, que no gusta esperar, para ir á la fiesta de Tara, que es un lindo pueblecito situado entre el mar y la boca del río. Habrá misa y profesión; tonos, banquetes, y un pintoresco sarao en un salon de lona tapizado de esteras de junco verde sobre la blanda arena de la playa; y formarán la orquesta, dos violines y el órgano de la iglesia, cedido galantemente por el anciano cura, en gracia de la devota concurrencia de tantas bellas á la función religiosa. Si á ello se añade la patriarcal familiaridad y la sencilla confianza adoptada por la sociedad aquí reunida, nuestra fiesta será espléndida.

Pero ah! estas rientes perspectivas, lejos de tí, pierden á mis ojos todo su encanto; y mañana, en medio á la alegría general, yo sola estaré triste; y mi padre, que tanto me ama preguntará qué me falta, porque ay! no comprendo, ni yo puedo decirle que me falta la mas querida mitad de mi misma.

El día ha amanecido magnifico de luz y seriedad. Una gozosa animación circula en las tolderías; numerosas cabalgatas recorren los senderos del valle en direccion de Tara, y oyesse, traídas de lejos por la brisa, alegres exclamaciones, risas y cantos.

Mi padre hace ensillar nuestros caballos; yo me visto, lo creerás?... con cierta coquetería pretenciosa. ¿Será que tambien quiera deslumbrar al bello huésped de la fiesta? Bah! qué me importa él, con toda su brillante nomenclatura!

Mi padre me llama, y vamos á partir. Adios, hasta la noche; llevo los cabellos en rizos bajo un sombrerito de paja adornado con una guirnalda de rosas que sujeta un velo de tal ilusión. Mi vestido de gasa blanca lleva una larga cola que hace veces de amazona y me liberta de tener que endosar este odioso traje.

Doña una mirada mas al espejo. Estoy linda! ¿Será la mas bella de las que hoy atragasan las miradas de Enrique R? Qué locura! Adios.....

Rosa! el hombre del matorral, el ladrón del

nido de tortolas, el que tanto temor me causara con su amenazante fusil, era él! era Enrique R., que fascinó mis ojos y sojuzgó mi espíritu con un sentimiento que yo llamé terror, y que era..... ah! qué diré!..... Escucha! De hoy mas, entre los dos nombres que formaban el de Rosaura la venido á interponerse otro; mas no para separarlos sino para unirlos con un lazo mas estrecho.

JUAN MANUELA GORRITI.

GLYPTICA. (1)

DEFINICION.—IMPORTANCIA DE ESTE ARTE.—PIEDRAS PRECIOSAS.—PIEDRAS FINAS.



A Glyptica es un ramo de la escultura en bajo relieve, y se define así: el arte de grabar en relieve ó en hueco en piedras finas ó metales. Su nombre es derivado del griego.

Si por una ficción del espíritu supusieramos una invasion de bárbaros ó un cataclismo, que hubiesen destruido los monumentos de la historia, cortado las tradiciones, borrado de la memoria la noción del mundo antiguo, perdido los libros, y que de este naufragio de los conocimientos humanos no se hubiese salvado sino una coleccion completa de piedras grabadas, de monedas y medallas, el descubrimiento de semejante tesoro bastaria por sí solo para restituir la forma de los monumentos destruidos, reanudar la tradición, rehacer la ciencia y recomponer la historia.

Los medallas, las monedas, los camafeos, los grabados en piedra, son libros impresos en metal ó en piedras finas; sus descripciones son elocuentes; los hombres y las cosas están representados en esas obras en imágenes palpables, pacientemente grabadas ó esculpidas con brio. Las inscripciones trazadas á burlil son concisas pero claras, elocuentes y sinceras; y su testimonio, sin ser irrecusable, debe aceptarse como mas ingenuo, mas auténtico y seguro que el de la historia escrita, si se piensa que un instante y un rasgo de pluma bastan para escribir un error ó una mentira, mientras que costaria tanta fatiga y tanto tiempo para grabarlas.

La superstición, la prudencia, el sentimiento de la personalidad fueron otras tantas causas, en los mas remotos tiempos, del nacimiento de este arte.

La prudencia, el génio del comercio, la dignidad personal, los celos, hicieron inventar despues los sellos y los anillos para sellar la entrada de los almacenes y tesoros, para cerrar las cartas, es decir, para poner en la cinta de lino que rodeaba las tabletas escritas. El sello de estos anillos hacia las veces de firma. Era la marca auténtica que se empleaba en las transacciones, y representaba la personalidad humana, lo que en ella existe de mas altivo, su voluntad, lo que tiene de mas respetable, su palabra.

Por eso, una ley de tianpien, copiada sin duda de otras anteriores, prohibia á los grabadores de sellos el que conservasen la impresion de los anillos que vendian.

La definición de este arte lo hace aplicable al grabado de monedas y al de medallas, así como al de piedras finas, en hueco ó en relieve, aunque estos dos ramos de la Glyptica son

(1) Habria sido suficiente para satisfacer la curiosidad de los que ignoren lo concerniente á las piedras preciosas, una descripción aislada de sus cualidades; pero cediendo á la natural inclinacion de nuestro espíritu, nos decidimos á dedicar á los lectores de "El Album" un capítulo de nuestros predilectos y frecuentes estudios. Es éste el que se refiere al arte de grabar y esculpir las piedras finas. Creemos llenar así un doble fin: satisfacer á los curiosos y enseñarles algo.

distintos y se rigen por leyes, ó mas bien, conveniencias particulares, obedeciendo, con todo, de una manera general, á los principios de la escultura en bajo relieve.

GRABADO EN PIEDRAS FINAS.

En el grabado en piedras finas hay que distinguir, el que se practica en hueco, que con propiedad se llama *grabado*, y el que se hace en relieve, el *camafeo*, que se obtiene esculpiendo mas bien que grabando.

Para los camafeos y para los grabados en piedras finas se emplean diversas sustancias que, someramente descritas, son las siguientes:

PIEDRAS PRECIOSAS.—Son designadas así las piedras orientales mas trasparentes y duras, como el diamante, el rubí, el zafiro, la esmeralda, la amatista, el topacio, el granate, el berilo ó agua-mar; mas, como solo las cuatro primeras de estas gemas (2) no han sido grabadas ó lo han sido muy rara vez, las tomamos en cuenta como recuerdo simplemente.

El *diamante* reúne todas las condiciones que hacen codiciable una piedra, tales como: lo raro de ella, dureza, transparencia y brillo. (3) Como por alusión á su dureza, lo llamaron los griegos *indomable*, pues si con él se puede cortar todos los otros cuerpos, el diamante no se corta sino con el diamante. Nunca fué grabado por los antiguos, que tampoco conocieron el arte de pulirlo, inventado solo á fines del siglo XV por un habitante de Bruges, Luis de Berquem. El primer diamante grabado lo fué hácia 1564 por Clemente Birague, milanés, de la corte de Felipe II, representando el retrato del desgraciado infante don Carlos.

El *rubí*, deriva su nombre de su propio color. Los griegos, que le encontraban semejanza con el carbon ardiendo, lo llamaron *carbon*, los latinos *carbunculus* y nosotros *carbunco*. Los orientales estiman los gruesos rubíes mas aun que los diamantes. Se cuenta que los antiguos romanos no grababan el rubí para sus sellos, porque el color y el nombre de esta piedra les hacian creer que fundia la cera.

El *zafiro*. Esta piedra, como las de su especie, es mas preciosa mientras mas oscuro y aterciopelado es su color. El azul mas bello que se puede desear para un zafiro, es el que mas se acerque al azul del firmamento. Este rico color no se encuentra en un grado de eminente perfección sino en los zafiros de oriente. Solo los modernos han grabado á veces esta piedra.

La *esmeralda*. Con el nombre de *smaragdus*, del que se ha derivado la palabra esmeralda,

(2) Creemos conveniente advertir que este vocablo es facultativamente genérico á todas las piedras preciosas y, especialmente, á las denominadas orientales como el zafiro, el rubí, el topacio; la esmeralda. (Saldá.)

(3) Debemos esta nota al señor D. V. H., uno de nuestros mas espirituales escritores.

Un diamante vale en soles:

El doble de los quilates que pesa, mas el cuadrado de esa cifra multiplicado por diez.

Por ejemplo: un diamante pesa dos quilates: el doble 4; el cuadrado 16; multiplicado por diez; igual 160 soles.

Pero esta tarifa varia segun la forma, el grado de transparencia, la pureza y el tamaño de la piedra. En las muy grandes el precio, puede decirse, que es enteramente caprichoso, como que lo fija el lujo. El famoso *Sancy* que pesa 106 quilates, vale segun la fórmula dada, 419,440 soles. Se asegura que Luis XIV lo compró en 120,000 (600,000 francos). El *Pitt ó Regente* que pesa 137 quilates, valdria, segun nuestra fórmula, la biceña de 750,760 soles. Al duque de Orleans le costó apenas 500,000.

La Reina Victoria tiene tambien una piedrecita que pesa 279 quilates; se llama *montaña de luz*, y se calcula su precio en 2,000,000 de soles, mas ó menos.

Pero el de la Emperatriz de Rusia parece que es superior á todos los conocidos hasta el día. Pesa 770 quilates y no vale ménos de 18,000,000 de soles, aunque solo le costó 2,600,000; pero el vendedor lo habia comprado en 10,000 soles á un soldado francés; bien que este no tuvo mas trabajo para adquirirlo, que dejar tuerto al Dios Brama de la colonia de Pondichery.

ser reproducidas algunas, especialmente las de *le gemme* de Florencia en la obra que á fines del pasado siglo y principios de éste publicó Mongez con la colaboración de los artistas Wicar y Masquellier, obra rarísima de la que poseemos un ejemplar.

“Existe en el gabinete de medallas y antigüedades de Paris, una agua-mar de cincuenta milímetros por treinta y cinco. El artista griego Evodos, que floreció en Roma en el reinado de Tito, grabó en esa piedra el busto de Julia hija de este emperador. Está representada de perfil, á la izquierda, peinada con un copo de cabellos crespos sobre la frente, que en la impresión del grabado sobre la cera producen un notable relieve, de manera que por la oposición del tono áspero de los cabellos, las carnes parecen mas finas y tersas. Las facciones, expresadas con toda la verdad de su fisonomía individual, llevan el sello de la vida y de las alteraciones casi insensibles que ella imprime en el semblante, en la edad en que concluyen las pasiones de la juventud. El grabador que quiera aprender, el curioso que quiera gozar, deben mirar este grabado de Evodos como un ejemplo admirable de la nobleza compatible con lo relativo del traje y la individualidad precisa del carácter. Cuánta belleza y cuán delicado gusto en la elección de la material! El tono verde claro de la agua-mar, esa tinta diáfana que cambia, se desvanece y reluce alternativamente, según el punto de vista, esa tinta cuya naturaleza es por sí misma poética, presenta á la imagen como en el hueco móvil de una ola del mar.”

En el gabinete *delle gemme*, (Florencia), por nosotros tantas veces recordado en este estudio, existe una sardónica elíptica cuyo mayor eje mide veinte y un milímetros. En tan pequeño espacio ha grabado el artista una obra verdaderamente grande, la caída de Faeton. Obedeciendo á las leyes de la composición y del estilo, es marcada la intención con que el ratistallama las miradas hácia Faeton y los caballos del sol, disimulando el carro y los accesorios por la sencillez con que están tratados. A los artistas modernos que han pretendido negar á los antiguos la ciencia del dibujo de caballos y animales en general, se les recomienda esta grande obra microscópica.

A la misma colección pertenece otra piedra de la misma naturaleza que la anterior. Es elíptica tambien y mide su mayor eje veinte y cinco milímetros. La composición de este grabado es infinitamente mas importante. Es toda una alegoría. El sol después de sepultarse durante seis meses en el hemisferio que el horizonte separa de nuestra vista, parece haber perdido su claridad luminosa y calor vivificante. Lluvias continuas, vientos helados, han oscurecido la atmósfera y endurecido el seno de la Tierra, antes tan fecundo; el Genio del mal, el cruel Tifón y el sombrío Plúto, ejercen sin obstáculo sus crueles venganzas. De pronto Aries trae de nuevo la luz y la fuerza generadora de la Naturaleza; el sol, se levanta en el horizonte, viene á habitar el hemisferio superior, y, al instante, Horus, su símbolo y su hijo, dá muerte al gigante Tifón, asesino de Osiris, se apodera del trono de su padre, vuelve á su carro luminoso y por efecto de las metamorfosis anuales, se convierte de nuevo en el brillante Osiris a quien otras desgracias esperan al fin de su carrera.

La mitología griega honró con un culto religioso estas metamorfosis astronómicas de los egipcios, y Febo reemplazó á Osiris, que en la piedra cuya descripción motiva este desvío mitológico-astronómico, se vé pasando á través de los signos del zodiaco, en el momento en que entra el segundo, Taurus, cuyo símbolo es Apis; pero la brillante imaginación de los griegos embellece la fria prudencia de los egipcios, y Febo es arrastrado por briosos corceles; en su frente brilla una corona, en su mano luce una antorcha y con la diestra empuña las riendas. Lucifer, ó el joven Fosforos (porta-luz) vuela delante anunciando la vuelta de la luz. Recostada sobre su imperio, la Tierra tiende los bra-

zos á Febo; solicita y se apresta á recibir su benigna influencia.

Antes de pasar á la descripción de algunos camafeos notables, legados por el arte griego ó romano, debemos mencionar una amatista grabada, obra digna de admiración por mas de un título. Teucer, grabador griego que existió según algunos, poco antes del siglo de Augusto, es el autor de este grabado en una amatista oval de veinte y cinco milímetros. Representa á Hércules acariciando á Iole, hija de Eurytus, rey de Ecália, de quien Dejanira tuvo celos, y que, al fin, fué causa de la muerte del semi-dios. El contraste de las formas varoniles y grandiosas con las de la gracia y la ingenuidad, era muy del gusto de los antiguos, siendo esta obra un bello ejemplar de ese contraste y de esa predilección.

He aquí un camafeo de veinte milímetros de diámetro en *jaspé*, elíptico. Retrato de Livia, esposa de Tiberio Neron, después de Augusto y adoptada, al fin, por éste con el nombre de *Julia Augusta*; tuvo los honores divinos, por lo que lleva en el retrato la diadema y el gran velo de las diosas. Es esta una de las mas bellas producciones de este precioso arte.

Pero en donde es precioso admirar lo que puede el génio del arte, aun oponiéndosele las mas grandes dificultades materiales, es en otro camafeo en *calcédonia*, elíptico como el anterior, de diez y siete milímetros en su mayor diámetro. Una alegoría del Oceano, *Padre*, no solo de todos los dioses, sino de todos los seres, según la mitología primitiva, en la que representaba un importante papel, es el asunto de esta maravilla artística. Homero habia á menudo de los viajes que los dioses hacían al Oceano en donde pasaban muchos dias entre el ocio y la alegría de los festines. En la composición de que hablamos, Proteo, conductor de los rebaños del Oceano, compuesto de los monstruos marinos, está sentado sobre una caverna, de la que sale uno de esos monstruos, cerca de los delfines que triscan sobre las olas. Una ninfa oceanida, sentada sobre la misma caverna, tiene en la mano una planta marina, semejante á una ancha madrepora. Existe en Florencia (gabinete *delle gemme*).

Mas grande que los anteriores y casi de las dimensiones en que hoy se hacen los camafeos, es otro del mismo gabinete que recordamos por su incomparable mérito. En una *ágata* eléptica de seis centímetros de diámetro mayor, han sido esculpidos los perfiles, conjugalmente puestos, del sombrio Tiberio y de Julia, hija de Augusto, esposa de Marcelo primero, después de Agripa y por último de Tiberio que la dejó morir de hambre. Es tal el mérito de esta obra, que no se ha trepidado en atribuirle á Dioscórides, artista que no ha sido sobrepujado por ninguno de aquellos cuyas obras han llegado hasta nosotros.

Otro bellissimo camafeo es el que en una *Sardonia* ha dejado firmado uno de los mas célebres artistas griegos. Representa á Cupido, tocando la lira cabalgado en un Jeon. Este bellissimo camafeo está firmado así: *Plotarco lo hacia*. Cuán modestos eran esos grandes artistas para quienes nunca estaban acabadas sus obras á la medida de sus deseos; no creían haber hecho; *estaban haciendo* solamente!

Para terminar este estudio, ya demasiado extenso, escribimos en seguida los nombres que sabemos de los artistas que han ilustrado este arte, muy cultivado por los antiguos y casi olvidado en nuestros dias.

Lisipo, el Fidias de los grabadores, animó el bronce solamente; pero tratándose del arte del grabado, no debe olvidarsele.

Dioscórides, de quien han llegado hasta nosotros muchas obras tan notables, que por ellas es tenido por el primero en este género.

Plotarco, Cneius, del siglo de Augusto, Teucer, Onesas, Solon, Anlus [el baron Stosch ha dado á conocer cinco piezas en las que se lee su nombre y Bracci ha agregado siete], Pigmon, Allion, Panfilo, Aspasio, Evodos.

## VERBOS Y GERUNDIOS.

### LECCIONCITA.

Ya que en matricularte de poeta Insistes, voy á darte la receta: Usa de palabritas Que se llaman bonitas. Di, por ejemplo, para hablar del cielo Diáfano tal, aereo, coruscante, Ceruleo, azul turquí, crespon de duelo, Zafir, ópalo, gualda, rutilante, Zenit, vertiginoso, ofir, enhiesto, Y para mas no fatigarme en esto Larga unos consonantes, Vengan al caso ó no, muy retumbantes, Como aquel que escribí:—*que tu alma roa El ferreo nudo constrictor del boa.*

Sobre el papel todo ello desparrama Y será tuya la apolínea rama; Y si alguien dice que comer bellota Debieras y que no te entiende jota, Porque todo tu cántico es oscuro, Dile muy arrogante, Cual quien está del dicho muy seguro, Que no todos lo entienden, y no obstante Es gran poeta el Diente.

R. PALMA.

## NIEBLAS Y AURORAS.

(RIMAS DE ACISCLO VILLARAN.)

### BIEN VENIDA

#### A Aquiles Rossi Ghelli.

Tornas á la patria mia  
Y, sus flores, los pensiles  
Olírecen, con alegría,  
Del arte de la armonia  
Al invulnerable Aquiles.

Las alondras, en su coro,  
No dicen á el alma tanto  
Como tu acento canoro,  
De melodias tesoro,  
De corazones encauto.

Tu esplendoroso destino,  
Tu gran mision es cantar.  
La Gloria oyendo tu trino,  
Vuela, randa, en su camino  
Por venirte á coronar.

Siendo el celestial arcano  
Ejército y sentir;  
Con un poder sobrehumano,  
Tú del arte, soberano,  
Lo has sabido descubrir.

Cantor que el arte sublimas  
Descollando sin rival,  
Si en algo mi afecto estimas,  
Solamente vé en mis rimas  
Un saludo fraternal.

Junio 24.

## JUEZ Y VERDUGO.

### AURA A ROSA.

ANGEL Y DEMONIO.



NOCHE, demasiado turbada para ordenar mis ideas, te arrojé una noticia que, recibida, así, abrupto, sin ninguna explicación, habríate causado profunda inquietud. Por dicha, nuestro correo, despachado al amanecer, recibió contraorden, y solo partirá mañana. Así, puedo recoger mi carta, y continuarla con el relato de los incidentes de ayer, embrollados hasta aho-

ra en mi mente, y que tienen todo el sabor de una novela.

Aunque partimos temprano de Acorri, nombre de esta finca que recién se me ocurre poner á tus órdenes; y aunque el trayecto fuera de media hora, mi padre perdió tres, recordando con un veterano de la independencia, que nos dió alcance en el camino, cierto combate de antaño, en que ambos tuvieron parte. Y tanto se engolfaron en aquellas caras memorias; y tantas veces se detuvieron para mirar los puntos extratéjicos que eligieran entónces, que cuando llegamos á Tara, misa, procesion y toros, habian pasado ya; y los convidados se hallaban en pleno sarao.

Echamos pié á tierra en casa del cura, cuya hermana, una amable viejecita, me prestó su tocador para arreglar mi peinado, que, como mis rizos son naturales, nada habian sufrido con el aire del camino. Deshice algunos pliegues que la silla habia impreso en mis faldas, eché hácia atrás á guisa de pluma el velo de mi sombrero: di el brazo á mi padre y nos dirijimos al baile.

El salon presentaba un golpe de vista magnífico. Descubierta del lado del mar, en forma de galeria, sostenianlo columnas cubiertas de follaje y de flores silvestres. Un inmenso divan improvisado con bancos, sillas, taburetes y poltronas, estaba ocupado una multitud de lindisimas jóvenes, adornadas con pintoresca sencillez. Llevaban todas como yo, cruzadas en banda, echarpas de gasa azules ó rosadas; y las colas de sus faldas regazadas en torno con alfileres.

Delante de ellas, los hombres formaban grupos, y al centro agitábase la ardiente ronda de un vals á los acordes de "El último pensamiento de Weber," ejecutado por el órgano, á duo con el murmullo de las olas.

Apénas tuve tiempo para abarcar todo esto con una ojeada, porque no bien hube puesto el pié en la verde estera del salon, vi venir á mi un jóven rubio, bello como un arcángel, que inclinándose ante mi padre, pidióle el permiso de bailar conmigo.

Mi padre puso mi mano en la suya, y muy luego, enlazados con ese abrazo impudicamente estrecho que constituye la danza moderna, valsábamos, mezclados á aquel torbellino de gasas, de rizos y de flores.

Los rasgados ojos azules de mi compañero fijáronse en mí con expresion apasionada. Sin embargo, yo no sentia ningun linaje de turbacion. Habia tanta dulzura en sus miradas, que me recordó la figura ideal del ángel de la guarda, guiando una alma hácia Dios; y el brazo que me sostenia parecia-me el ala protectora, y sonriendo gozosa, abandonábame al encanto de aquel volteo, á la vez rápido y cadencioso, que remedaba el vuelo de un espíritu.

—Luis! pide para mí á tu bella compañera el resto de este vals—dijo, de pronto, á mi lado, una voz dulce y vibrante, que me hizo volver vivamente la cabeza.

Los sonidos del órgano, llenando el espacio, ahogaron el grito que se escapó de mis labios, al reconocer en el que pedia bailar conmigo, al hombre del matorral.

En el semblante de mi caballero se pintó una visible contrariedad; pero reponiéndose luego, y sonriendo con dulcisima sonrisa.—Lo habeis oído—me dijo—la amistad exige de mí un sacrificio; y las leyes de familiaridad establecida, un don que vos no podeis rehusar.

Y así hablando dejéme en los brazos de aquel hombre, que cñiendo en ellos mi cuerpo, fijó en sus ojos los míos con la poderosa fascinacion de su mirada, como el águila á la pobre avecita, ábsorta en la luz de su pupila.

Pude ver entonces, entre el rápido cambio de claridad y de sombra producido por el baile la magestad de una frente griega á la que servian de marco las lucientes bucles de una cabellera oscura; labios como los de Byron, sensuales y desdenosos; y sobre todo, unos ojos de mirada profunda intensa, dominadora cuyo fulgor me iluminó hasta el fondo del alma, revelán-

dome tesoros de ventura que jamás soñó la mente, ni adivinó el corazon, y que ahora leia en esos ojos que se posaban en mi frente como una caricia.

Qué dire! Breve: en el corto espacio de ese vals, nuestro destino se fijó para siempre; yo supe que él me amaba; él, que era dueño de mi alma.

—Ves ese oceano?—dijeme señalando la azul inmensidad.—Así es el corazon que te doy profundo y tempestuoso.

Y en sus ojos brilló algo que se parecia al acero de su fusil en la vision del matorral.

En ese momento su amigo, mi blondo caballero del vals, vino hácia nosotros dando el brazo á una bellissima jóven morena como una árabe, alta esbelta flexible con una cabellera rizada y negra, frente ancha y baja, cejas finas, casi reunidas, orlando unos ojos negros rasgados, y adormidos hasta la impertinencia.

En tanto que yo la contemplaba con admiracion ella, saludándome con un elegante movimiento de cabeza, mezcla de cortesía y desden.—Enrique dijo á mi compañero—vengo á felicitaros, á ti y á Luis por el vals que está bella señorita ha repartido con tanto donaire entre ambos.—

En los ojos de este brilló una chispa de cólera.

—Esta bella señorita, Ines—respondió, tomando mi mano entre las suyas,—es mi esposa: es tu hermana.—

No sé cual de los tres se tornó mas pálido, al escuchar estas palabras; creo que fui yo, que sentí ahuir toda mi sangre al corazon, y me desmayé.

Al volver en mí encontréme recostada en el hombro de mi padre, que hablaba con Enrique cual si fuera un antiguo conocimiento. En efecto, habian contraído amistad, viajando juntos.

Hemos dejado la fiesta, y regresado á casa, no solo; porque Enrique, su hermana y Luis nos acompañan.

—Qué dirás, querida mia, cuando lleguen á ti estas inesperadas nuevas! Ah! yo misma apenas doy crédito á lo que siento. Ayer no habia otra imagen que la tuya en mi corazon, otro afecto que el que nos une. Hoy ah! perdoname! hoy tré imagen palidece en la irradiacion de otra imagen, y tu amor se ha fundido al fuego de otro amor!.....

¿Es completa mi felicidad? No: Luis está triste, y esta bella Ines tiene algo contra mí en el corazon, algo amargo que yo siento en sus sonrisas, en sus caricias mismas, á pesar del disimulo que vela sus adormidos ojos.

Algunas veces ereo que aborrece á Luis; otras que lo ama; pero de ciento, hay odio en ese amor, ó amor en ese odio.....

Ines me preocupa. Qué de misterios hay en el alma de esta mujer! Anoche creí escuchar un ruido en el salon cual si abrieran la puerta que da al campo. Tuve miedo, porque eran las dos de la mañana, mas por ello mismo quise averiguar la causa. Dejé la cama, y avanzando á tantas llegué á la puerta de mi cuarto que abre sobre el salon. Profundo silencio: nada se movia. Quise comunicar lo ocurrido á Ines, y siempre á tantas, dirigirme á la alcoba que ocupa. Entro y me dirijo á su cama.

La cama estaba vacía.

JUANA MANUELA GORRITI.

### SINITE PARVULOS VENIRE AD ME.

Jesucristo.

(IMPROVISACION INEDITA.)

Dejad los niños que risueños, siempre,

Se lleguen donde mi, Dejados que me halaguen con sus besos, Que sus caricias me hagan sonreír.

Si pudiera volver á aquellos tiempos

De inocencia y candor, En que hacia el Astete y la cartilla De amargura llorar mi corazon.

Ay! si de nuevo me encontrara en medio

De los niños que vi, Cuando me daba azotes la maestra Porque ignoraba al crimen de Cain.

Ay! si volviera á sollozar anñioso

Porque un niño cruel, De los bolsillos me sacó el muñeco Que por un cuarto en el fondin compré.

Oh! si volviera á verme arrodillado

Y por no repasar Las lecciones de cálculo ó historia Que en la infancia me hacian renegar.

Peró viejo ya estoy; en mi cabeza

Comienza á relucir La nieve que formara el desengaño De juventud el sol ya empieza á herir.

Oh dulce bella edad! En mi memoria

Gravado vivirá El recuerdo feliz de aquellos tiempos En que lloraba al ir á delectrear.

ADOLFO VALDEZ.

### UNA FLOR EN LA TUMBA de Adolfo Valdez.

(RECUERDO DEL DIA DE DIFUNTOS.)

La brisa melancólica gemia, Como si alzara fúnebre plegaria, Ajiando el cipres que blandamente Bañaba con su sombra solitaria. El yerto cementerio, do imponente, Esparciendo en redor dulce beleño, Testigo es mudo del postrero sueño.

Las flores se mecian en su tallo Sus hojas inclinando, Cual si esa estraña vibracion ignota Por su caliz pasando, Una fibra tocára herida ó rota.

Era de los difuntos triste dia; Sobre marmórea losa el sentimiento Coronas mí depositaba ufano, Y entre ese torbellino, Mezclando nuestro acento Al sollozo del padre y del hermano, Por un estraño pensamiento Herido Vino á tu mente tu postrer gemido.

Y una flor para entónces le pediste Al fraternal cariño; Pobre vate infeliz! aun lo recuerdo Con tu candor de niño Presintiendo, tal vez, tu fin cercano, Envidiabas la tumba, Donde la pronta y cuidadosa mano De un otro ser querido. Limpiaba el polvo que llevó el olvido.

Ese plazo fatal está cumplido.... La amiga cariñosa Que visitó contigo el campo santo, Hoy llega silenciosa, Empañados los ojos por el llanto A poner esa flor sobre tu losa! CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

### EL SOLDADO.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.

[Continuacion.]

IV.



Si, gritó Adriano con voz tremenda, ¡Luis era mi hermano querido y yo fui de los de la escolta que lo ejecutó! El ha debido conocerme y tal vez maldecirme. Al decir esto un segundo desmayo le cortó la voz. El soldado salió en busca de socorros y ayudado de dos hombres, trasladaron á Adriano al

Su profuso cabello descendia  
Sombra prestando á su elevada frente,  
Y bajo de ella la mirada ardiente  
De sus húmedos ojos refulgia;

Al ver que atenta y en inmóvil calma  
Me miraba lo alto,—ansiosa el alma,  
Temblando me alejé de aquel paraje....

Mas aun seguían, fijos y profundos,  
Sus ojos entreabriéndome otros mundos  
Y hablándome un incógnito lenguaje!

NUMA P. LLONA.

## VERBOS Y GERUNDIOS.

### EL MENSAJE

(DE ENRIQUE HEINE.)

Pronto, esendero, el tordillo  
Apresta ó el alazan,  
Y vé volando al castillo  
Del rey Cristian.

Y que averigües te mando  
Por cual de sus hijas, cual,  
Háse hoy publicado el bando  
Matrimonial.

Si es la novia la morena,  
Puedes reposar sin pena  
Hasta mañana muy bien;  
Mas si es la rubia la amante,  
Torna brida en el instante,  
Y aquí ven.

Y entónces, buen esendero,  
Tu corcel  
Brioso deten primero  
En casa del cordelero,  
Y traeme... traeme un cordel.  
R. PALMA.

## JUEZ Y VERDUGO.

### AURA A ROSA.

FLORES Y ABISMOS.



NES se había levantado; el lecho vacío, guardaba todavía el calor de su cuerpo. Sorprendiome tanto mas su ausencia en aquella hora avanzada de la noche, cuanto que no hacia mucho, despues de una larga velada de baile, canto y dulces pláticas, habíala yo acompañado á su cuarto, donde la vi acostarse quejándose de un gran cansancio. Por qué habia dejado la cama? á dónde habia ido? La casa, aislada entre vergeles y cañaverales, no tenia vecindad cercana; y las noches en esta húmeda estación, tienen demasiado rocío para hacer agradable un paseo á la luz de las estrellas.

Reflexionando así habíame sentado al borde de la cama, preocupada, inquieta, procurando encerrar en un rádio imposible mis pensamientos respecto de aquel extraño incidente.

Y pasó una hora, y pasaron dos; y el reloj del salon habia dado las cuatro, sin que Ines volviera.

Sentí miedo, viendome sola entre las tinieblas, en la expectativa de un misterio, y permaneci allí, inmóvil, envuelta en mi peinador, los pies desnudos, y temblando de frio.

A las cuatro y media, una ráfaga de aire húmedo y el roce de la orla mojada de un vestido, me revelaron la presencia de Ines, que entró con la cautela de un salvaje.

Levantéme con igual precaucion para evitar su encuentro, y apeguéme á la pared, gané la puerta, donde me detuve todavía, tendiendo el oido, en la esperanza de escuchar algo que viniera á explicarme la extraña conducta de Ines.

Pero ni el mas tenue ruido se hacia oír en el cuarto, donde mas que un ser viviente, parecia que hubiese entrado un espíritu.

A esta idea, poseida de terror, huí hasta el fondo de mi cama, y oculté la cabeza entre las sábanas. Pero el sueño se alejó de mis párpados; y cuando vino, fué acompañado de pesadillas.

Un alegre rayo de sol me despertó esta mañana; y su hermosa luz ahuyenó mis terrores, dejando solo en mi mente el enigma inexplicable de la nocturna excursion de Ines.

Sin hablarle de ella, propúsemme averiguarlo en sus maneras y en la expresion de su semblante. Con esta idea corrí á su cuarto.

Ines dormia con apacible sueño; y sus ropas dobladas con esmero, cual se lo vi hacer anoche, estaban en la misma silla donde las colocara.

—Yo he soñado—me dije—Es imposible hacer todo eso sin ser sentida; y sobre todo, dormir con tal tranquilidad, sin tenerla en la conciencia.

Pensando así, de pié ante Ines dormida, divisé, colgado en una percha su vestido, cuya orla mojada habia rozado mi pié desnudo.

La falda de gasa azul, estaba húmeda hasta la altura de la yerba de los campos.....

Volví á mirar el rostro de Ines, que dormia siempre, sonrosada, casi sonriendo, apoyada en la mano su fresca mejilla.

Y me pregunté qué tenebroso secreto se ocultaba tras de aquel semblante bello y sereno.

Dejéla dormida, y me alejé triste y disgustada de mis propios pensamientos, que todos condenaban á Ines.

Pero luego llegó Enrique y su mirada disipó las nubes de mi alma.....

Mis dias son tan felices que me dan una idea de la beatitud eterna.

Rosa, nuestras almas dormitaban en una vida latente, sin idea de los espacios de luz, poblados de celestes visiones, en que ahora se cierne la mia.

Qué insípida y descolorida se me representa mi anterior existencia! Páreceme no haber vivido sino desde el dia que Enrique hijó por primera vez en mi su mirada.

*Fiat Lux!*.....

.....Cuán bueno, sensible y cariñoso es Luis! Esa mirada apasionada que yo me atribuía con tanta fatuidad, es la expresion habitual de sus ojos, bellos y dulces como los de un ángel.

Está triste; pero su tristeza, como el perfume suave de la violeta, se siente sin saber de donde viene; porque no se muestra ni en sus palabras ni en su semblante, y vaga en aquellas y en este como una sombra misteriosa, que realza el encanto esparcido en toda su persona.

Pláceme el abandonar mi corazon al sentimiento de fraternal ternura que me inspira este bello jóven, amado de Enrique cual un hermano; y con frecuencia, olvidando la reserva de mi sexo respecto al suyo, abrázolo, y beso su blanca frente con la misma confiada familiaridad que besaba la tuya.

Sin embargo, ayer durante el paseo, viendo de un chiste de mi padre, apoyé mi mano en el hombro de Luis, que iba á mi lado. Por casualidad, en ese momento mis ojos encontraron los de Ines, que fijaba en mi una mirada..... Dios mío! qué mirada! Habriasela creído una llama del infierno!

Mas, al instante, y por una transicion peculiar á la raza felina, aquella mirada feroz cambióse en una dulcísima, que me enviaron sus adormidos ojos envuelta en una hecicera sonrisa.

No me queda ya duda: ama á Luis y mi fraternal cariño le hace sombra. Qué locura!

No obstante, y por mas que me esfuerce á deshechar estos pensamientos y amar á Ines, su presencia entre Enrique y yo pesa en mi corazon cual un finísimo ensucio.....

Rosa, en este momento, y en tanto que de Ines te hablo, el ruido de la puerta del salon ha llegado á mi oido, aunque esta vez, leve como el paso de la brisa.....

Es ella!

Apagué mi lámpara y abriendo la ventana he tendido una mirada en torno.

La noche, aunque sin luna, tiene esa claridad tenue y diáfana que derraman las estrellas.

Primero, nada ví, sino los grandes grupos de árboles, negros como fantasmas; mas pasado el deslumbramiento producido en mis ojos por la luz artificial, divisé una forma blanca, deslizándose á lo léjos bajo los troncos de un olivar. Era Ines.

Qué vá á buscar, así sola, ella, desconocida en estos parages, y entre los peligros de la noche!

Este misterio me aterra como una amenaza á..... al honor de Enrique, desde luego; y á pesar del miedo que me causa la idea solo de mi empresa, voy á realizarla. Quiero seguir á Ines y develar su secreto.....

## UN PARRIA.

La forma blanca que Aura divisó deslizando-se entre los troncos de un olivar, costó con paso rápido el seto del vergel, descendió luego al fondo de una hondonada sembrada de matorrillos, y deteniéndose á la sombra de un peñazo, sacó del seno una llave, aplicóla á los labios y envió al aire un silbido.

Pocos instantes despues un hombre se arrojaba á sus piés.

Ella le tendió una mano que él besó con salvaje pasion.

Si el peñazo no proyectara en torno una ancha sona de tinieblas, aquel hombre habria visto la mano que besaba frotada con asco; y en el semblante que ansiaba contemplar, una sonrisa de repugnancia.

Pero la oscuridad era densa; y él con el arcanque apasionado de Romeo—¡Por la luz de tus ojos, estrella de mi vida—exclamó—déjame un momento la dicha de mirarte!

JUANA MANUELA GORRITI.

(Continuará.)

## CALAMIDADES. (\*)

En la madrugada de hoy  
No podia pestañear,  
Y tenia la cabeza  
Que parecia un volcan.  
Estaba preocupada  
Pensando en la actualidad;  
En el siglo de las Luces  
Con hermosa luz de gas,  
Y comparando este tiempo  
Con el que ha pasado ya,  
El tiempo de los Serenos  
Del farol y del fanal,  
De las inundadas acacias  
Y calles sin enlozar.  
Cuando salian los reos  
Y barrían la ciudad;  
Hoy también los reos barren  
Con elegante disfraz,  
Mas no barren la basura,  
Que barren la propiedad:  
Porque vienen en partidas  
De ambos sexos á engañar.

(\*) No salió ántes por falta de espacio.

## III.

Gobernaba la imperial villa de Potosí, como su décimo octavo corregidor, el general D. Juan Vasquez de Aenúa, de la orden de Calatrava, cuando, á principios de 1642, se le presentó el capitán don Cristóbal Manrique de Lara con pliegos en que el virrey le confería el mando de las milicias que se organizaban para guarnición del Tucumán y, á la vez, lo recomendaba muy mucho á la particular estimación de su superior.

Era esta una de las épocas de auge para el mineral; pues el bando de los ricuanas habia celebrado una especie de armisticio con la parcialidad contraria y la gente no pensaba sino en desentrañar plata para gastarla sin medida. Tal era la opulencia que la dote que llevaban al matrimonio las hijas de minero rara vez bajaba de medio millonazo.

Tenemos á la vista muchos é irrefutables documentos que revelan que la riqueza sacada del cerro de Potosí desde 1543, fecha del descubrimiento de las vetas argentíferas, hasta 31 de Diciembre de 1800, fué de tres mil cuatrocientos millones de pesos fuertes. Y no hay que tomarlo á fábula, porque los comprobantes se hallan en toda regla y sin error de suma ó pluma.

El juego, las vanidosas competencias, los galanteos y desafíos formaban la vida habitual de los mineros; y D. Cristóbal, que llevaba el pasaporto de su nobleza y marcial apostura, se vio pronto rodeado de obsequiosos amigos que lo arrastraron á esa existencia de disipación y locura constante. En Potosí se vivía hoy por hoy y nadie se cuidaba del mañana.

Hallábase una noche nuestro capitán en uno de los mas afamados garitos, cuando entró un joven y tomó asiento cerca de él. La fortuna no sonreía en esa ocasión á D. Cristóbal, que perdió hasta la última moneda que llevaba en la escarcela.

El desconocido, que no habia arriesgado un real en la partida, parece que esperaba tal emergencia; pues sin proferir una palabra le alargó su bolsa. Hallábase esta bien provista y entre las mallas relucía el oro.

—Gracias, caballero, dijo el capitán, aceptando la bolsa y contando las doscientas onzas que ella contenía.

Con este refuerzo se lanzó el rabioso jugador tras el desquite; pero el hombre no estaba en vena y cuando hubo perdido toda la suma, se volvió al desconocido:

—Y ahora, señor caballero, pues tal merced me la hecho digame, si es servido, donde está su posada para devolverle su generoso préstamo.

—Pasado mañana, al alba, espero al hidalgo en la plaza del Regocijo.

—Allí estaré, contestó el capitán, no sin sorprenderse por lo inconveniente de la hora fijada.

Y el desconocido se embozó en su capa y salió del garito sin estrechar la mano que D. Cristóbal le tendía.

## IV.

Hacia un frío siberiano, capaz de entumecer al mismísimo rey del fuego, y los primeros rayos del sol doraban las crestas del empinado cerro, cuando D. Cristóbal, envuelto en su capa, llegó á la solitaria plaza del Regocijo, donde ya lo esperaba su acreedor.

—Huelgome de la exactitud, señor capitán.

—Jáctome de ser cumplido siempre que se trata de pagar deudas.

—Y esto tambien el señor D. Cristóbal para hacer honor á su palabra empeñada?—preguntó el desconocido dando á su acento un tono de impertinente ironía.

—Si otro que vuesa merced, á quien estoy obligado, se permitiese dudar, buena hoja llevo al cinto, que ella y no la lengua diera cabal respuesta.

—Pues alórese palabras el hidalgo sin hidalguía y empuña.

Y el desconocido desenvainó rápidamente su espada y dió con ella un planazo á D. Cristóbal, antes de que este hubiera alcanzado á ponerse en guardia. El capitán arremetió furioso á su adversario que paraba las estocadas con destreza y sangre fría. El combate duraba ya algunos minutos y D. Cristóbal, ciego de coraje, olvidaba la defensa cuidando solo de no flaquear en el ataque; pero de pronto su antagonista le hizo saltar el acero y, viéndolo desarmado, le hundió la espada en el pecho, gritándole:

—¡Tu vida por mi honra! Claudia te mata.

## V.

El poeta Juan Sobrino que, á imitación de Peralta en su *Lima fundada*, escribió en octavas reales la historia de Potosí, trae una lijera alusión á este suceso.

Bartolomé Martínez Vela, en su curiosa *Crónica potosina*, dice:—“En este mismo año de 1642 Doña Claudia Orriamun mató con un golpe de alánje á D. Cristóbal Manrique de Lara, caballero de los reinos de España, porque la sedujo con varias promesas y la dejó burlada. Fué presa Doña Claudia y, sacándola á degollar, la quitaron los criollos, con muchas muertes y heridas de los que se opusieron; y metiéndola á la Iglesia Mayor, de allí la pasaron á Lima. Ya en el año anterior habia sucedido aquella batalla tan celebrada de los potosinos y cantada por sus calles, en la cual salieron al campo Doña Juana y Doña Lucía Morales, doncellas nobles, de la una parte; y de la otra D. Pedro y D. Graciano González, hermanos, como tambien lo eran ellas. Diéronse la batalla en cuatro feroces caballos con lanzas y escudos, donde fueron muertos miserablemente D. Graciano y D. Pedro, quizá por la mucha razon que asistía á las contrarias; pues era caso de honra.”

En Lima, el virrey no creyó conveniente alborotar el cotarroy y mandó echar tierra sobre el proceso. Motivos de conciencia tendria el señor marqués para proceder así.

Claudia tomó el velo en el monasterio de Santa Clara y fué su padrino de hábito el arzobispo D. Pedro Villagomez, sobrino de Santo Toribio.

Por fortuna, su ejemplo y el de las dos damas potosinas no fué contagioso; pues si las hijas de Eva hubieran dado en la flor de desafiar á los pícaros que, después de engatusarlas, salen con un *paro medio*, fijamente que se quedaba este mundo despoblado de varones.

RICARDO PALMA.

Lima, Julio de 1874.

## SONETO.

A la Señorita Y. R.

RESPUESTA.

¡ Ves, desprendidas de las grietas hondas  
De alto monte, bajar por la ladera  
Asperas rocas, en veloz carrera,  
Al mar que en vano con tu vista sondas ?

¡ Batidas largo tiempo por las ondas,  
Las ves, al cabo, en la húmeda ribera  
Al ronco son de la resaca fiera  
Rodar sueltas, pulidas y redondas ?

Así, oh vírgen hermosa é inspirada,  
Mi alma primero incontrastable y fuerte,  
Después por cien tormentas sacudida,

Dócil rueda, —en el borde de la nada,—  
A merced de las ondas de la suerte,  
Por las salobres playas de la vida !

NUMA P. LLONA.

## JUEZ Y VERDUGO.

AL TRAVES DEL ESPACIO.



SILENCIO!... ¡Insensato! es así como cumples mi voluntad? ¡No debemos ser, tú mi siervo y yo tu dueño, hasta el día en que merezcas tu galardón?—

Y la forma blanca salió de la sombra; y el hombre que estaba á sus piés contempló extasiado unos ojos negros, rasgados, á la vez adormidos y resplandecientes, que deterraron sobre él la mágica fascinación de su mirada.

—Ordena! manda! he aquí tu esclavo—Exclamó él, doblando de nuevo la rodilla—Debo matar? he aquí mi puñal. Debo morir? dí á Bruno que ha vivido bastante, y lo verás caer muerto á tus piés,—

Y ella, dando á su voz el hechizo de su mirada —Loco!—respondió—¿quién habla de la muerte ante la perspectiva de la dicha? No! ni matar ni morir! quiero, solo, por medio de ese poder sobrenatural que has descubierto y perfeccionado en mí, encontrar el tesoro que buscas, y que te elevará hasta mi esfera. ¿Adivinas qué dorado horizonte en esa altura divisarás?—

Tu amor! Oh! apresura ese momento! precipítame en el infierno, amontona sobre mí todas las pruebas, todos los tormentos, pero llévame, aunque solo sea por un instante á ese cielo que me prometen tus ojos!...

El que así hablaba, tuvo apenas tiempo de besar un lindo pié, mojado con el rocío de la noche.

De súbito, el bello rostro que le sonreía, tornóse grave, y el mirar voluptuoso de aquellos adormidos ojos tomó una espresion severa despótica, que lo hizo estremecer, y lo dejó inmóvil, hincada una rodilla, caído los brazos, y los párpados pesadamente cerrados. Sus cerrados ojos orlabábase de largas pestañas, que sombreaban sus mejillas; y los brazos colgando inertes, mostraban una fuerte musculatura.

Ante él, de pié, y erguido el esbelto tallo, una mujer tenia fija en él su mirada.

De vez en cuando el dormido se estremecía; sus párpados se movían convulsos; y luego recobraba su inmovilidad. La mujer levantó con ademan imperioso una manita blanca y fina que parecia formada solo para los besos y las caricias; y en medio al silencio, oyóse, pronuciada con acento solemne, esta palabra:

—Duermel!

Si algun ser viviente, ademas de las aves dormidas en sus nidos hubiese, como ellas, encontrándose oculto entre los matorrales de aquella tenebrosa hondonada, habria escuchado con asombro, quizá, con terror, este fantástico diálogo:

—Bruno! duermes?

—El jóven se estremeció, y sus labios se ajitaron pronuciando con esfuerzo:

—Sí!

—Duermes el sueño magnético. ¿Puedes elevarte al lúcido? Anoche dijiste que empezabas á ver.

—Sí; pero hay algo que me atrae, me retiene y me deslumbra.

—Qué es, pues?

—El fulgor de una mirada.

—Una densa nube me envuelve. Ves ahora? —Veo delante de mí una nube sombría; y oigo el eco de tu voz, que me llega distinto, aunque debilitado por la vaporosa atmósfera.—

La mujer sonrió con aire de triunfo.

—Bien! Esa vision me prueba que estás de un modo absoluto, bajo la acción de mi voluntad.

—Ah!—articuló el jóven con un suspiro que se parecia á un sollozo.

La blanca manita se alzó con ademan soberano. El dormido calló!

La manita se paseó, entreabiertos los finos dedos, delante de los cerrados ojos del jóven. Hu-



bo un momento de silencio. La manita blanca tenía una compañera; y ambas se alzaron tendidas sobre la morena cabeza del joven dormido, y el diálogo continuó

—Bruno, me escuchas?  
—Oh! sí.  
—Conoces la hacienda de Arcori?  
—De paso; pero nunca estuve en ella!  
—Pues yo te ordeno ir allí, y recorrer la casa en mi memoria.  
—Estoy viéndola, y recorro sus habitaciones.  
A oscuras están todas menos una, donde arde una lámpara.  
—¿Quién se halla en ese cuarto?  
—Nadie.  
—Nadie! Mira bien.  
—Está desierto.  
La mujer frunció el entrecejo.  
—Si fuera posible! murmuró. luego, alzando la voz:

—Mira la habitación que está en el lado derecho de la galería que ves?

—Un hombre dormido, con una mano sobre el corazón, y torvo el ceño. Está bajo la acción de una pesadilla.

—Mira ahora hacia el cuarto del lado izquierdo.

—Un hombre, también; pero este no duerme. .... Ah! .... el joven blond! .... que tú amas! ....

—Ella elevó las manos sobre la cabeza del joven que se detuvo; pero continuó luego, haciendo esfuerzos para substraerse á la influencia que lo subyugaba:

—Déjame! ah! déjame el placer amargo de contemplar al hombre que me roba tu amor! déjame henchir mi corazón de odio, y ....

Un ademán imperioso ahogó su voz. Calló; y gruesas gotas de sudor cubrieron su frente.

—Bruno! mira impasible á ese hombre, y lee en su corazón.

—No te ama ya. .... otra posee su amor.  
—Conócela tú?

—Estoy mirándola—Preparábase á seguirla. Llegó á la puerta; encotróla con llave; y regresando á su cuarto, acocha tu regreso desde una ventana.

—La mujer se estremeció; pero serenándose luego:

—Bruno—dijo—acércate á aquella que me acecha; mírala y descubre por qué, magnetizándola sin que se aperceba de ello, no puedo sin embargo plegar su voluntad á la mía.

—Por que te aborrece—  
Un relámpago de odio iluminó los negros ojos de aquella mujer, y en su labio vagó una cruel sonrisa.

—Y tú?—replicó—¿tendrias poder sobre ella?

—Sí!  
—Obedecería á tu voz? descubriría los secretos de su alma?

—Como yo obedezco á la tuya.

—Y cuando te encuentres en tu estado normal, cuando no seas mi sonámbulo sino Bruno, Bruno mi amante cumplirás también mi voluntad?

—No ha mucho te dije—¿Es necesario matar? he aquí mi puñal—¿Es necesario morir? di á Bruno que muera, y morirá.—

La magnetizadora se inclinó sobre el sonámbulo, y sopló en su frente pálida y bañada de sudor.

Bruno abrió los ojos. ....

#### AURA A ROSA.

##### CONFIDENCIAS.

Quién dijo—Piensa mal y acertarás,—es un villano, un malvado que merece todas las execraciones, querida Rosa.

Héme aquí destrozado de remordimientos el corazón por el pecado de juzgar las apariencias.

Añoche embozada en mi bornos salí en pos de Ines, á quien vi desaparecer entre la fronda de los olivares. Dejé mi cuarto, atravesé el salon y me dirigí á la puerta.

Estaba cerrada con llave!

Esta circunstancia que venia á corroborar mis sospechas, acabó de convencerme de la culpabilidad de Ines.

Volví á mi cuarto, y me propuse esperar sentada delante de una rendija de la ventana el regreso de aquella á quien condenaba en nombre del honor ultrajado.

Pasaban las horas, y el frío comenzaba á apoderarse de mi cuerpo.

De repente vi á Ines, saliendo de entre la sombra del olivar dirijirse á la ventana tras la cual estaba yo espiándola.

Acercóse; dió tres golpes en el postigo, y dijo á media voz—Aurá!

(Continuará.)

JUANA M. GORRITI.

#### SONETOS.

##### I.

Y que será de tí, flor delicada,  
Cuando incline el pesar tu frente erguida!  
Estrella de los cielos desprendida,  
Tu benéfica luz será apagada. .... ?

¿Serás cual tus hermanas desgraciada  
Y en el desierto estéril de la vida,  
Solitaria y errante irás perdida  
A pedir á la tumba una morada?

¡Ah! si tan triste porvenir te espera,  
Si el bien que ansia tu inocente anhelo  
Se ha de tornar en misera quimera,

Vuelve á tu patria primitiva—el cielo—  
Que allí las rosas del amor divinas  
No ocultan como aquí rudas espinas.

##### II.

Cumpliose tu destino: cuando apenas  
Cruzabas de la vida la alborada,  
Nublose tu horizonte y resignada  
A otro mundo voló tu alma serena;

Fué la vida fugaz de una azucena,  
Que nació con la aurora inmaculada,  
Perfumó con su esencia la enramada  
Y en la tarde murió cual siempre buena.

¡Oh! feliz, muy feliz, tu que supiste  
Como un ángel volver al paraíso,  
Extraña á la tortura del que triste

Duda del bien y á su pesar, sumiso,  
La frente inclina, ante la adversa suerte  
Y busca en vano el puerto de la muerte.

J. C. ANGULO.

#### EN EL ALBUM DE MI AMIGA

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

El tiempo ha marchitado una por una  
Las mas preciosas flores de mi vida,  
Y con adusto ceño la fortuna  
El caliz de amargura me convida.

Y cuando á impulso de mortal delirio  
Cansada de llorar cierro los ojos,  
Encuentro por doquier duda, martirio  
Y un sendero fatal lleno de abrojos. ....

Del que me ofrecies hoy album precioso  
¿Con qué adornar podré las hojas bellas?  
Si en mi retiro frío y silencioso  
No encuentro flores ya ni luz, ni estrellas!

Las regarán las lágrimas ardientes,  
Que mis megillas pálidas quemaron,  
Y si al guardarlas su amargura sientes,  
Perdona que el dolor las arrancaron.

Conserva amiga de mi pobre lira  
El que hoy te ofrezca fraternal recuerdo  
Bañado con un íntimo suspiro  
Del profundo dolor en que me pierdo.

Y pues tu nombre es la ilusión mas tierna  
Que guarda mi alma con ferviente anhelo,  
Tu no me olvides y la union eterna  
Estreche nuestras almas en el cielo.

LEONOR SAURI.

#### VALERIO O EL CALAVERA.

POE LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.



##### I.

CUAN diversos son los juicios de los hombres sobre los mismos objetos! Lo que á unos les parece ridiculo ó pueril, otros lo juzgan tierno ó interesante. Admiran unos un acto de valor, donde otros no desentran sino la desesperacion de un cobarde. Este calificativo de desvergüenza ó impudencia, lo que á aquel mira como un noble ejemplo de franqueza; y lo que á un hombre elojia por sublime, otro lo condena por bárbaro y atroz. Yo he visto reir á un sujeto á tiempo que otros lloraban durante la representacion de una tragedia tierna y sentimental. Heoido ensalzar hasta las nubes en una tertulia á cierto caballero que referia heroicos hechos de armas ejecutados por él mismo, y un compañero suyo referia de otra manera los mismos hechos, con el objeto de hacer resaltar la cobardía y mala cabeza del héroe. El lenguaje de Crátes tiene admiradores y censores igualmente exaltados, y Sócrates no carece de detractores. La accion memorable del antiguo Bruto es descrita por unos como el mas sublime esfuerzo de la virtud y por otros como el delirio mas indisculpable del orgullo y la crueldad. Difícil seria hallar el tribunal adecuado para decidir quién tiene razon; pero es triste cosa pensar que entre los hombres todo es mudable, transitorio y controvertible. Parece á veces que ni aun la virtud tiene ese carácter fijo y marcado que deberia hacerla conocer y respetar por todo el universo— Los pobre hijos de Adán estamos tan sujetos á errores, disputas y versatilidades, que no sabemos seguir á la virtud por la misma senda y practicarla de la misma manera. Sin embargo, hay acciones que aunque tengan un circulo mas ó ménos estenso de censores, son siempre buenas y honradas y dan á quien las ejecuta derechos á la estimacion, ó á lo ménos, á las alabanzas de los que la conocen. Yo gusto de buscar esta clase de hechos: porque me inspiran benevolencia hacia el prójimo y respeto por esta triste raza humana á que pertenezco. Me parece mas dulce amar que aborrecer, mas honroso elojiar que maldecir y mas satisfactorio publicar el bien, que decir el mal de nuestros semejantes.

##### II.

Amable era el joven Valerio, pero sea por génio sea por educacion ó por influjo de las compañías, adolecia de defectos que á veces lo condujeron á cometer faltas graves. Era el jefe de los calaveras de su época, y dotado de gracia, salud, valor y fuerza física, ejercia un influjo irresistible sobre sus compañeros. Las personas de juicio lo hallaron frecuentemente censurable; las severas lo veian casi siempre culpado; las exajeradas decian que era criminal. Las estrechas relaciones que tenia con hombres poco estimables, la lijereza de sus conversaciones y la envidia de sus emulos, hacian adquirir á este joven una mala reputacion que muchas personas no se atrevian ya á negar, ni contradecir.

Yo conocí á Valerio y me agradó. Su viveza, su agilidad y sus chistes llamaron al principio mi atencion. Tenia una hermosa cabeza, frente

Sed, pues, el faro que á estos hijos guie,  
Que hoy te proclaman reina y heroína;  
Que brille la verdad pura y divina  
Como luce la aurora sobre el mar.  
Y dadles en la senda del progreso  
Mas vida, mas ensanche, mas aliento,  
Un solo sacrificio, un sentimiento,  
Una sola creencia y un altar.

Sosten en las angustias de la vida  
A este pueblo que amante te alza altares;  
Derrama bendiciones á millares  
Sobre su tierna y poderosa fé,  
Y al Vicario querido de este pueblo,  
Que en alas de su amor aquí le trajo,  
Alienta en las fatigas de acá abajo,  
Y arriba premio de su celo sé.

QUITERIA VARAS MARIN.

Junio 15 de 1874.

## JUEZ Y VERDUGO.

Aura á Rosa.

CONFEDENCIAS.



la:

—¿Qué te parece mi nocturna escursión?—dijome riendo.

—Una insigne imprudencia!

—¡Calla! hipócrita!...! y estarás envidiándome, taimada!

—Envidiar! Si de solo pensar en ello me estremezco!

—Así se cura el miedo, sentimiento mezquino, que es necesario combatir. ¿Crees tú que es esta mi primera campana contra el pánico? Bah! Desde que estoy en el valle, todas las noches, á la hora de las fantasmás, recorro el sombrío paisaje, poblado de bellezas misteriosas que los paseantes diurnos no pueden siquiera imaginar. Como el día, la noche tiene también su corte; corte de estrellas, de meteoros, de murciélagos, de buhos, de culebras.

—Y de peligros desconocidos, que muchas veces alcanzan á los temerarios que van á desafiarnos.

—Querida mía, el momento no es oportuno para sermones. Tengo frío! Entre los peligros que has enumerado olvidaste el rocío que me cala hasta los huesos. Toma esta llave, que me está helando la mano, y abre la puerta del salón; pues mis dedos están yertos, y no pueden valermé.

—Y ¿por qué nos dejes encerradas?—preguntéle con un resto de desconfianza.

—Por no dejaros vendidas. Yo habia quitado el cerrojo á la puerta, y no habia quien lo echara por dentro. Pero vamos, bella mía, que estoy tiritaudo.

Y corrió á la puerta que yo me apresuré á abrir.

Al entrar Ines, me recomendó el secreto de su escapada, pagando anticipadamente mi discucion con un abrazo y un beso.

Rosa, vitupérame; llámame injusta, mala, perversa! pero ese abrazo me hizo estremecer, cual si una de las culebras de que Ines hablaba, hubiese enroscado sus frios anillos en mi cuello.

¿Qué extraño alejamiento no inspira esta joven tan bella, tan espiritual, tan digna de simpatía? Haráme sombra el cariño que Enrique la profesó! No; pues que esta ama á Luis con igual afecto, y yo quiero tanto á Luis.

En fin, la verdad es que este sentimiento de repulsion renace siempre, apesar de los esfuerzos que hago para ahogarlos en mi alma.

De vez en cuando, negros vapores cruzan el esplendoroso cielo de mi dicha.

Por ejemplo, Enrique, ayer radiante de gozo, hoy está tético y sombrío.

—¿Qué pasa en él?—preguntábame, sin osar apenas mirarlo.

Hay en mi amor algo de favor; así como en la mirada de Enrique, tan dulce y apasionada, hay algo que de súbito relampaguea terrible, fulminante, cual las lampas del Sinai. . . . .

Esta tarde paseábamos, Ines y yo, cogidas al brazo de Enrique. Yo estaba inquieta, porque la nube que oscurecía su frente, no se habia disipado todavía.

Cosa extraña! Ines, mirando el demudado semblante de su hermano, tenía un aire de triunfo. ¿Se alegrará de verlo sufrir?... Rosa mía, si estuviera á mi lado habia de pedirte que con tu varita de maga me sacudas una paliza para desterrar mis injustas aprehensiones.

—Crees tú en sueños?—dijome de pronto Enrique, deteniéndose para mirarme.

—Son mi terror y mi delicia—respondí. contenta de poder obtener una esplicacion.

—Yo he tenido uno horrible!

—La muger de un soldado, una india de la tribu de los Hurus, me enseñó á descifrar los sueños, en su sentido simbólico. ¿Quiéres que interprete el tuyo?

—Es horrible!—repetió— Una pasión feroz habia invadido mi corazón, y bañado mis manos en una sangre querida, á cuya vista, en vez de horror, sentia placer, porque el espíritu del mal habiase apoderado de mi alma, y moraba en mi.

—En tanto que Enrique hablaba, miré casualmente á Ines.

Esta vez no era, no, una aprension mia, en su semblante habia una espresion de gozo que me hizo daño.

Però disimulando mis penosas impresiones, dije á Enrique en son de broma, y afectando el solemne acento de una sibila:—Mi bello señor! no apesará vuestro ánimo la medrosa apariencia de ese ensueño, cuyo significado es mas bien venturoso que siniestro. Serenad ya el rostro, llama la paz al corazón y escuchad al número profético que os habla en mi voz.

El color rojo de la sangre que tenía vuestras manos significa un suceso notable, ruidoso, próximo. . . . .

—¿Qué suceso mas notable y ruidoso que una boda?—interrumpió mi padre, que venia siguiéndonos sin que lo víeramos.

Yo callé avergonzada; Enrique se echó á reir, y la profecía se quedó en el tintero.

Hasta hoy, mecida por las dudas de una dicha inmensa, no habia pensado mucho en su complemento obligado: el matrimonio. Como el discípulo en el Tabor, habia deseado morar eternamente entre sus celestes visiones, arrullada por los himnos de un amor etéreo.

La palabra boda me hizo caer de las nubes á los accesorios groseros que esa palabra encierra. El notario; la curia; garrapateas en papel sellado; dejar de llamarse su amada, su ensueño, y convertirme en muger! su muger!

¿Qué frase tan brutal!

¿Recuerdas "Los amores de los ángeles" de Tomas Moore? Yo habia dado á Enrique las azuladas alas de esos mensajeros celestiales. El cura va á cortarlas de un hisopazo para hacerlo mi marido! Dejará de ser el bello y terrible Azael, para tornarse un padre de familia, haciéndolo en este valle y fabricante de azúcar! . . . . .

... Esposa mía!—dijome Enrique, mirándome de lo alto de su soberbia mirada. Y todas mis románticas teorías se volaron con los ángeles de Moore dejando el campo á la poética Esposa de los cantares.

De todo te hablo; de todo, menos de mi salud. Los síntomas alarmantes han desaparecido, y los colores de la juventud y de la dicha brillan en mis mejillas; pero un fenómeno extra-

ño del que no sé darme cuenta, ha comenzado á manifestarse en mí y me da serios temores.

Figúrate que de repente siento mis miembros paralizados; pesado el cerebro, embrollado el pensamiento. Mis párpados comienzan á cerrarse, mal grado de mis esfuerzos, y . . . . ¿qué se yo. . . . !

Despierto, bañadas las sienes de un sudor frío, el cuerpo debilitado por extraño cansancio. La hora me dice que ese estado de enagenacion ha durado mucho tiempo, aunque Ines se empeña en probarme lo contrario, quizá por no alarmarme. Despues, y por muchas horas, quedome en un extremo aniquilamiento, y afectada de una susceptibilidad nerviosa que hasta ahora me era desconocida. Ines rie, y dice que ese es el achaque de todas las novias.

Cuán triste está Luis! No hay duda: Ines es la causa de su pena. Ella lo ama, sin embargo. Qué doloroso misterio media entre esos dos seres jóvenes, bellos, y que podian, por tanto, amarse y comprenderse!

Luis tiene con ella una cortesía irrepachable, pero helada, que la exaspera; y ambos usan en sociedad un lenguaje hostilmente parabólico desapercibido de los otros, menos de mí, que lo siento, sin comprenderlo. . . . .

Esta noche, al despedirse la tertulia, Luis ha anunciado su próxima partida á Europa donde, cumplido el tiempo de una licencia, vuelve á desempeñar su destino de secretario en la legacion peruana en Francia.

Aunque profundamente contristada por la separacion de Luis, quise ver el efecto que hace en Ines.

Habiase tornado pálida como una muerta. . . . .

JUANA MANUELA GORRITI.

(Continuará)

## A TODAS HORAS.

Son las seis de la mañana,  
No he abierto mi ventana,  
Y viene á despertarme el ruiseñor.  
"Levántate, me dice,  
Y con la luz bendice,  
En himnos de alabanza al creador."

De la campana el bronce  
Me convida, á las once,  
Para que vaya en el silencio á orar;  
Que está depositado  
Jesus sacramentado,  
Por nuestro amor en el divino altar.

Del sol los resplandores,  
El olor de las flores  
Y el viento en su carrera tan veloz,  
Me dicen: "alabemos  
A nuestro Dios y alcemos  
Pliegarias fervorosas á una voz."

Otra vez la campana,  
Que vibró esta mañana,  
Anuncia por la tarde la oracion;  
Y al terminar el día  
De la Virgen Maria  
Recibo la celeste bendicion.

Por fin, la noche vuelve  
Y con su manto envuelve  
Los claros resplandores de la luz;  
No durmanos y oremos,  
Que por guardian tendremos  
En las tinieblas á la santa cruz.  
SOR MARGARITA DEL CORAZON DE JESUS.  
Santiago, 1874.

## A UNA FLOR.

Yo no sé por qué tengo simpatía  
Por esta blanca flor;  
Me parece que fuera el alma mía  
Mostrando su candor.

¡Y carga despues con fuerza  
A esa de las pantorrillas!  
Que para hacerlas nuevas  
Ya tendrá que sudar tinta.  
Y tanto gritaba ¡muerte!  
Y tanto gritaba ¡viva!  
Que al oír mis gritos gritaron  
—¡Manuelita! Manuelita!  
Échate del otro lado  
Porque estas con pesadilla  
Recorred pues asustada  
Y gracias a Dios decía,  
Que no ha sido mas que un sueño  
Y que de él estoy tranquila,  
Pero está, lectora, el mundo  
Tan lleno de gente indigna  
Que no tiene perros bravos  
Ni nadie que haga justicia,  
Que es mejor vivir soñando  
Porque un sueño al fin termina.

MANUELA V. DE PLASENIA.

### JUEZ Y VERDUGO.

#### EL ASID ENTRE LAS FLORES.



PLÉNDIDA alborada— exclamó el coronel, contemplando el sol que comenzaba á levantarse entre las ligeras nieblas de la mañana— Señores, en marcha! Tendremos un hermoso día.

Y la alegre cabalgata partió seguida de sus perros, en gozosa algazara, perdiéndose luego en los recodos de las quebradas sombreadas de matorrales, donde tienen su guarida los leopardos.

Bello era, en efecto, aquel día, uno de los últimos de febrero. Los árboles agobiados con el peso de sus frutos, inclinaban las venidas ramas sobre los floridos setos; rebanoes de blancas ovejas y pintadas vacas pacían mezcladas la tupida grama de los prados; las cigarras chillaban entre la yerba, y bandadas de aves cruzaban cantando, el azul purísimo del cielo.

Dos jóvenes vestidos de blanco y cubierta la cabeza con graciosos sombreritos, aparecieron derepente, como para completar la belleza del paisaje.

Cojidas del brazo y platicando á media voz, seguían un sendero que serpenea á la vera de un arroyo entre matas de salvia y morados heliotropos, que ellas cosechaban formando ramilletes matizados con anémonas rojas para adornar su seno, el ala de sus sombreritos, y hasta los regayados volantes de sus faldas, riendo triscando, deteniéndose á mirar una flor, un insecto, el vuelo de una ave. . . . .

—Ah!—pensaba la una—cómo pude sospechar de traicion y de maldad á esta alma tan sencilla y pura! ¡por qué culpable preocupación me resisto á amarla! qué injusticia!  
Y abrazaba con efusión, y besaba á su compañera.

Pero si hubiese podido sorprender la mirada furtiva que de vez en cuando arrojaba esta sobre ella, se habría estremecido de horror, y hubiera huido espantada.

En tanto, bajo la influencia de aquel hermoso día, su corazón se abría á la confianza, y reía, y charlaba, mezclando sus risas con melodiosos cantos.

—Las doce! querida Ines—exclamó, deteniéndose derepente para mirar el sol que estaba en mitad de su carrera—“No de solo pan vive el hombre,” dice el divino axioma que en este momento se realiza en mí. Sí, no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios: es decir, de amor: es decir, de alegría: es decir, de felicidad.

—¡Ay de mí yo no soy tan eterea como tú, mi querida Aura; yo necesito pan, porque tengo hambre!

—Me precipitas de las nubes con tu terrenal apetito, ó hija de la materia! Pero, ¿cómo contentarlo, si no es con el rocío de la mañana?

—Oh! yo divisó algo mas sólido que ese alimento de silfos. ¿Qué dices de aquellos rojos higos? y, esos aterciopelados melocotones? qué dulce jugo guardarán entre su dorada corteza esas naranjas tardías que ostenta entre sus verdes hojas el árbol del Eden!

Y riendo á careajadas del culteranismo de su lenguaje abalanzáronse á los árboles cuyas ramas pendían fuera de los setos, y las despojaban de sus sazonadas frutas.

—Ines!—exclamó Aura, mostrando á su compañera las sombras de los árboles que comenzaban á estenderse en largas silvetas—el día declina. ¿Restamos mucho camino hasta la misteriosa huaca?

—Una media milla de pintoresco sendero entre olivos y peñascos.

—Dios mío! llegaremos de noche!  
—La hora de los magos empieza con las primeras estrellas.

—Y qué dirá Enrique, si no me encuentra en casa. Los cazadores regresarán á las cinco.  
—No lo creas. La casa del leopardo es de emboscada nocturna. A esta hora están eligiendo puestos; y la batida comenzará á caer la noche. Así, tenemos á nuestra disposición largas horas para escalar aquellas empinadas colinas, dar una ojeada al mar, y llegar en tiempo á la morada del mago.

—Ah! cuánto me tarda la hora de conocer á ese extraño personaje!  
—Puedo asegurar que nada perderás en la espera.

Cuando la última luz del día acababa de extinguirse en occidente, las dos errantes peregrinas, atravesando una hondonada profunda, llegaron á un sitio agreste donde, al abrigo de dos peñascos, ocultábase una huaca.

Daba entrada á ella una abertura circular, semejante á la boca de un antro.

Ines la mostró con un ademán á su compañera, invitándole á seguirla.

Aura retrocedió asustada.  
—Cobarde!—exclamó aquella asiendo su mano—Cómo podrás, entonces, saber los decretos del destino!

Y la arrastró en pos suyo al interior de la huaca.

En el fondo de aquel antro de forma circular abovedado como un horno, y alumbrado por una lámpara de rojiza llama, que pendía de lo alto, hallábase acurrucado un ser indefinible, cuyo rostro desaparecía entre un gorro piramidal, y las enmarañadas gudejas de una inmensa barba gris que cubría una parte de su cuerpo, —que vienen á buscar aquí las hjas de las ciudades!—exclamó con voz cavernosa, á vista de las jóvenes.

—El secreto del destino—respondió Ines, acercándose á él seguida de Aura, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Yo nada quiero preguntar á ese número inexorable; pero he aquí mi compañera, que desea averiguar lo que en sus arcanos guarda para ella y los objetos de su amor.

—Teueridad! si tienes valor para escucharlo, acércate para que yo lo lea en tu frente.

Y le señalaba un banco de piedra que estaba delante de él, donde Ines hizo sentar á la trémula jóven; que vió con espanto entre aquella masa de barbas, brillar dos ojos ardientes fijando en ella, con tenaz fijeza, una mirada sombría fascinadora, que hirió su frente, hizo palpar sus sienas, y cayó sobre sus párpados como un peso mortal; quiso hablar, y la voz se anudó en su garganta; quiso huir, y sintió sus miembros paralizados por una extraña postracion. Bien pronto, un inmenso aniquilamiento invadió su cuerpo, oscureció su espíritu y la dejó muda, inanimada, impresa en el semblante y en la actitud, la solemne inmovilidad de una estatua.

El ente extraordinario cuya mirada realizara aquel prodigio, arrojando la toca y la barba que lo encubría, fué á caer á los pies de Ines.

Era Bruno, el sonámbulo de la hondonada, el misterioso que habia ofrecido su puñal y su vida.

—Héla ahí bajo mi influencia—dijola mostrando á la pobre Aura, pálida é inmóvil—¿qué es lo que quieres de ella?

—¡Vengarme!  
Bruno palideció; y la mirada de adoracion que fijaba en su amada tornóse sombría.

—¡Ah!—dijo—yo habia jurado á aquel que me dió, y perfeccioné en mi esta ciencia milagrosa, no emplearla jamas para el mal.

—¿Es necesario matar? Aquí está mi puñal!—¿quién me dijo esas palabras?

—¡Yo!  
—Y bien! quiero vengarme!

—Vengarte de esta mujer? será acaso tu rival? amarias á otro? . . . . Ah! nómbralo, por tu vida, y verás luego tu venganza satisfecha!  
—Y en los ojos de Bruno brilló una llama sinuosa.

Ines sonrió á un mal pensamiento que desechó luego; y estrechando la mano á Bruno:

—Si! le dijo—me robó el amor de mi hermano; y quiero recobrarlo quitándole á mi vez. Entonces, cuando me hayas vengado, seré tuya para siempre.

Bruno se levantó radioso, terrible.  
—Ordena!—exclamó—di, qué crimen es necesario para apresurar esa hora de ventura!

Ines puso un pliego de papey un lápiz sobre las rodillas de Aura; y arrancando de su cartera una página, dióla á Bruno, que despues de leerla, se acercó á esta, y fijó en su frente una profunda mirada.

—Aura!—dijo, tocando la mano fría é inerte de la jóven.

Aura se estremeció.  
—Aura!

—Te escucho—respondió con voz débil.

—Duermes!

—Si.  
—Con el sueño magnético!

—¿Lícido!

—Si.  
—Lee esta carta.—Y puso ante los párpados cerrados de Aura la página que Ines habia arrancado de su cartera.

La sonámbula leyó automáticamente, sin influencia alguna en la voz.

—¿Luis! si no puedo soportar por mas tiempo el horrible tormento que me impones! fingir amor á un hombre que aborrezco! disimular! mentir á todas horas! Ah! nuestros cortos momentos de ventura no pueden compensar el horror de este sufrimiento! . . . . .

—Bruno levantó la mano.  
—La sonámbula se interrumpió.

—Copia esa carta!—dijola, con un ademán de autoridad.

Aura hizo un brusco movimiento de repulsa, exclamando con estuero—No!

—Copia esa carta! repitió él alzando la mano sobre la cabeza de la sonámbula, que pálida la frente, el semblante desecado, dilatados los arpeados y brotando gruesas lágrimas que se mezclaban con el sudor, que bañaba su rostro, copia sin detenerse, aquella larga página, y despues, saltando el lápiz, dejó caer los brazos ajitada de violentas convulsiones.

Los ojos de Ines brillaron con un gozo diabólico al apoderarse de aquel papel, que guardo preciosamente en su seno. . . . .

Cuando Aura despertó, hallábase en los brazos de Ines, sentada en el tronco de un olivo, á la vera del vergel que rodeaba su casa.

—Confiesa, querida—dijola éste riendo—que te has conducido hoy como un muchacho mal criado: ¿Dormiste en las barbas del mago! El pobre hombre perdió todo su latin, y se vió muy apurado. Por dicha llegaron otros en demanda del destino; entre ellos un moceton, que tomadote en sus brazos y á mi en el anca de su caballo, nos ha traído hasta aquí. Felizmente nuestros cazadores no han regresado todavía. Ah! pero no tardarán ya. Vamos hacerles servir una cena digna de las hazafias del día.

Aura se sentia débil, quebrantada y sin fuer-

zas para contrarrestar la charla de su compañera, y probarle que había sido un síncope y no sueño el accidente de la huaca.

Aquella noche en medio á la alegre cena que terminó la jornada, Ines se tomó derepente abstraída y meditabunda.

—En que piensa la bella hija de Jephthé—esclamó el coronel.—¿Es en esa cualidad divina que iba á llorar en la cima de las montañas? La picante interpelación hizo ruborizar á Ines, pero no la desconcertó.

—Pues era precisamente un pasaje bíblico lo que en este momento me preocupaba—repuso, llenando maquinalmente su copa.—Estaba pensando en esa terrible ley del talion, con que plugo á Moisés á tajar los desmanes de su pueblo—“ojo por ojo” diente por diente” Maria su hermana que tambien pretendió legislar, pudo hacer esta adición á ese artículo del tremendo código.—Honra por honra.

Y aprendiendo la copa, envolvió á Aura y á Luis en una rápida mirada.

JUANA MANUELA GORRITI.

[Concluirá.]

VERBOS Y GERUNDIOS.

UN RETRATO.

Silencio, ratas, que la noche es larga!  
Yo todo la palabra y que me emplumen  
Sino no brota mortal de mi cacumen  
Contra cierto bandido una descarga.

Ostentando una fachada de botageta  
Es de todos los vicios el resumen;  
Si es verdad que el mal tiene su numen  
No se por qué con el bribon no carga.

Aumentó con lo ageno su gabela;  
Traicionó á todos, tirios y troyanos;  
Nunca dió de limosna una peseta;  
Chisme y calumnia fueron sus hermanos;  
Y dice ¡desalmado fariseo!  
Que cree en Dios y que gana el Jubileo.  
R. PALMA.

LA CARIDAD CRISTIANA.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.

(Continuacion.)



DICIENDO esto se levantó, se acercó á la cuna en que dormía su querido ahijado y le dió dos besos con mucha ternura. Roberto y Maria la miraron complacidos y luego preguntó ésta:

—¿Tú tienes sospechas, y sobre qué se fundan?

—He sabido, Maria, replicó Roberto, que tu padre frecuenta la casa del doctor Arias, y que entra allí con una especie de cautela. Como el doctor tiene tres hijas grandes, es posible que el señor Montalvo que solo tiene cincuenta y seis años, ame á alguna de ellas y quiera volver á casarse y acaso este proyecto lo ocupa y le causa embarazo.

—Eso es, exclamó Clemencia, estoy cierta de que es eso! El quiere que nos enfademos con su afectada indiferencia para que se nos haga menos duro el golpe que nos prepara. Pero ¿cómo habrán podido gustar á papá esas niñas tan disipadas, tan amantes del lujo, tan orgullosas? Cada una de ellas cree ser una reina.

—No es eso lo raro, dijo Felicia, porque ellas son hermosas, tienen mil bellas cualidades y muchos medios para agradar. Lo extraño es

que un hombre libre y que puede disponer de su persona, se ponga triste, pensativo y frio con ustedes y con su nieto á causa de un proyecto de matrimonio que ustedes no habian de impropiar, aun cuando no fuera sino por no contrariarlo en su determinación, tanto mas, cuanto que tú, Maria, estas ya establecida, y tú, Clemencia, lo estarás muy pronto.

—Yo no puedo creer, dijo Maria, que papá á los cincuenta y seis años esté enamorado; eso no puede ser.

—Si, es eso, replicó Clemencia, á mi nadie me hace creer ya otra cosa. Pero él teme desagradarnos y por eso escusa una explicación. Mas, nosotras le diremos que estamos contentísimas con su elección y verán ustedes cuán contento se pone. Y al fin es cierto que hemos de tener madrastra, y mas vale mirar esto por el lado bueno que por el malo.

—No hay que precipitar las cosas; yo hare por obtener la confianza del señor Montalvo, y entre tanto, tengán ustedes paciencia.

—Yo no creo, dijo Felicia, que si él piensa en eso lo calle largo tiempo, mi comprendo siquiera por qué un hombre tan amado de los suyos, haya sido tan reservado.

A esta observación se siguieron mil conjeturas y mil proyectos. Mas, los de Clemencia eran todos relativos al modo como habia de tratar á su madrastra, pues ya no dudaba si quiera que fuera otra la causa de la seriedad de su padre.

—Maria parecia inquieta y rechazaba casi absolutamente la idea de que su padre estuviese enamorado, y Felicia triste por un vago presentimiento que no se atrevia á profundizar, trataba de distraer á sus dos amigas haciéndolas esperar que de un modo ó de otro cesaria la causa de la penosa mudanza del señor Montalvo. Clemencia se propuso hablar en primera ocasion, delante de su padre, de las hijas del doctor Arias y no solamente descubrir si pensaba en enlazarse con aquella familia, sino cuál de las tres niñas era la preferida. Roberto volvió á encargársele la prudencia, y Felicia fué de su propia opinion, por lo cual todos resolvieron esperar del tiempo y de las diligencias de Roberto la aclaración del misterio que tanto inquietaba y aflijia á toda la familia.

III.

Era una hermosa tarde de verano, y Roberto, su esposa y su cuñada estaban en un pequeño gabinete rodeado de flores que Maria habia hecho construir al extremo del jardín y que era el cuarto preferido por Montalvo en su habitación de la ciudad. Nada habian adelantado en sus indagaciones, pero la distracción, frialdad é inclinaciones solitarias del caballero se aumentaban diariamente y este era el asunto continuo de las conversaciones de las dos jóvenes. De esto se ocupaban cuando se presentó Montalvo en la puerta del gabinete. Todos empuñaron al verlo, y se paró á mirar reunida su familia.

—Entre usted, papá, le dijo Maria con tono cariñoso; usted nos hacia falta, añadió Roberto; y Clemencia levantándose con ligereza se acercó á su padre y tomándole la mano con afectuosa familiaridad: venga usted, papá, le dijo, siéntese en medio de nosotros y hablemos de Tivoli que á usted le gusta tanto.

Montalvo suspiró, y sin dar un paso adelante, retiró su mano de las de su hija con alguna rudeza.

Esta se volvió á su asiento tratando de retener sus lágrimas y diciendo á media voz:

—Esto es hecho! ya no nos ama! Las estrañas han llenado todo su corazón.

Montalvo se estremeció y miró alternativamente á sus hijas con ojos inquietos. Ambas debaban correr de los suyos gruesas lágrimas que no procuraban ocultar. Roberto quiso hacer cesar aquel doloroso silencio, y volvió á instar á su suegro que entrase. Este haciendo un esfuerzo entro y parándose cerca de las muchachas, las dijo:

—¿De qué se trataba, hijas mías? ¿Parece que mi llegada ha interrumpido una interesante conversacion?

—Si, por cierto, exclamó Clemencia sin poder contenerse, hablábamnos de usted y del poco afecto que en esta última época nos manifiesta: recorriamos nuestra vida entera consagrada á amar y complacer á usted, y no hallando nada por qué pueda acusarnos nuestra conciencia, le preguntamos ahora á usted mismo lo que nosotros recíprocamente nos hemos preguntado cien veces sin poder hallar la respuesta. ¿Por qué ha dejado usted de quererlos, amado papá?

—Dejar de quererlos! exclamó Montalvo con amargura.

—Si, papá, añadió Maria, eso es lo que nos ha parecido y nos aflige muchísimo esa idea.

—Y tú tambien crees eso? preguntó Montalvo á Roberto.

—Señor, dijo este, yo no pretendo explicar lo que pasa en el corazón de usted, pero experimento tanto como ellas una mudanza á la cual no podemos acostumbrarnos. Mi propio hijo, señor, su inocente y lindo nietecito es ya indiferente para usted.

—Papá, añadió Maria con tono suplicante, no abandone usted á mi hijo.

—Quién te ha dicho que yo lo abandono? ¿quién ha podido persuadirles á ustedes semejantes disparates? dijo con precipitación Montalvo, afectando alguna severidad en su acento.

—¿Entonces es falso que usted haya dejado de quererlos? dijo Maria.

—Si, es falso, hijas mías.

—Y viviremos como ántes, papá? preguntó Clemencia.

—Así lo deseo, respondió Montalvo.

En aquel instante despertó el hermoso Ernestico; Maria lo tomó en sus brazos y acercándose á su padre, le dijo:

—¿Cuán feliz me hace usted al asegurarnos que todo era aprensión! Mire usted su nieto, papá, jamas habia estado mas lindo; béselo usted puesto que lo quiere.

—No, dijo el caballero, desviando la cabeza para separarse del niño que Maria le presentaba, sufrió hoy un fuerte romadizo y se contagiaria.

—Hace ya mas de un mes, dijo Maria, que usted no lo acaricia....

—Un mes! repitió estremeciéndose Montalvo. Un mes ha corrido ya y yo no he tenido valor para....

—Para confiar en sus hijos, añadió Roberto. Háblenos usted, señor, y abranos su corazón, usted no hará sino confiar lo que ya sabemos.

—Lo que ya saben! preguntó Montalvo sorprendido.

—Si, señor, continuó Roberto, y las frecuentes visitas de usted al doctor Arias nos han desentubierto todo.

—Dios mío! Dios mío! exclamó el caballero comprimiendo con fuerza su frente con sus dos manos, y despues levantando sus ojos al cielo con aire de profundo dolor, añadió: infeliz de mí!

—¿Qué es esto, papá? dijo con amargura Clemencia, usted se cree infeliz por eso? no nos conoce usted puesto que duda de nosotras. Cualquiera que sea la elejida de usted, nosotras la amaremos como á una hermana, la respetaremos como á una madre, y la dicha y contento de usted se los deberemos á ella.

—¿Qué es lo que dice? preguntó Montalvo admirado.

—Que usted puede casarse con cualquiera de las hijas del doctor Arias sin que Maria y Clemencia lo repugnen, dijo Roberto.

—Piensan, pues, mis hijas que yo quiero casarme!

—Si, papá, dijeron ámbas á un tiempo, y Clemencia añadió; sabemos ya que este es el secreto de las visitas de usted.

—Bendito sea Dios! dijo Montalvo, como aliviado de un grande peso.

Entonces Clemencia volvió á levantarse y corrió á abrazar á su padre diciendo:

“Muy señor mío y mi Dueño de todo mi cora-  
zon.—doña juanita Riquelme, la confesada del  
padre definidor, pide á vuesamerced cuyas  
“Manos Besa que la socorra en una necesidad  
mandándole de Limosna lo que pese este pa-  
pellito y que Dios se lo pague y se lo aumente  
y no soy mas que su humilde criada.”—

Rieron no poco los tertulios con lo orjinal de  
la petición, y el vanidoso comerciante puso la  
carta en un platillo de la balanza y en el otro  
una onza de oro. ¡Cosa de brujería! El platillo  
no se rindió. Maravilláronse los amigos y á  
porfia empezaron á echar onzas y más onzas  
y... nada! como si tal cosa! El platillo de la  
carta no subía.

Aquello era caso de Inquisición ó milagro de  
tomo y lomo.

Por fin, el papelito se dió por vencido tan  
luego como en la balanza se hallaron deposita-  
das onzas por valor de diez mil pesos de á ocho  
reales, con cuya suma dotó la viuda á sus hijas,  
que tuvieron larga prole y murieron cuando les  
llegó la hora.

Paréceme que el milagrito no es anea de ra-  
na. Pues alla vá el otro.

### III.

*De cómo las benditas ánimas del Purgatorio fue-  
ron rufianas y encubridoras.*

Esto sí, esto sí,

Que no pasó en Lima sino en Potosí;  
y quien lo dnde no tiene mas que echarse á leer  
los *Anales de la Villa Imperial*, por Bartolomé  
Martínez Vela, que no me dejarán por menti-  
roso.

Diz que el sobrino del corejidor Sarmiento, á  
quien no tuvo el lector la desdicha de conocer  
ni yo tampoco, era gran aficionado á la fruta  
de la buerta ajena. ¡Habrà picarol! Andaba,  
pues, el tal á picos pardos con la mujer de un  
prójimo, cuando una noche éste, que estaba ya  
sobre aviso, llegó tan repentinamente que el  
galan no tuvo tiempo mas que para esconderse  
bajo un mueble del dormitorio, mientras su  
atribulada cómplice, temblando como azogada,  
esclamaba:

—¡Válganse las ánimas benditas del Purga-  
torio!!!

Entró Oteló furioso, pistola en mano y puñal  
al cinto, resuelto á hacer una carnicería que ni  
la del rastro ó matadero; y de pronto se detuvo  
en el dintel de la puerta, se inclinó cortesmen-  
te y dijo:

—Buenas noches, señoras mías.

Y siguió su camino para otra habitación, con-  
vencido de que en su honra no había la mas le-  
ve manchita y de que era un vil calumniador el  
caritativo quidam que le había dado el alar-  
mante aviso.

Cuando mas tarde se halló á solas con su  
mujer la preguntó:

—¡Qué buenas mozas eran las que tenias de  
visita!

Y la muy zorra contestó sin turbarse.

—Hijo, eran unas amiguicas que me quieren  
mucho y á quienes yo correspondo su cariño.

Y la señora quedó firmemente persuadida de  
que debía su salvación á la complacencia de las  
benditas ánimas del Purgatorio, que se presta-  
ron á desempeñar en obsequio suyo el poco al-  
roso papel de terceras. Puso enmienda á sus  
veleidades amorosas, y se hizo tan devota de  
las *amiguicas* del otro mundo que no economi-  
zaba agasajarlas con misas y sufrajos, para  
tenerlas propicias si andando, los tiempos, vol-  
via á encontrarse en atreznos idénticos.

Y si éste no es milagro de gran fuste, que no  
valga; pues lo que es yo me lavo las manos co-  
mo Pilatos y pongo punto final á la tradición.

RICARDO PALMA.

Lima, Agosto 1874.

### HORAS TRISTES.

No sé por qué pero mis horas tristes  
Tan largas son,  
Que aunque el reloj con igualdad las mide  
Las siento eternas en el corazón.

No sé por qué pero mi pensamiento  
Cruza veloz,  
Y me presenta un porvenir sombrío  
Que mi alma llena de amargura atroz.

No sé por qué pero mis ojos brotan  
Como un raudal,  
Lágrimas con que inundo mis mejillas  
Y así no acierto á comprender mi mal.

No sé por qué pero al llegar la noche  
Siento un pesar,  
Y peserosa aun me sorprende el día  
Y el día paso con mi mal estar.

No sé por qué pero el corazón siempre  
Siento latir,  
Con una rapidez extraordinaria  
Que llena de inquietud me hace vivir.

No sé por qué pero encontrar no puedo  
Tranquilidad,  
Y amargando mi vida sin motivo  
No tengo un día de felicidad.

Porque procedo como niño engreído  
Que sin reflexionar,  
Busca y reune objetos peligrosos  
Con que puede su muerte ocasionar.

Mas si á esto llaman alma de poeta  
Si esto es sentir,  
Y el sentimiento inspiracion me ofrece  
No quiero mi carácter combatir.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

### JUEZ Y VERDUGO.

Aura á Rosa.

DE SORPRESA EN SORPRESA.



STOY aturdida, absorta, estasia-  
da. Por las líneas desviadas de  
esta carta conocerás cuan trémula  
está mi mano.

En tanto que, no ha mucho, estaba  
escribiéndote, Ines habia corrido á su  
cuarto, cambiado de traje y vuelto á mi  
lado sin que yo de ello me apercebiese.  
Estaba bellísima, con un sencillo y elegante  
vestido de gros blanco, un lazo del mismo co-  
lor bordado de avalorios sobre sus negros ca-  
bellos, y en el pecho un ramillete de violetas.

—Dios mío! qué bella estás!—esclamé—Pero  
qué significa todo esto!

—Soy tu dama de honor, y cumplo el cere-  
monial—respondió Ines con un airucillo entre  
risueño y solemne, descorriendo las cortinas  
que cerraban la puerta.

Quedé asombrada, ante el aspecto que pre-  
sentaba el salon.

Recojido un tabique de madera á goznes que  
lo separaba del oratorio habiase trasformado  
en un espacioso templo. El altar resplandecía  
de luces, y el pavimento estaba cubierto con  
una alfombra de flores.

El venerable cura de Tara, revestido de alba  
y estola, aguardaba de pié, y puesta la mano en  
el ritual abierto sobre un atril de plata.

Un brillante cortejo de señoras y caballeros,  
en hábitos de fiesta, y llevando ramilletes igua-  
les al de Ines, ocupaban dos filas de reclinato-  
rios improvisados con las sillas y sillones del  
salon. Mi padre en uniforme de gala, Enrique  
y Luis rodeaban al sacerdote.

Una asamblea imponente, querida mía, á en-  
ya vista inesperada me detuve, ocultando mi  
confusion con una desgarbada reverencia. Ines  
tomó mi mano con la graciosa dignidad de una  
castellana; y atravesando el templo, llevéme al  
lado de Enrique.

—¡Me perdonas, amada mía, esta sorpresa!  
—dijeme éste á media voz—Ah! Luis debe par-  
tir mañana; y su ausencia á la hora de nuestra  
union habria sido para mi dolorosa y de mal  
agüero.

No tuve tiempo para responder; porque Ines  
se apoderó de mi mano, mi padre de la de Enri-  
que, y nos llevaron al pié del altar.

Un momento despues, querida mía, tu amiga  
era la esposa del mas bello noble, valiente y co-  
diado de los hombres; y como te dije en el  
prólogo de esta nueva faz de mi existencia, en-  
tre ese nombre emblemático de Rosa—Aura ha  
venido á colocarse otro; no cual un punto de se-  
paracion, sino como un lazo de amor.....

Aprovechando un momento de tumulto entre  
los convidados, ocasionado por el cambio de  
decoracion, he pedido permiso á Enrique para  
venir á escribirte dos renglones.

Rosa, ¡le he pedido permiso! Qué deliciosas  
palabras! Tengo un señor! pertenezco en cuerpo  
y alma á un dueño!

Ah! quién es la neicia que compadece á la mu-  
ger esclavizada en Oriente!

No le es necesario, para ver á su amado le-  
vantar los ojos? Y no es ya eso un simbolo de  
vasallaje?

Sin embargo, Ines ama á Luis, y las miradas  
que le dedica, en vez de elevarse descendien...  
...Oh! qué atanera, qué irónica la que fijaba  
en él, durante la ceremonia! cómo lo hacia pa-  
lidoecer.....!

Bah! preocupada siempre de Ines y sus mis-  
terios! qué me importan! ¿por qué he de querer  
escudriñarlos? ¡Será que la oborrezco! No, que  
es la hermana de Enrique y quiero amarla....

Me llama! Los convidados están á la mesa,  
y el almuerzo va á comenzar..... He allí á  
Enrique..... Viene á buscarme.

Dejo un momento la pluma para correr hácia  
él. Luego volveré á tí. Quiero asociarte á todas  
mis horas en este venturoso día.....

Cuántos besos vale la noticia que voy á dar-  
te, Rosa mía! Dentro de tres dias marchamos  
tolos para Islay para esperar el pago del vapor  
que nos llevará á Lima, esa encantada man-  
sion.

*Dove è gioia e amor e vita,*  
anreola de esa bella reina de las flores, que es  
la mitad de mi alma!

La cuestion se discentió en la mesa. Enrique  
no queria separarse de su amigo; mi padre no  
queria apartarse de su hija. Qué hacer?

Propúsose el arbitraje. Los votos recayeron  
en un anciano del valle.

—Qué decidis!—le preguntaron.

—Marchaos juntos—respondió, con tan viva  
alegría de todos nosotros, que espontáneamente  
llenamos nuestras copas y bebimos á la salud  
del árbitro.

La copa de Ines permaneció vacía.

¡Llenóla ella á su vez; y poniéndose en pié—  
Caballeros—dijo, con una graciosa reverencia  
—bebo á vuestra salud, celebrando la merced  
que vais á otorgarme.

Y apuró la copa.

—Hable la bella princesa!—respondió mi padre, con picarresca seriedad—díganos el mas imposible de sus deseos; que, á fé de caballero adelante, sabré llevarlo á cabo, con la lanza y con la espada.—Y—añadió, paseando en torno una inimitable mirada de reojo—desgraciado el duende ó fóllo que se atreva á contrariarlo!

—Y bien, noble caballero—repuso Ines, con el sentido acento de una doncella menesterosa—antes de arrancarme de estos valles amados, dadme el plazo de tres dias para ir cial la hija de Jephthé, á llorarlos con mis compañeras, en la cumbre de las montañas.

Y tendió con régio ademán su abanico de na-car, que mi padre besó, jurando obediencia.

Tres dias aun!...pero ah! qué dias, Rosa mia. Sentada á los pies de Enrique, su mano entre las mias, mi cabeza recostada en su rodilla, contemplándolo, escuchándolo, admirándolo. O bien, paseando juntos, bajo la fronda de los olivas, mi mano apoyada en su hombro; su brazo en torno á mi cuerpo; ó bien de pié ante el piano, uniendo nuestras voces en un himno de amor!

Ah! nunca hasta ahora habia conocido la inmensa dicha de ser bella. Con qué sensación de celeste felicidad siento la mirada de Enrique detenerse sobre mi frente, en mis ojos, en mis labios!

Sin embargo, cosa estraña esos instantes de fruicion infinita, pareceme de una prolongacion eterna. Será que el alma humana no ha sido formada para la dicha, y que el dolor sea su verdadero elemento?

Vivimos envueltos en una atmósfera luminosa que nos deslumbra, y nada percibimos mas allá el uno del otro. Ah! si se pudiera vivir siempre así!

Ay! no, por desgracia! Hé ahí que el propietario de la vecina hacienda ha invitado á Enrique para una cacería de leopardos. Mi padre debe organizar la batida, y mañana, vispera de nuestra marcha á Islay, partirán estos señores al amanecer para emplear el dia entero en seguir la pista, alcanzar y matar media docena de estas fieras, que vagan por la noche en torno á los rebaños.

Doce horas sin verlo! Una eternidad!

Inés, que desde ayer ha comenzado la fantástica romería de la hija de Jephthé, acaba de llegar trayendo un tesoro de flores silvestres, en guirnaldas, collares brazaletes, pendientes y lazos.

—Te debo una indemnizacion—me ha dicho, poniendo sus manos sobre mis hombros, y mirándome con sus bellos ojos medios cerrados.

—Indemnizacion de qué?—la he preguntado.

—Tomal de estos tres dias de retardo que robo á los abrazos de Rosa.

—La mejor indemnizacion que puedes ofrecerme, es quedarte conmigo mañana que estaré sola hasta la noche.

—Al contrario, quiero llevarte á un sitio misterioso donde harás un estraño conocimiento.... ¿Crees tú en adivinos?

—No; pero deseara ver uno.

—Pues eso es precisamente lo que puedo ofrecerte.

—Un adivino?... uno de esos que leen el porvenir?

—Ciertamente.

—Podrá decirme el mio?

—Como está escrito en el libro eterno.

He saltado de gozo. Rosa mia, quiero ver á ese ser extraordinario! quiero preguntarle de tí, de Enrique, de mí.

Ines me ha encargado el secreto respecto á la visita que hemos de hacer mañana—Por qué—ha añadido riendo—esos caballeros son espíritus fuertes, y se burlarian de nosotras.....

Enrique me pide esta carta; porque el correo está pronto, y va á partir.

Ciérrole y me despido de tí con un beso, hasta la vista.

Desde aquí estoy viendo á Luís, que se pasea á lo largo de la galería. Ah! por qué está tan pálido y triste? Siempre que formulo esta pre-

gunta pienso en la belleza soberana de Inés, y en su mirada altanera y desdenosa.

JUANA MANUELA GORRITI  
(Continuará.)

## SONETO.

Á MI AMIGO DON CAMILO ANGULO.

Contestacion.

Solitario y ceñido del Egoismo  
Sobre el trono del orbe vi sentado;  
Y mi espíritu llena desolado  
La noche de un inmenso excecicismo...

Desde el cielo de Juz de mi idealismo,  
Como Titan soberbio fulminado,  
El rostro por mis lágrimas sureado,  
Rodé tambien hasta el profundo abismo!...

Pues bien! como dantesco par adusto,  
Mudos y solos, con frateros brazos  
Mítuamente ciñendo nuestros hombros,

Aun halláremos un consuelo angusto  
De nuestro mundo ideal roto en pedazos  
Flotando entre los fúnebres escumbros!

NUMA P. LLONA.

Lima, Julio de 1874.

## AL SEÑOR NICOLAS PARDO

AL TERMINAR LA LECTURA DE SUS

### "RECUERDOS DE UN VIAJE A EUROPA."

Digase lo que se quiera,  
viajar es uno de los placeres mas tristes.

MADAMA STAEL.



MI AMIGO: reciba usted tres veces

las gracias: por su galante dedicacion al obsequiarme su precioso libro, por el orgullo nacional que he sentido al leerlo, y por haberme usted dado el placer de hacerme viajar sin marearme.... Si usted sufrió semejante agonía.... entonces comprenderá, cuánto le debo!

Si usted no se mareó, debe viajar; y cuando usted nada dice de ese desconzonador frasturno, no lo pasó ó no quiso proporcionarlo al describirlo: mareado nadie puede leer. Por eso el mareo de la vida quita el pensamiento....

Pero vamos á la obra: ¿deverás quiere usted mi opinion? Bien, poca cosa será despues de las flores que, muy bien merecidas, le han derramado á usted, pero en un bonito ramillete nunca está demas una ramita de yerba: acéptela, pues.

Su obra, mi amigo, es obra, pero obra que, sin ser, como se dice vulgarmente, "de romanos" no solo nos hace conocer aquella soberbia nacion, sino que nos ha hecho admirar sus grandiosos monumentos, y asistir á sus fiestas y regocijos: hasta el de apagar, para volver á encender las luces.

Hablando de la superioridad del pintor sobre el poeta, Lamartine dijo: "pero su palabra no pinta." Si hubiera leído lo que usted con tanta facilidad, encantadora naturalidad, y poesia! nos describe, habria dicho como digo yo: pero su palabra si pinta. Y todo sin frases rebuscadas, sin pretensiones ridiculas: el que busque algo pequeño en el libro de usted, solo su tamaño le parecerá. Yo cuando lo acabé, me dijo, como cuando se ausenta una persona amada: ¿tan pronto?

Hasta el paragon (un si es no es exajerado) que usted establece entre nuestros compatriotas y los conceptos de Mazzini, me ha hecho gracia. En los conceptos que usted emite (en mi humilde opinion) hay algunos equivocados. Y es bueno darle á cada uno lo que se merece. Empero, se trata de amor patrio y así todo pasa.... ménos olvidarnos de los que sembraron el árbol de la libertad y lo regaron con su sangre.....

Me he dado por convidada el 20 DE JULIO! en Paris: y puede tanto en mí la idea republicana, que no miro un asiento que estuvo ocupado científicamente: tomo el mio entre Ricardo Rivas y Maldonado (Joaquin) me hace falta al frente Pablo Arosemena, me habria gustado tomar la copa con él tambien para decir: Todo por la Patria! Viva la República! Prospera nuestra grandiosa America!

En medio del invierno, que está riguroso, usted me ha dado unas horas de primavera, si, señor, usted ha escrito pájinas euterias, que tienen calor de Italia y perfume á esencias, á flores, se oye el canto de las aves y hasta se siente la sombra de árboles desconocidos. Qué bien describe usted, me atrevo á decir qué bien siente, por eso hace sentir!

Yo he visto todo lo que usted vió, he gozado con los monumentos que usted admiró y creo que las cenizas de los artistas y grandes genios cuyas obras usted describe y cuya historia nos refiere, se han conmovido de gratitud: ¿sabe por qué usted lo ha dicho: "Es porque solo los obreros del bien son inmortales." Su obra hace bien; adivine usted lo que ella será.

He estado dos veces en Nápoles: dos veces he leído el capítulo 5º. Por fin contemplé el vesubio! ¿Por qué no fué usted á Palermo? De Italia, ha sido el lugar de mis ensueños: usted me los habria hecho realidad. He estado (gracias á usted) en los paseos y teatros de ese inmenso mundo. Estuve en ópera, cosa que me deleita.

Me he paseado apoyada en su brazo por aquellos salones alumbrados como ceneno de las mil y una noches. Es tan linda la luz! (Quién pudiera ponerla en las calles de aquí!) He gozado con esa claridad, que alumbraba á tantas bellezas cuya profusion de lujo habria quitado el hambre á mucho infeliz.....

He asistido á baile de disfraz [cosa que me hace olvidar dos pulmonias que he tenido, mi año, mi suerte....] Y no crea usted que he tenido pasion por el baile, no señor; pero el de disfraz [sin careta porque la detesto] me vuelve jóven. No siendo el baile mi pasion, usted me la ha hecho sentir por una bailarina; ella se llamaba Elvira! hé ahí el secreto, y el tino de usted para pintarla.

De las otras bellezas que usted pinta, no he deseado conocer personalmente sino á una que encontré en el baile de beneficencia: la señorita Marietta Mazzolini: querría que tomáramos un coche (cuando lo tendré propio!) y fuéramos al nido de la Hada; nido donde recibí usted tan grata hospitalidad, y allí hiciera usted la presentacion mútua; pero ya que la distancia no nos deja, esa no le impedirá al amigo ausente seguir la correspondencia con tan estimable familia. Usted no puede ser ingrato á cariño debido en pais lejano. Cuando usted escriba, tenga la amabilidad de ofrecer la amistad de una colombiana, á tan fantástica italiana.

He oido cantar á Carlota Patti, sin mas trabajo que cerrar los ojos y oírlo á usted la noche que tuvo el placer de oír aquella mujer sinouste. Le envío mi ramo con mi pensamiento.

Me he paseado en gondola; sola, como usted, y como usted, pensando en que, "nada debe ser tan poético y encantador en el mundo como recorrer las aguas del Gran Canal de Venecia en una gondola, recostado uno al lado de la persona amada, oyendo palabras de amor, enmedio de una música sentimental, del vaiven de las ondas, de los rayos de la luna, y de los voluptuosos besos de una brisa embalsamada!.....

¿He leído bien lo que usted ha escrito?

Ahora lea usted lo que yo pienso: si hay algo

Calló la niña, como si quisiera penetrar bien lo que la buena madre le decía. Poco duró su abstracción, porque una abeja menos dorada que los rizos de su cabeza, vino á zumbiar cerca de ella y se alejó despues de una flor á otra, deteniéndose al fin en un cándido y profundo lirio.

—Esta sí se ha cansado," dijo la niña.

—No, hija mía, buscaba tambien esencia y ya la ha encontrado."

Apénas habló la madre, cuando un ligero colibri pasó batiendo sus transparentes alas con prodigiosa velocidad. Toco las amapolas de encendidos pétalos, las dalias elegantes, las piturias de múltiples colores, y alejándose de todas con desdenoso vuelo bebió con ansiedad en el cáliz de las perfumadas madreselvas.

—Mira, dijo la madre á la niña con cariñoso acento; ese pajarito buscaba tambien esencia. La esencia, es la virtud de las flores; ya has visto como las aves y los insectos desfilan á las que no tienen aroma y que solo un momento logran fijar sus miradas; ya ves cuán ansiosas acarian á las que son ricas de aroma. Las virtudes, el mérito verdadero, forman la esencia de nuestra alma; la belleza del cuerpo solo puede deslumbrar por poco tiempo, y á las gentes vanas. El aroma del alma, fija para siempre las miradas de todos. La belleza del cuerpo se marchita; la del alma es eterna. Cuando el cuerpo muere, va á perderse en lo infinito, como la esencia de las flores."

ANGELA LOZANO.

## VERBOS Y GERUNDIOS.

### EN FERROCARRIL.

Viboras y gazapos  
Echando iba en el coche un insolente  
Borracho irreverente  
Que trataba á los santos á sopapos.  
Oyólo estrepafante un franciscano  
Y díjole:—Por Dios! téngase, hermano—  
[Y el bellaco seguía echando ternos]  
Mire que vá derecho á los infiernos  
Si en dar insiste á la blasfemia suelta.  
—Eso, padre, me importa un estornudo  
Que en la estacion compré... ¡soy yo tozudo!  
Boleto de ida y vuelta.

R. PALMA.

## JUEZ Y VERDUGO.

### BAJO EL GUANTE, LA GARRA.



UAN triste es partir de Lima, cualquiera que sea el motivo que de ella nos aleja, aunque este motivo tenga en perspectiva la felicidad!

Cuesta tanto abandonar esta blanda vida de dulces hábitos, poética para todas las edades, donde la niñez tiene esquisitas golosinas, maravillosos jugnetes; la juventud el panorama y la realización de los mas deliciosos ensueños; la vejez el benéfico influjo de una primavera eterna; y donde las penas mismas del corazón pierden parte de su rudeza al suave calor de este arbolado cielo!

Partid; y á cualquier pais donde lleveis vuestros pasos, preguntad á sus moradores, desde el canadiense hasta el argentino; desde el hijo del Santero hasta el del Amazonas; y los electrizareis con esta sola palabra—Lima.

Y vos, si la habeis habitado, no importa en qué latitud hayais nacido, la amaréis como se ama á la patria.

Pero si es triste la partida, cuán alegre es el regreso!

Desde que la nave dobla el cabo de San Lorenzo percibese un suave ambiente, embalsamado con el perfume del sude y del chirimoyo, entre cuya verde fronda vénese blanquear á lo lejos las torres de la encantada metrópoli, que se desea volver á ver, con todos los anhelos del alma.

Divisándola así, un grupo de viajeros, hallábase sobre la toldilla del vapor Santiago, en tanto que este echaba el ancla en la rada del Callao.

—Ah! quién pudiera penetrar esa cortina de verdura que me oculta á Lima, y....

—Y á tu amada Rosa, Aura mia.

—Quién es Rosa?

—Una querida compañera de infancia, padre mio.

—Nunca la ví entre tus amigos.

—Ahora la verás, y espero que aprenderás á amarla. Y tú, mi bella Ines! ¿No es verdad que serás tambien su amiga?

—Dios me libre de poner en ella el menor de mis afectos! Si tú absorbes todos los suyos ¿qué podía reservar para mí?

—Ya lo veremos! veremos si puedes defenderte de esa gracia seductora..... Dios mio! cuánto tardan esos botes! No llegarán nunca!

—Hélos aquí. Enrique da la mano á tu esposa; yo acepto el brazo de Luis y que el coronel abra la marcha.

Y los viajeros bajaron alegres la escalera y ganaron el bote que los dejó muy luego sobre las gradas del muelle, cubiertos en ese momento de jente, en la espera de los pasajeros.

—Apreturemonos! que el tren va á partir exclamaba Aura asida al brazo de su marido, y corriendo hacia la estacion.

El coronel reia de aquella impaciencia, contento al ver la alegría de su hija.

—Con que es verdad que me abandonas, idolatrado Luis!—dijo de pronto Ines, fijando en el jóven sus adormidos ojos.—Oh! qué horrible ingratitud! Di: te negó algo, nunca, mi amor?

Sorprendido con aquella brusca interpelación.

—Vos lo habeis querido!—comenzaba este á decir; pero sus ojos encontraron una mirada tan ironica y burlona, que enmudeció. Ines soltó una carcajada.

—Calla, perdido!—le dijo, parodiando una voz sentimental—qué puedes alegar en tu defensa! Hásmelo arrebatado el corazón que me dieras. Osarías negarlo!.... Ah! ah! ah! qué compungido estás! No te inquietes, dueño mio, que yo sé donde encontrar ese corazón rebelde ah! sí! yo sé donde encontrarlo.

Luis se estremeció; y el frío del terror penetró en su alma.

En ese momento, sonó el pito de prevención, y los viajeros corrieron al tren, que humeaba, listo á partir.

Ocupados los coches, y en el momento en que el convoy se ponía en marcha, una mujer vestida de negro, y cubierto el rostro con un tupido velo, vino á sentarse al lado de Aura y cogió furtivamente su mano.

—Rosa!—exclamó Aura, en un arrebatado de gozo. Y quiso echarse en los brazos de su amiga. Esta contuvo aquel movimiento, sujetando la mano que tenía entre las suyas.

—¡Silencio!—le dijo—guárdate de pronunciar mi nombre; porque ahora mas que nunca, Aura mia, estamos separadas.

Reprimida en la expansion de su gozo, Aura prorrumió en llanto, bajando sobre su rostro el velo para ocultárselas.

—Dios mio!—decía, llorando—que es lo que viene á destruir mis proyectos de felicidad completa! Habla, Rosa mia, ¿qué ha sucedido?

—Tu padre ha descubierto en Arequipa una conspiración que el mio encabezaba. Muchas prisiones han sido hechas; muchos han perecido en la fuga; pero mi padre, sin duda porque su muerte habria atraído grandes venganzas, y su existencia en el pais es tan temida, á causa de la influencia que ejerce en las masas, hanse contentado con enviálo al extranjero. Sin embargo, esta lenidad con el jefe de una conspiración severamente castigada, ha escitado murmuraciones que justificaria nuestra amistad.

Ya ves, querida mia, que como antes, es forzoso ocultar el afecto que nos une.

Aura lloraba en silencio, estrechando la mano de su amiga. La pobre niña sentia su corazón destrozado. Entre ella y esa querida compañera de la infancia, veia alzarse siempre la eterna enemistad de sus padres.

—¿Porqué lloras!—la decía Rosa—No hemos sido tan felices con nuestro oculto cariño? ¿Por qué no lo seremos ahora? Oh! ya verás qué existencia de dicha nos vamos á formar! Las tempestades políticas son nublados de verano: todo ello pasará luego; mi padre volverá y.... nuestra dicha no tendrá fin, como decía la madre prelada cuando nos hablaba del cielo—concluyo la generosa jóven fingiendo, para alentar á su amiga, una alegría de que estaba lejos su corazón.

Aura sonrió á ese bello mirage que secó sus lágrimas, y abrió de nuevo su alma á la dicha.

—Hijos míos—dijo el coronel, cuando hubieron desembarcado en la estacion de Lima—al daros el uno al otro, guardé la esperanza de que no habíamos de separarnos. Querriais defraudarla! dejariais solo á vuestro anciano padre?

Aura dirigió á su esposo una mirada suplicante.

—Decidelo tú, hermana—dijo éste, volviéndose á Inés.—Consentirás en venir á habitar con nosotros la casa de mi segundo padre?

—El coronel, que se ha declarado mi caballero—respondió ella, con su habitual expresion de broma—hará cumplir mi voluntad, cuando declare que, hallándome en los veintinueve años, edad de mayoría, quiero emanciparme del yugo fraternal, y habitar y mandar en la casa de mis padres.

—Por dolorosa que para mí sea esa resolución,—repuso en el mismo tono el coronel—tengo de inclinarme ante la soberana voluntad que la formula.

Aura sintió á pesar suyo un movimiento de gozo. Sus ojos acostumbrados á hablar con los de su amiga, buscáronla entre la multitud; pero ella habia desaparecido.

Mas, ya, durante el trayecto, ambas habian forjado magníficos proyectos para el porvenir; proyectos que Aura debía realizar mas allá de sus esperanzas.

Ines fué á establecerse en la suntuosa morada de sus abuelos, reedificada y embellecida con todo lo que pueden dar el arte y el oro. El coronel instaló á sus hijos en el principal de su elegante casa, guardando para si los altos.

Al siguiente día Aura recorria su casa, entregada á una estraña preocupación. Observaba la disposicion de las habitaciones, media las paredes, calculaba los espacios. Habíase dicho que remedaba á un arquitecto levantando el plano de algun edificio, ó á un sitiador en busca del paraje para abrir una brecha. Luego sonrió, y batió las manos con alegría, y corriendo al piano, tocó un aire de triunfo.

En ese momento llegaba Enrique.

—Que trozo de tanta bravura, alma mia! díriase que celebras todas las victorias del mundo.

—No es verdad, amado mio! Es que estoy tan contental que elegante, que confortable es nuestra habitación! Ah! nada es tan bello como mi cuarto. Aquí está el piano; allí, delante de la ventana el caballete, al lado del costurero. Y estos preciosos cuadros, y esta linda alfombra! y ese reclinatorio de ébano y terciopelo color de gran!....

—Mucho mas bello y confortable seria si lo diéramos un apéndice.

—¿Qué quieres decir!

—Creo que esta linea de cuartos es paralela á otra que abre sobre la calle....

—Ah! ni pensar!—exclamó Aura pálida, diciendo.—Hablas de hacer una *reja* de la vecina tienda?

—Precisamente.

—Imposible! Habitala hace diez años un vie-

jo soldado antiguo asistente de mi padre, que me cuidó y llevó en brazos cuando era niña. Ahí nunca consentiría que se le arrojara de allí.

—Tienes razon, querida mia. Yo ignoraba todo eso. Así, no se hablé mas de ello.

—Si me hubieras visto palidecer como una criminal—escribía Aura á Rosa—al engañar á Enrique, defendiendo ese local, objeto de nuestro gran proyectol qué turbacion! que remordimientos! Pero tú lo quieres. Así sea!

—Por mucho que te cueste, Aura mia—contéstale Rosa—asi habia de ser. Si te amo mas que á mi vida, tambien amo mi orgullo, que me prohibe tu vista aun ante la presencia de tu esposo.

Huachalla, mi viejo amigo—dijo Aura—entrando furtivamente en el cuarto del soldado—vengo á pedirte un servicio.

—Hábe mi niña. ¿qué quieres?

—Ya sabes cuanto nos amamos Rosa y yo.

—Amor secreto. Siempre ocultándose la del padre de la otra.

—Y bien! nuestras desgracias no han acabado; y ahora mas que nunca, el destino nos aparta. . . . .

Un camarada de Huachalla interrumpió esta plática. El viejo soldado quiso despedirlo; pero se opuso, y continuó la conversacion en voz baja.

—Crees tú que este medio inocente de ver á mi amiga no es contrario á mis deberes de hija y de esposa? Tú eres anciano, y puedes decirlo. Habla.

—Vosotras no podéis ya reuniros, ni en el templo, ni en el paseo, ni en vuestras casas. Dónde os vereis sino aquí?

Gracias! mi buen Huachalla!—exclamó la joven, abrazando al viejo soldado, radiante de gozo.

Dos dias despues, la tienda del antiguo asistente hallábase dividida por un tabique, y en la pared del fondo habia una puertecita que comunicaba con el cuarto de Aura, oculta bajo el dorado marco de un cuadro.

JUANA MANUELA GORRITI.

(Concluirá.)

### INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA Civilizacion. (1)



A instruccion y moralidad de las mujeres ha sido en todo tiempo el termómetro que ha marcado los progresos, y el grado de civilizacion y virilidad de las naciones.

Rousseau comprendiendo la influencia poderosa que moral é intelectualmente ejerce la mujer sobre el hombre, ha dicho: "Los hombres serán siempre lo que quieren las mujeres; el que desee á aquellos grandes y virtuosos, eduque á éstas en la grandeza y la virtud."

El desconocimiento de esta verdad ha conducido siempre á las naciones al envilecimiento, al retroceso y á la muerte. En cambio, donde quiera que ella ha fecundado el espíritu humano, los filósofos y moralistas de todas las épocas, han dedicado sus mas grandiosos trabajos á la educacion de la mujer.

En vano el hombre intentará eludir esta influencia: ella será cada dia mas y mas poderosa á medida que la humanidad avance en la senda del progreso y de la civilizacion.

Esta influencia bienhechora, que está llamada á sustentar, y conservar siempre puras las virtudes del hombre sobre la tierra: ha sido puesta por la mano previsora de la naturaleza.

(1) En homenaje á las consideraciones que la Direccion debe á la digna autora del presente artículo, lo inserta de nuevo, pues salió notablemente desfigurado por los errores de caja.

Así, pues, el hombre al nacer viene al mundo bajo esta nueva influencia; y ya sea que la mujer vele á la cabecera de su cuna, al impulso del amor maternal: ó ya adolescente, lo dirija en la senda de la vida, despertando en su corazon con ese arte magnífico, que solo una madre posee, el sentimiento moral, é iniciando en su alma sencilla las primeras nociones del bien y del mal; ó ya jóven impetuoso y apasionado, lo subyugue y domine, encadenando su alma al irresistible poder de la belleza y el amor, siempre en el camino del hombre hallárese una madre, una amante ó una esposa. . . . . siempre una mujer.

Esa influencia es el punto luminoso que en la historia de las naciones ha marcado las grandes evoluciones del espíritu humano en su marcha no interrumpida, hácia la perfectibilidad de la especie humana.

Que los sabios, los moralistas, los filósofos escriban libros, que los legisladores dicten leyes que castiguen el vicio y la inmoralidad, que los unos impongan la virtud como un deber, y castiguen el vicio como un crimen. muy poco alcanzarán si la mujer, relegada al olvido, y estraña á las ciencias que enseñan á conocer las leyes que rigen el movimiento social, no ha podido sembrar el gérmen de la virtud en el corazon del hombre, enseñándole amar desde su infancia el honor, el saber y la patria.

Los progresos de la inteligencia humana y el libre desarrollo del pensamiento, tendrán siempre un fatal contrapeso, mientras la mujer permanezca estacionaria y no preste su poderoso influjo en bien del progreso social.

Cuál es el hombre que en su juventud, en esa edad bella y florida de la vida, en que las pasiones no han gastado aun su corazon, no lo siente latir entusiasmado á la sola idea de una accion noble y generosa, en que su inteligencia en toda la plenitud de su desarrollo, da vuelo á su imaginacion, y busca en el mundo su ideal, ese ángel soñado, al que dedica su canto el poeta, y en el que bebe su inspiracion el artista que intenta divinizar el bronce transfigurándolo en una mujer! he ahí el móvil de todas sus aspiraciones. Ella es la esperanza de un paraíso que columbra en sus sueños fantásticos de ventura. Ella es el inspirado piloto que guiará la nave de su destino, en medio de las tormentas y borrascas de la vida, al anhelado puerto de la paz y ventura terrenales.

Feliz, si, mil veces feliz el hombre que halla en su camino un corazon puro, que en medio del árido positivismo que hoy eunde y corroe nuestras sociedades pueda brindarle las grandes inspiraciones de la virtud, una alma que en las horas de amargura y decepcion, de que está colmada la copa de la vida, pueda consolar y fortificar su espíritu.

Así pues cuando el hombre comprendiendo cual es su verdadero destino al lado de la mujer, eleve su espíritu ilustrando su inteligencia hallará en ella no el objeto de frívolos y pasajeros gocees que pronto le conducirán al fastidio y la decepcion, sino un manantial inagotable de grandes y sublimes inspiraciones, por que el corazon de la mujer es el jardín que cultivado produce las mas ricas y perfumadas flores, esas flores del alma que se llaman virtudes.

No falta quien equivocadamente diga, que á la mujer no se la puede instruir porque cae siempre en el ridiculo de la pedanteria. Los que tal asercion aventuran, incurren en un grave erro: la pedanteria es siempre consecuencia de una falsa y mal dirigida instruccion. La verdadera ilustracion, aquella que elevando el alma la hace insensible al aguijon de la vanidad, aquella que es el manantial puro donde el hombre bebe la verdad que alimenta su espíritu, y donde toma el impulso que los siglos y las generaciones se van trasmitiendo los unos á los otros, para seguir la marcha progresiva que el espíritu humano lleva hácia la verdad; esa ilustracion siempre sedienta de ciencia y de verdad, que á medida que avanza vis-

lumbra con mas claridad cuán inmenso é infinito es el mundo que oculto estaba á su vista; esa ilustracion de que es muy capaz la mujer, jamas puede traer la pedanteria.

Educad á la mujer, ilustrad su inteligencia, y tendreis en ella un motor poderoso y universal, para el progreso y civilizacion del mundo; y una columna fuerte é inamovible en qué cimentar la moral y las virtudes de las generaciones venideras.

ENRIQUETA PRADEL.

### LA CITA.

Era de noche:—cándidas, flotantes, Las nubes discurrían por los cielos, Salpicadas de estrellas, como velos Bordados de topacios y diamantes.

Los rayos de la luna, fulgurantes, Plateaban las lagunas y arroyuelos Que entre pliegues de verdes terciopelos Movian sus caudales murmurantes.

Crucé el jardín con paso cauteloso Hollando margaritas, que un quejido Exhalaban heridas en su tallo,

Distingui su vestido vaporoso, Me acerqué, me abrazó, lanzó un gemido Porque al besarla yo . . . le pisé un callo.

E. DEL CAMPO.

### LA CARIDAD CRISTIANA.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.

(Continuacion.)



U y Maria verán por la dicha de mi hija menor, y Dios y su buen juicio la guarán. Separémonos, mi querido Roberto, y tú que haces la dicha de Maria, que has sido tan buen hijo y tan buen esposo, ocupa en adelante mi lugar. El conocimiento de sus virtudes es al presente mi mayor consuelo con respecto á la suerte futura de mis hijas y mi nieto. Lévalas tú mi último abrazo, mi bendicion paternal.

Roberto lloraba, pero no fin dijo:

—No, señor, usted no nos dejará. ¿Quién habrá de cuidarlos en su enfermedad si no es su familia? quién recibirá sus últimos suspiros si no son sus hijos! ¿De dónde espera usted consuelos si rechaza los nuestros?

—Todo lo he previsto, contestó Montalvo, y lo único que no hallaba era la ocasion y el modo de hacer á ustedes esta cruel revelacion. Pero la escena del gabinete y sus urgentes preguntas han allanado estas dificultades. Dios lo ha dispuesto y ya ha sonado la hora temida. Tengo un fiel y oficioso compañero en el buen Mauricio, liberto de mi padre. Mariana, la antigua cocinera de las monjas, que ha dejado el convento hace algun tiempo, será mi enfermera y mi ama de gobierno y Dios me dará los consuelos que no puedo admitir de mis amadas hijas, puesto que la humanidad, la compasion y las conveniencias sociales me ordenan separarme de ellas. Esta es mi voluntad y será inflexible. Adios, hijo mio.

Al decir esto, se retiraba el señor Montalvo; pero Roberto por un movimiento irresistible de afecto y ternura lo detuvo, lo estrechó mil veces en sus brazos, le prometió llenar con fidelidad y esmero los deberes de lo que encargaba, y por último salió, lleno de un pesar amargo á poner en conocimiento de su esposa y su cuñada la funesta noticia de que estaba encar-



Y qué? continuó Luisa, dos coches que ha contratado papá, para que con ustedes y las Z. vayamos mañana a la Exposición, tomemos un confortable *lunch* y en seguida recorramos la carretera hasta el hotel Victoria.

Y Antonio nos acompañará.  
Yo, repuso él [otro incógnito descubierta y no es europeo sino limeño], las acompañaré, pero bien montado en *mi* caballo que ya lo tengo alquilado, y con *mis* buenas botas que me prestará un amigo. Animo pues niñas, que estando yo al lado de ustedes todo irá muy bien.

## IV.

Angela, á pesar de su convencimiento de que predicaba en desierto, no pudo contenerse, y con aire de seriedad reconvino á su prima diciéndola:

Luisa, no está bien que obligues á mi tío á esos sacrificios: él es pobre; reuere! la que muchas ocasiones vive angustiosamente con él. Un empleado de hacienda, honrado como es él, y jubilado como está, debe sufrir horriblemente con ciertas exigencias. No seas temeraria.

Qué Angela! contestó Luisa, cierto que papá estaría mejor si hubiera sido empleado de chacara y no de hacienda; pero cuando se trata de paseos siempre le exijo lo mismo, siempre me dá gusto, y siempre me vá bien. Basta pues de candideces. Mañana vas á pasear conmigo; y ya verás que los coches son nuevos y bonitos, pues lo primero que encargué, fué que no me trajeran esos coches viejos que parecen calesas.

Calesas dijiste, y la mulata que, como dicen, le comia la boca por entrar en conversacion, soltó la sin hueso.

Pues, niña, dijo, en tiempo de las calesas, habia verdadera diversion, y las señoritas paseaban sin sacrificar á sus padres. Me acuerdo, y entiendan ustedes, que no se necesitaba mucho para pasar un buen día. Con unas botellas de puro y una pierna de jamon, tomaban un buen *las once* y despues bailaban con toda franqueza el *baile de tierra*, que es tan decente, y no como los bailes de hoy, que parece que el diablo se las llevara.

Al oír esto, prorrumpieron las niñas, inclusive Angela, en una careajada verdaderamente estrepitosa.

Y yo tambien, yo tambien rei. Pero.....

## V.

Sentí en esos momentos una mano que se posaba cariñosamente en uno de mis hombros; volví la cara, y me encontré con la señora mamá de las niñas. Avergonzada la pedi mil perdones, despues de haberla manifestado que me habia detenido solo por contemplar el grupo tan hermoso que teníamos á la vista. Obligóme á pasar á la *salita*, y una vez que estuve en ella varió completamente la conversacion.

Acabaron por consiguiente entónces, al menos, los proyectos para el Domingo.

MEXCEDES ELÉSPURU Y LASO.

## A UN RUISEÑOR.

En una bella mañana  
Muy temprana  
De la hermosa primavera,  
Tranquila y sola paseaba  
Y gozaba,  
Contemplando una palmera.

En su rama un ruiseñor  
Con primor  
Cantaba con dulce voz,  
Y su dulcísimo acento  
¡Ay! el viento  
Se lo llevaba veloz.

Yo sus notas recogia  
Pues queria  
En mi seno conservarlas,  
Y con mi vital calor  
En amor  
Eternamente guardarlas.

Bebia sus dulces notas  
Como gotas  
De cristalino rocío,  
Y como cándida flor  
Sin temor  
Lás guardaba el pecho mio.

Tambien deseaba cantar  
Y pulsar  
Mi lira, yo pretendí,  
Con tan bella inspiracion  
Una cancion  
Dulcemente al viento di.

Es mi compañera amante  
Y constante,  
Mi consoladora lira  
Cantar como un ruiseñor  
Con amor  
Tan solo mi mente aspira.

Mas, ya la bella palmera  
Que placentera  
Guarecia al ruiseñor,  
El huracan la ha tronchado  
Ha volado  
A otra rejion el cantor.

Ya no oigo su dulce acento  
Pues el viento  
Se lo ha llevado veloz,  
Ni de mi lira, el sonido  
Dió un jemido  
Al pulsarla y.... un adios.....

ROSA CRISTINA.

## JUEZ Y VERDUGO.

## I.

LA SOMBRA DEL PASADO.

La hora del almuerzo habia reunido en la siguiente mañana al coronel con sus hijos.

Enrique estaba triste; Aura llorosa. En la mesa habia un asiento vacío: el de Luis, que acababa de embarcarse de regreso á Europa.

—¿Qué mosca le pica hoy al viejo Huacalla?—dijo el coronel, riendo para alegrar la comida.—¿No se diria que él tambien se da á las suntuosidades de la época? Esta mañana hacia colocar una linda farolita de cristales azules en el techo de su cuarto, guerra volver a casarse!

—El fué siempre elegante y primoroso—apresuróse á replicar Aura.—Creo que ha logrado hacer economías; y jen qué emplearlas mejor que en asear su habitacion, y darle luz; aunque no fuera sino para alumbrar sus venerandos mostachos!

El coronel rió del dicho de su hija; hablóse de otra cosa, y la farola quedó olvidada.

Pero en verdad, lo que esta alumbraba no era el cano bigote del viejo soldado; sino un precioso oratorio tapizado de raso blanco, sobre cuyo altar, profusamente adornado de las mas esquisitas flores, una urna de plata encerraba una bella estatua de la Virgen.

Delante del altar habia dos reclinatorios donde Aura y Rosa venian á prosternarse para elevar sus almas á Dios, en una misma plegaria.

Despues, sentada la una al lado de la otra, á los piés de la sagrada imagen, entrelazadas las manos, y contemplándose con acendrado cariño, charlaban alegres, dando recuerdos al pasado, programas al presente, esperanzas al porvenir; como en el tiempo en que niñas todavia, y el alma llena de fantásticas aspiraciones, habitaban los claustros de Belen.

La presencia de su amiga ahuyentó del alma de Aura los extraños terrores que la atormentaban. Cerca de ella, sentíase fuerte, y nada temia.

Sin embargo, de vez en cuando, sorprendida en los ojos de Ines miradas furtivas que la hacian estremecer:

—Ríe de mí!—decia entónces á Rosa—¿No es verdad que soy una visionaria?—

Pero esta callaba, y su rostro tornabase som-

## II.

## —PRESENTIMIENTO—

Un dia, Rosa llegó temprano á la cita del oratorio. Traia en la mano un número de "El Comercio," de cuya crónica leyó á su amiga el articulo siguiente:

—"En el concierto que tuvo lugar anoche en los salones de la señora S., un coro de hermosas acompañaba á dos bellísimas jóvenes de la alta sociedad, en la mas interesante escena de una de las obras maestras del repertorio italiano. Ambas hicieron prodijos de gracia, sentimiento y vocalizacion; pero la encantadora Ines R. hubo de ceder el triunfo á su incomparable compañera."

—Qué injusticia!—exclamó Aura—Ines estuvo admirable; y si nuestro duo mereció aplausos, fué por ella.

Rosa guardó silencio.

—En qué piensas?—la dijo Aura.

—Estoy, como David, preguntando á mi alma por qué está triste.

—Busquemos la respuesta de tu alma en el primer epigrafe de este libro.

Y abriéndolo buscó el capitulo primero.

"Presentimientos!"

Esta era la sola frase que formaba el epigrafe.

## III.

## —UNA ADICION—

Quando Ines leyó el articulo publicado en la crónica de "El Comercio," su linda boca se entreabrió con una heliceira sonrisa iluminada por dos hilares de perlas. Pero si Aura hubiese visto esa sonrisa, habria alacorado mas que el siniestro epigrafe.

Ines escribió ese dia á una amiga suya residente en Paris.

"Si vieras la deliciosa existencia que llevo en esta encantada Lima, cuyo nombre suena á tu oído como el de la Hispania de las Mil y no Noches."

"La fortuna, empeñada en mimarme, ha realizado mas allá de mis desvarios esa vida fantástica que yo me divertia en soñar.

Habito, sola y dueña de mi destino, el antiguo solár de mis abuelos, convertido ahora en un elegante palacio ornamentado con todas las suntuosidades del arte. Rodéame cuanto de esquisito la Europa y el Asia producen para el refinamiento de los goees. Mis banquetes y soirées son renombrados por su riqueza, primor y buen gusto; así como las partidas de campo que organizo, ora á las riberas del mar, ora á los vergeles de un lindo pueblito que como Belleville y Passy, está unido á la ciudad.

En mis cabalgatas, sigíame lo mas florido de nuestros jóvenes caballeros; corremos como beduino, y hacemos prodijos de equitacion.

¡Recuerdas que en Belen me llamaban la Adriana negra! Pues ahora que ahora mereci este nombre Bella rica, independiente, nada me falta, ni aun el amor salvaje y titánico de un alma de ojos negros, rasgados, centellan tes; rizada cabellera de ébano, y la altiva frente morena como el crepúsculo. Ah! ¡por qué no tengo tambien los excéntricos gustos de la bella de los rizos de oro, para saborear el acre perfume de ese amor agreste!

Que el romanticismo ma perdone: yo he caído en la vulgaridad de preferir el amor acicalado de un ingles.

Guárdate de preguntarme si correspondo ese

amor. No se ama sino una vez; y mi amor se transformó en otro sentimiento asaz amargo, pero durable.

Adios, bella niña del poetico Sena. Cuento volver pronto a sus populosas orillas, y reaparecer en las recepciones magnificas de las Tuilleries, para continuar en mis lecciones al emperador; aun que ahora no me preguntaría ya como se dice en castellano—*Tete vengeraí* sino—*Jenét aime plus*.

OTRA VEZ, ADIOS!

A Digan que las mujeres encierran en la adición el pensamiento capital. Pero he aquí una, cuyo objeto es de lo mas insignificante.

Tú sabes que amor desenfrenado inspiró mi hermano á la excéntrica embajadora de A.... Pues bien, yo creo que esta pasión lo de acuerdo á este lado de los mares. Hélo visto muchas veces recibir cartas de una fisonomía altamente aristocrática.

Así era una que el carterero trajo ayer, en ausencia de Enrique.

Al ver la una oleada inmensa de curiosidad me arrastró fuera de los límites de la delicadeza y la discreción deseaba conocer el estilo amoroso—epistolas de aquella aturdida; tenía en mis manos la carta; hallábase sola. Breve: abrí aquella misiva.

Que decepción! Era del banquero de mi hermano, y le hablaba del alza y baja de los fondos.

No me atrevo á confesar este pecadillo, que espero reclinará tú, dando á la estafeta de París la carta en cuestion, que te envío bajo una cubierta enteramente igual á la anterior.

Tengo para tí dos papecitos negros que harán furor en París.—Adios.—

¡Ines no quiso confiar á nadie esta carta; llevala al correo, y cuando la hubo arrojado en el buzón, la misma hehiceria sonrisa entreabrió sus rosados labios.

#### IV.

##### —EL CANTO DEL CISEN—

Desde ese día Ines volvióse para Aura mas tierna y solícite que nunca. Visitábase todos los días, y la colmaba de caricias y atenciones.

Aura se hallaba abrumada de remordimientos; pero cuando queria devolver aquellas caricias sentíase el corazón frío y el labio mudo.

Corría á encarsarse á Rosa; pero ésta al escuchar el nombre de Ines, volvíase meditabunda y sonbría.

Así, poco á poco, y tácitamente, las dos amigas, acabaron por excluir de sus pláticas toda alusión á Ines.

Arrullada por dos dulcísimos sentimientos: la amistad y el amor, Aura veía deslizarse sus días como rosados celages en un cielo de verano. Su vida era un dorado ensueño, un celeste mirage. Asombrada de tanta felicidad, preguntábase qué había hecho para merecerla. Y sus ojos derramaban dulces lágrimas; y el corazón penetrado de gratitud, elevábase á Dios en ardientes aspiraciones.

Una noche, poseída de estos místicos pensamientos, espresábalos en improvisadas melodías que sus ágiles dedos arrancaban al piano. Derrepente sus ojos encontraron la partitura de Oteló abierta sobre el pupitre en la romanza del *Sance*.

Atraída insensiblemente por la dulzura infinita de este sublime trozo, Aura cantó, primero á media voz, despues con todo el entusiasmo de su alma.

*Avea al pée d'un salice.*

Al dar la última nota de aquel doliente canto, la puerta se abrió lentamente, y un hombre pálido, ceñudo, ríjido, penetró en el cuarto. Traía apretado un papel en su crispada mano; y mas que un ser viviente parecía una vision de otro mundo.

Aura pudo apenas reconocer en él á su esposo; y asustada del estado en que lo veía, corrió á echarse en sus brazos. Severo y silencioso rechazóla él y señalándole una silla—*Sentaos*—le dijo—y escuchad.

La pobre Aura, aturdida, espantada, dudando

si soñaba ó estaba loca, sentóse maquinalmente y se quedó mirando con atretonito á su marido. Este, siempre en el mismo terrible silencio, acercó una mesa, puso en ella recado de escribir; y extendiendo ante los ojos de su esposa el papel que tenía en la mano—*Leed!*—dijo.

La jóven obedeció; y con voz monótona, cual si no comprendiese aquello que leía, comenzó: «Luis! yo no puedo soportar por mas tiempo el tormento que me impones: tormento horrible! finjar á un hombre que aborrezco! disimular! mentir á todas horas!... Ah! nuestros cortos momentos de ventura no pueden compensar el horror de este sufrimiento...»

Aura se interrumpió derrepente; y el espanto se pintó en sus ojos.

—Mi letra!—exclamó y cayó sin sentido.

Enrique, pálido é inmóvil, esperó.

La misma terrible emoción que había anonadado á la desventurada jóven, volvióla á la vida. Alzó la cabeza, que había caído, inerte, sobre la mesa; pasó la mano por su frente, y exhalando un suspiro de alivio—;Era un sueño!—exclamó—Pero luego dió un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Sus ojos habían encontrado los de Enrique, fijos en ella con expresion inexorable.

En ese momento un criado llamó á la puerta, anunciando al coronel.

—Padre mio!—murmuró Aura, con dolorido acento. Su esposo la interrumpió; y con voz severa:

—¿Qué juzgais—la dijo—de lo expuesto por ese mudo acusador que delata la infamia de una esposa culpable?

—Abrumada por aquel tremendo cargo que no la era dado recusar; desalentada ante la actitud impositiva de su juez, cuya mirada se fijaba en ella inflexible y fria, la desventurada respondió con triste y pasiva resignación:

—Hay pruebas que nada es bastante á desmentir ni aun la voz de la inocencia; Así, aquel sobre quien pesa una prueba tal, debe morir!

En tanto que ella hablaba, él escribía sobre la página en blanco de aquella terrible carta.

—Firmad!—le dijo, presentándole el papel.

Aura leyó sus propias palabras, reproducidas en forma de senténcia.

Entonces la misma sensacion de desaliento que se las dictara, hizola tomar la pluma, y escribir su nombre.

El coronel oyó derrepente un grito sordo, que erizó sus cabellos, heló su sangre, y lo arrojó contra aquella puerta.

Enrique, pálido, y como Cain, salpicada la frente con gotas rojas de terrible significacion, apareció de súbito en el umbral.

—He sido juez y verdugo—dijo, cediendo el paso al coronel—juzgadme á vuestra vez, señor, y decidid en mi causa plegue á Dios que me encontréis culpable!

El coronel se precipitó en el cuarto.

Oyóse luego un grito ahogado, grito de dolor inmensurable, seguido de un lúgubre silencio, interrumpido al fin, por una imprecación.

El padre había encontrado á su hija muerta, atravesado el pecho con un puñal, y abierta delante de ella la ventana carta.

El coronel salió con el semblante lívido y brillando en sus ojos una sonbría indignación.

—Id con Dios!—dijo, dirijiéndose á su yerno.

—Estábais en vuestro derecho!... ¡Alejaos! pero, en nombre del honor, silencio!

#### V.

##### MIAS ALLÁ DE LA MUERTE.

El coronel cerró cuidadosamente aquel fúnebre cuarto, y se guardó la llave. Luego, llamando en su auxilio la fortaleza de su alma, sereno el semblante, dió al labio una sonrisa, y fué á presentarse en todos los sitios que solia frecuentar: el club, palacio, el teatro. Disentó, ríjo, bromecó y habló de la repentina partida de sus hijos á Europa, de donde se dirijirian á Egipto para llegar á tiempo de presenciar la apertura del istmo de Suez.

De vez en cuando, el desventurado introducía furtivamente la mano al seno, y destrozaba su pecho, para que el dolor físico neutralizara el sufrimiento del alma.

Al siguiente día, los diarios publicaban la despedida de Enrique R. y su esposa, que pedían órdenes para Europa.

Al leerla, Rosa palideció, y el papel se escapó de sus manos.

Sin darse tiempo ni para cambiar de traje, corrió al oratorio.

Huachalla triste y pensativo, estaba sentado en el umbral de su puerta.

—¿Cómo!—exclamó, viendo llegar á la jóven—¿tú tambien ignorabas la inesperada nueva? Aura ha partido!

—Lo sé—respondió lacónicamente Rosa; pero déjame entrar.

La jóven abrió la puertecilla del tabique y entró en el pequeño santuario, desierto y silencioso.

Rosa experimentó una impresion de dolor terrible, cual si se destrozaran sus entrañas; y llamó á su amiga con voz angustiosa.

El mismo silencio. Ningun eco se despertó para responderle.

Presá el alma de extraños terrores, Rosa levantó el picaporte, y abriendo la puerta oculta de tras el dorado cuadro, penetró en el cuarto de Aura.

Mas no bien hubo atravesado el umbral, exhaló un grito y cayó sin sentido.

¿Cuánto tiempo estuvo allí caída en tierra, inmóvil y fria como el cadáver de su amiga?

Un largo sollozo fué su primer sintoma de vida.

Alzóse trabajosamente sobre sus rodillas y se arrastró hasta donde yacía aquella á quien tanto amára.

Recostada en el respaldo de la silla donde la había asaltado la muerte, Aura parecía dormir.

A vista de aquel bello rostro pálido y los hermosos ojos cerrados para siempre, un sentimiento de rabia salvaje se apoderó de Rosa, y le restituyó su fuerza.

Alzóse del suelo, y estrechando entre sus brazos el cuerpo inanimado de su amiga tendió entonces una mirada, como si buscara á su matador.

La carta fatal se ofreció entonces á sus ojos.

A su vista, todo lo comprendió. Rosa, antes de ver la luz, había llorado en el seno de su madre; y por tanto, poseía el don de percepción.

—¡Inés!—exclamó; y en ese nombre su dolor amontonó todas las execraciones.

Besó la frente y las mejillas pálidas de Aura; lavó su herida, peinó sus largos cabellos y abrazando otra vez el yerto cadáver,—hasta luego—le dijo, como otras veces; y salió llevándose la carta.

Al oscurecer de aquella noche, el coronel envió fuera con diferentes pretextos á todos sus criados. Cuando hubo quedado solo, aprestó su carruaje; colocó en el fondo el cadáver de su hija, y disfrazado con la librea del cochero, saltó al pescante, y tomando el camino de Maravillas, atravesó la portada y se dirigió al cementerio.

Llegado á las primeras tápias del fúnebre recinto, el coronel se detuvo; dejó el pescante y acercándose á una puertecita estrecha y baja que daba entrada al campo santo, apoyó el hombro contra las maderas del postigo y dándole un empuellon, rompió la cerradura y la abrió. Hecho esto, volvió hacia el coche y tomando en brazos el cadáver de su hija, internóse entre las sonbrías avenidas de cipreses.

Detras de él, deslizábase, con callados pasos una mujer que oculta entre unas matas de higuera cerca de aquella puerta, esperaba desde la entrada de la noche.

El coronel fué hacia un rincón donde habian amontonados varios instrumentos; cojió un pico y una lampa, y abrió una fosa donde dió á su hija ignorada sepultura.

Cuando hubo echado sobre sus restos la ú-

tima paletada de tierra, sin hacer sobre aquel triste sepulcro la señal de la cruz; sin darle ni una mirada, ni una plegaria, impassible y silencioso, ajeno con rijidos pasos.

La luz del alba encontró á la mujer que se introdujera furtiva, en pos del coronel, de rodillas al lado de la tumba.

Aquella mujer era Rosa.

JUANA MANUELA GORRITI.

(Concluirá.)

SONETO.

Grandes, rasgados ojos inmortales  
Do ardiente brilla misteriosa llama,  
Como celeste luz que se derrama  
Bajo de arcos esplendidos triunfales....

Frente angustia; perfiles ideales  
Que la Vida envuelve con rósea trama;  
Cabellera que en toruo desparrama  
Sus abundosos nidos raudales.....

Divina así te contemplé... Y al verte,  
Surgió súbito afecto en mi conciencia  
Profundo, eterno, victorioso y fuerte....

Y sintió el corazón en tu presencia  
El golpe del martillo de la Suerte  
Que la rueda enclavó de mi existencia!

NUMA P. LLONA.

LA CARIDAD CRISTIANA.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.

(Conclusion.)



EDIO por fin, creyendo someterse á la voluntad de Dios y yo he vivido estos dos años consagrada al cuidado de este hombre respetable cuya gratitud me recompensa con usura por un corto trabajo. Finji tener el contajo para separarlas á ustedes temporalmente de mi amistad y poder ocuparme mas asiduamente de los deberes que me imponia sin que ustedes lo sospechasen.

Calló Felicia, y sus amigas la volvieron á estrechar alternativamente en sus brazos dándole los nombres mas tiernos y colmándola de elogios y bendiciones.

—Y bien, dijo Clemencia, diuos ahora si papa sufre mucho, si piensa en nosotras, si está muy triste, si....

—Muchas cosas me preguntás á la vez, replicó Felicia; pero procuraré satisfacer tu justa curiosidad. No puedo conocer á fondo todos los sufrimientos del señor Montalvo, pues aunque veo la destruccion de su cuerpo, jamas lo oigo quejarse, y su resignacion y paciencia pueden servir de modelo. Dios solo sabe cuanto será el tiempo que se prolongue su peregrinacion en este valle de lágrimas; en cuanto á ustedes, las reconerá todos los dias, me habla de ustedes sin cesar, y está instruido de cuanto les pasa.

—Entonces, dijo María, con una mezcla de placer y amargura, entonces sabe el nacimiento de mi segundo hijo.

—Si, y sabe que le has puesto su nombre, por lo cual te está muy agradecido.

—Amado y buen papa! dijo Maria llorando de nuevo. ¿Cuánto le gustaria mi Ernesto si lo viera ahora! ¿cuánto querria á mi Pedrito que tanto se le parece! ¡Dios mio! ¿Por qué vive mi padre lejos de mi sin que me sea dado verlo y servirle!

Felicia se apresuró á romper esta conversacion dolorosa, pero no se separó de sus amigas sin prometerles que instruiria poco á poco á su padre de esta entrevista y que trataria de obtener de él su consentimiento para que ellas se le acercaran y dividieran con su amiga el deber de cuidarlo.

VI.

Cinco dias despues del que acabamos de referir, se presentó Felicia en casa de María. Las dos hermanas salieron á encontrarla hasta la puerta del aposento, pero retrocedieron aterradas al ver su traje negro, sus ojos llenos de lágrimas y su triste aspecto. Felicia las abrazó y les dijo estas palabras: "Yo he cumplido mi promesa y ya vengo á reunirme con ustedes, para que no nos separemos jamas." Un grito de dolor fué la respuesta de las dos muchachas, que abrazaban con tierno afecto y con afliccion amarga á su piadosa amiga. Afortunadamente Roberto y Carlos que habian regresado la víspera, ayudaron con sus consejos y consuelos á calmar el acervo dolor de estas tristes huérfanas. La felicidad de Carlos y Clemencia fué enlazada para el año siguiente. Felicia convidó á las dos hermanas á regar con sus lágrimas el sepulcro de su buen padre.

A la mañana siguiente tres jóvenes hermosas, vestidas de luto y puestas de rodillas, oraban silenciosas y bañadas en llanto cerca de una cruz aislada y solitaria colocada en un hondo valle lejos del poblado. Esta era la tumba de Montalvo cuyos restos mortales rechazaba lejos de sí la sociedad, porque, herido con un azote terrible durante su vida, no debia reunirse con sus hermanos ni en el silencio de los sepulcros donde se nivelan é igualan todas las jerarquias, todas las distinciones humanas. Allí descansaba el padre amoroso y tierno que habia preferido la soledad y el pesar mas profundo al peligro de sus hijas queridas, y hasta aquel postre asilo habia seguido Felicia al anciano de quien fué compañera y consoladora durante los dos últimos años de su vida. Allí la gratitud y el amor filial unieron sus plegarias y lamentos y allí hallaron las huérfanas una amiga fiel é inimitable y esta unas hermanas tiernas y agradecidas. Pero ¿quién podrá llenar el vacío que deja un buen padre? ¿Quién aliviará la amarga pena que causa el saber que ha sufrido en su vida tan largo y espantoso tormento? ¡Solo tú, Consolador Supremo. Padre universal de los tristes mortales! Tú llenas nuestra alma de esperanzas divinas, al paso que arrebatas del mundo los objetos amados de nuestro corazón.

VERBOS Y GERUNDIOS.

UNA CONFIDENCIA.

Jóvenes ambos:—él, todo nobleza,  
Y amor y abnegacion.—  
Ella, toda hermosa y gentiliza....  
Coquetismo y traicion.

Que fué ayer me parece—y han pasado  
Años sobre los dos.—  
Ya una cana ella oculta en el peinado  
Y él, que tanto la amó, se ha vuelto á Dios.

Olvidarla, en la celda solitaria,  
Es vano pretender,  
Que cuando á Dios levanta su plegaria  
En ella mezcla un nombre de mujer.

Murmura el labio de su amor la historia  
Si se arrodilla ante el sagrado altar:  
Inferno de la vida es la memoria....  
¿Quién pudiera olvidarla!

Y para él el recuerdo de la impura  
Vive en el corazón

Como áspid ponzoñoso, y lo tortura  
Y muere como pérfido escorpion.

Y ella, con burla impía, dice en tanto,  
De un banquete en el loco frenesi:  
—Si llega á hacer milagros ese santo  
Clávenmelos á mi.

R. PALMA.

Lima, 1873.

REVISTA DE LIMA.

SUMARIO.—Incertidumbre—Nada hay de nuevo—Una vision consoladora—El teatro—Buen gusto y pasion por la música—Lima ántes y Lima hoy—Influencia del bello sexo—Los antiguos galos—Hércules y Onfalá—Sanson y Dalila—Helena, Cleopatra, Isabel la católica—Juicios de varios autores sobre la mujer—La literatura bajo esos auspicios—El célebre Helvecio!—Otra vez el teatro—Diálogos de salon—El abanico de Argentina—Una ópera nueva—El concierto de la República—El paso del domingo—Lajo y hermosura—Crítica masculina—Asuntos serios—La política y los diarios.—"El Trabajo"—Reflexiones sobre esta publicacion—Espectáculos públicos—"La Linda de Chamounix"—Conclusion.



E aquí, lectoras, que con el papel delante, la pluma en la mano y la mirada perdida en el espacio, pido á los dias transcurridos, material para formar la desaliñada revista de todas las semanas.

¡Útil aña! nada responde á mi deseo—el tiempo se envuelve y desaparece entre su manto de niebla; los salones cerrados no dejan llegar hasta mí ni las conversaciones de una velada, ni los ecos de una fiesta, los jardines y paseos públicos están solitarios y tristes.... todo es silencio ó cuando mas todas son esperanzas....

Pero he aquí que surge de repente una vision consoladora; es una hada que viene á ofrecerme su varita de virtudes para hacer resucitar el pasado ó embellecer el presente no sin duda; pero tanto di!—el teatro, reunion ahora de la parte mas elegante y mas culta de la sociedad limeña viene á sacarme de apuros, como que es el centro de las novedades del dia y el escenario de todos los triunfos, lances novelescos y conquistas.

Todas las miradas de la juventud están hoy fijas en él—las unas por vanidad, las otras por placer, las mas por aficion al arte.

Esto último es consolador, amargas mias, porque la sociedad que ama el arte que adquiere buen gusto y claro discernimiento para admitir sus bellezas, está en el camino del verdadero progreso.

Hasta hace poco tiempo Lima era el pais frivolo por excelencia, la sociedad enervada por el placer, por los goces y las fiestas, viva indolente entre la molición y el lujo. A ese paso habiamos llegado sin duda á imitar á los pueblos orientales, donde la mujer es todavia un instrumento, un mueble á quien el árabe ama menos que á su caballo....

Pero por pequeña que sea la instruccion que en nuestros países de América se da al bello sexo, [orgullo siento al decirlo] él principia á comprender su mision; principia á derramar su misteriosa influencia sobre la sociedad.

El adelanto, el buen gusto, la aficion por todo lo bello, es obra exclusiva de la mujer, así como el progreso de las ciencias, el desarrollo de la alta política, el enlace misterioso de todo lo que es poder y grandeza, pertenece exclusivamente al hombre.

La sociedad tiene que ser lo que quiera la mujer que sea, porque ella tiene, en ese terreno, el cetro y la soberania del mundo.

Si nosotras amamos la música, los hombres no tanto por amor á lo bello, cuanto por su

# El Album.

REVISTA SEMANAL PARA EL BELLO SEXO.

LITERATURA, BELLAS ARTES, EDUCACION, TEATROS, MODAS, ANUNCIOS.

DIRECTORAS

Carolina Freire de Jaimés, Juana Manuela Gorriti.

COLABORADORES

Señoras.—Da. Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso.  
" Da. Juana Manuela Lazo de Eléspuru.  
" Da. Manuela Villarín de Plasencia.  
" Da. Manuela A. Marquez.  
Señorita.—Da. Juana Rosa de Amézaga.  
" Da. Leonor Sauri.  
" Da. Mercedes Eléspuru.

Señores.—ALTHAUS, Clemente.  
" ANGULO, José Camilo.  
" BECERRA, Ricardo.  
" CISNEROS, Luis Benjamín.  
" GUZMAN, Federico.  
" LLOSA, Numa Pompilio.  
" PALMA, Ricardo.

Señores.—PAZOS, Juan Francisco.  
" ROSSEL, Ricardo.  
" REBAGIATI, Claudio.  
" TORRICO, Federico.  
" VILLARAN, Aciselo.  
" JAIMES, Julio L.

CORRESPONSALES

MADRID, Sra. Da. M. del Pilar Sinues de Marco.  
PARIS, Sr. D. Carlos A. Salverry.

LONDRES, Sr. D. Ricardo M. Terrazas  
CHILE, Sra. Da. Rosario Orrego de Uribe

BOLIVIA, Sras. Maria J. Mujía y Mercedes B. de Dorado  
COLOMBIA, Sra. Da. Agripina Samper de Ancizar.

Año I.

LMA, SABADO 29 DE AGOSTO DE 1874.

(Núm. 15)

## El Album.

SUMARIO.—JUEZ Y VERDUGO, conclusion por D<sup>a</sup> Juana Manuela Gorriti.—LOS ROCAMBOURISTAS por Roque.—LA PRINCESA DE LAMBAY, [copiado].—RECUERDOS DE UN VIEJO [poesía], por la señora D<sup>a</sup> Mandela V. de Plasencia.—CRISTINA DE SEBECIA, [copiado].—VERBOS Y GERUNDIOS, por D. Ricardo Palma.—EL POBRE BRAVILLO, por D<sup>a</sup> Maria Josefa Acevedo de Gomez.—COMEDIE INTERNO [soneto], por Numa P. Lloza.—LOS EXTREMOS DE LA VIDA [poesía], por Luis del Lago.—AL VOLVER [soneto], por A. Grillo.—ARTISTAS NOTABLES, [copiado].—REVISTA DE LMA, por D<sup>a</sup> Carolina Freire de Jaimés.—PROBLEMA PARA NIÑOS.—AVISOS.

### JUEZ Y VERDUGO.

VI.

EL PUNTO DE HONOR.



CUANDO el coronel entró a su casa cumplida la funebre tarea, sintiéndose devorado de fiebre y casi moribundo; pero lejos de tomar ni un momento de reposo, aterrado a la idea de que el delirio viniera a arrancarle su terrible secreto, hizo se fuerte contra el mal y lo venció.

Hizo mas de desterro de la mente y del corazón el recuerdo de su hija, y cuando apesar suyo, la dulce imagen le aparecia, rechazábala indignada, oponiéndole los rencores implacables de la honra y del orgullo.

Empeñado en olvidar, dióse a viajes, a estudios, a ejercicios militares; a todas las distracciones, en fin, que su edad y su rango le permitian.

VII.

LA INTUICION DEL GÜFO.

Ines lo habia, todo, adivinado. La desaparicion de los esposos, la lúgubre alegría del coro-

nel, y una cesion de todos sus bienes, que su hermano le envió de Panamá, no la dejaron ya nada por saber respecto al terrible desenlace preparado por ella.

Al abrir el pliego, que contenia solo el acta de donacion, Ines sonrió con su encantadora sonrisa; y volviéndose a un bello jóven de raza saxona, que sentado al lado suyo le contemplaba con amor. Querido Wesley—le dijo—la hora de nuestra felicidad se acerca. Un obstáculo de menos y será vuestra.

—Oh! amada mia—exclamó el jóven, con apasionado acento—¿qué es necesario hacer para apresurar esa hora de ventura? Dónde existe ese obstáculo? nómbralo y yo lo venceré.

—Mi hermano tiene esa mision. Cuán bueno es mi hermano! Sabeis que acaba de hacerme inmensamente rica! En otro tiempo esta circunstancia habriame sido completamente indiferente; pero desde que me amais. . . . .

—Ah! ¡siempre ese lenguaje ceremonioso!

—Y bien, Edgardo mio, desde que tú me amas, desde que yo te amo, doime a soñar contigo en las delicias de una vida nómada, errante y suntuosa a la vez, al traves de los mares, y de los lejanos continentes; habitando hoy un palacio en Paris; mañana un kiosko a las orillas del Bósforo; otro dia un aleazar en la fantástica Bagdad. . . . . De ¡no te sonrie esta variada existencia, ó hijo de la excéntrica Albion?

—Ah!—exclamó Edgardo, besando la blanca manita tendida hacia él.—Cuán hermoso es ese sueño de tu poetica fantasia! Plácese por si solo a mi gusto, de suyo aventurero. Cuál será realizado contigo!

En ese momento trajeron a Ines una carta. Encerrábala un sobre fosco, y llevaba un timbre que turbó visiblemente a la novia de Wesley. Pero, disimulando su emocion—¿Permite mi amado señor?—dijo con su deliciosa sonrisa. Y abrió aquella carta.

Una mano impaciente, estrujando la pluma, habia trazado en ella estas palabras que hicieron palidecer a Ines;

—Tú que conoces la violencia de mi carácter y la inuencidad de mi amor, debes comprender que tu ausencia es la muerte, y mi espera el infierno.

Y bien! piensa que te amo y espero. . . . .

Ines hizo un violento esfuerzo para llamar la serenidad a su frente.

—Pobre querida chica!—exclamó—Esta hija de los campos se ha prendado de mi con un cariño verdaderamente salvaje, y quiere a todo trance venir a reunirse conmigo, abandonando a sus padres, y desafiando el ridículo que aquí la aguarda. Amárame tú Edgardo con tanta abnegacion.

—Ruégote que pongas a prueba mi amor. —Oh! tiempo de sobra tengo para probarlo con el hierro y con el fuego. . . . como a los antiguos mártires—añadió, mirando contenta en un espejo, el rosado tinte que habia reemplazado su palidez.

VIII.

MAS ALLÁ DE LA MUERTE.

Jesus! en el principal están penando!  
—Ah! lo has oido tú, tambien! Y me llamas visionario, cuando te dije que habia visto la otra noche un bulto negro atravesar el salon.  
—Añoche estaban llorando en el cuarto de la señorita.

—Como no, si el señor se empeña en tenerlo todo cerrado. Aunque no fuera sino para sacudir. Cuando la niña vuelva encontrará un quintal de polvo en cada mueble.

—Sacudir! No entrara yo allí ni aunque lo mandara el papa. Yo no quiero caerme muerto.  
Así hablaban una noche, en la cocina, los criados del coronel.

Inuchalla callaba. El sabia que alma en pena era la que lloraba Rosa habia guardado siempre la llave del oratorio; y, con asombro del viejo soldado, en vez de esperar tranquila el regreso de su amigo, venia todas las noches entumida y llorosa a vagar gimiendo en su desierta morada.

ALLENDE LOS MARES.

Un dia los diarios de Paris trajeron a Lima la relacion de un suceso que derramó el dolor en los altos círculos sociales.

“Un hecho misterioso”—decia *La Patrie* en su crónica—“ha tenido lugar ayer en el bosque de Boulogne. He aquí el hecho, referido por el único testigo que ha podido dar alguna luz sobre este extraño acontecimiento.

Añoche, el jóven y distinguido Luis S. secretario de la Legacion Peruana asistia al bal-

le que el embajador de Persia daba en su magnífico palacio. En tanto que el joven americano se entregaba al placer de aquella brillante fiesta, un desconocido se presenta en su casa. Recibelo su ayuda de cámara. Pregunta á este por su amo. Al saber en donde se encontraba, pidió al ayuda de cámara que lo acompañara para transmitirle un aviso.

El criado lo siguió hasta su coche; donde el incógnito lo mandó tomar asiento al lado de un hombre, al parecer criado suyo.

Llegados á la embajada de Persia, el desconocido dió al ayuda de cámara una tarjeta para su amo; tarjeta que el criado no pudo leer por que iba encerrada en una cubierta inscrita para aquel.

El criado la entregó á un oficial de la embajada.

Poco momentos despues, el joven secretario se precipitaba en el coche, gozoso, risueño, teniendo los brazos al desconocido.

Pero este señudo y silencioso presenté dos pistolas.

Y el ayuda de cámara creyó entender estas palabras dichas en español, idioma que el criado no conocia.

—He aquí el abrazo que debe reerninos.

El semblante del secretario expresó primero asombro despues del dolor; y su labio murmuró un nombre. Despues, ambos guardaron profundo silencio.

El cochero instruido de autemano por su amo, del sitio donde debía llevarlos, condujolos al bosque de Boulogne.

Los dos adversarios se colocaron á un paso de distancia apoyada el arma del uno en el pecho del otro. El desconocido pidió una seña. Dióla su criado, y la siguió una detonación.

Luis S. habia caido muerto. Su contrario estaba en pié; Luis no habia disparado su arma;

El desconocido cogió la pistola cargada de entre la mano yerta del cadáver; aplicóla á su propio pecho, y cayó á su vez, atravesado de una bala el corazon.

El criado del incógnito tomó en sus brazos el cuerpo inanimado de su amo, y lo colocó en el coche, que partió á galope y desapareció.

El cadáver del joven secretario fué conducido á su casa, sin que la policia haya podido descubrir huella alguna del de sumisterioso adversario.

Dos personas solamente sabian quien fué el matador de Luis.

Ines y el coronel.

Ines lo adivinó; y la palidez del crimen subió por primera vez á su frente; y por vez primera el terror del delito penetró en su alma. Tuvo miedo de su soledad; miedo supersticioso, y escribió á Welsley—“El obstáculo que impedia nuestra union ha desaparecido; y ahora puedo ser tuya.”

El coronel recibió una carta datada en Paris y que contenia estas lineas.

“Al primer naufragio que tenga lugar en el Mediterraneo, los diarios de Paris anunciarán entre los nombres de los que hayan perecido los de Enrique R. y su bella esposa, que regresaban de Egipto. Vivid en paz. Desde mañana una tumba ignorada guardará para siempre nuestro secreto.”

X.

#### LA DEUDA DE SANGRE.

La elegante casa de Ines hallábase una noche brillantemente iluminada; sus salones llenos de una escogida concurrencia. Numerosos criados, vestidos de ricas libreas, circulan entre los convidados ofreciéndoles esquisitos refrescos. El suelo estaba sembrado de flores, el aire saturado de perfumes. Las jóvenes vestian blancos cendales las señoras costosas galas; los hombres el frac negro de rigorosa etiqueta. Un grande acontecimiento, el acontecimiento capital iba á tener lugar esa noche: Ines daba su mano al bello, rico y espiritual Edgardo Welsley.

Ocho preciosas jóvenes amigas de la novia hacian los honores de la fiesta en tanto que esta se aprestaba para hacer su entrada en el salon, donde la esperaban, el sacerdote, el esposo y los testigos agrupados entorno á un altar improvisado, cubierto de flores y ricas telas.

Sola en su retrete, Ines daba la última ojeada á su elegantísimo tocado compuesto de rizos, brillantes y azahares. Estaba tan bella, que no se cansaba de contemplar, su imagen, reproducida en el espejo; y le enviaba sonrisas y adoraciones.

De repente exhaló un grito.

Detras su corona de novia, Ines vió surgir dos ojos negros llameantes, terribles, que la miraban con espresion siniestra.

—Bruno!—exclamó, aterrada ante la inesperada vision.

—Si!—respondió este Bruno á quien no esperaba, enteramente olvidada de tus promesas.

—Oh Dios! qué me quieres pues!

—Vengo á reclamar el precio de mi crimen: tu amor!

—Desgraciado ignoras que en este momento voy á dar mi mano á otro!

—Desgraciada! ignoras que yo no lo permitire!

—Infame! sal de aquí, ó mando á mis criados que te arrojen.

—Perjura! vas á seguirme!

—Edgardo! socorro!—gritó espantada Ines.

—Quieres darte á otro? Pues muere!

Y Bruno hundió su puñal en el pecho de la joven bañando en sangre su blanco vestido de novia.

Ines cayó sin poder dar un ay: el puñal de Bruno le habia atravesado el corazon.

Consumado el crimen, Bruno, en vez de huir, esperó.

Los convidados, atraidos allí por los gritos de Ines, encontraron al asesino sentado tranquilamente al lado de su victima.

Como el coronel, como Rosa, como Enrique, el tambien guardó su parte en el secreto de aquel fúnebre drama; y preguntado por los motivos que lo llevarán á perpetrar aquel horrible asesinato, declaró que habia asaltado á la novia con el objeto de robarla sus diamantes, y que resistiéndole ella á entregarselos, la mató.

Y sus labios selláronse sobre esta declaracion durante el largo tiempo que, cargado de cadenas, permaneció en el fondo de un calabozo.

XI.

#### LA VOZ DE RAMA.

Apoyado en la rara energia que le era característica, el coronel habia logrado serenar su alma, y dar una marcha normal á su solitaria existencia. Cerró su corazon como un sepulcro; sellólo con la fria lápida del orgullo, y vivió solo de las áridas combinaciones de la cabeza. Huia de toda tierna reminiscencia, de todo dulce sentimiento, y comparándolo con los tormentos que habia sufrido, hallábase bien con aquel marasmo del alma.

Un dia sin embargo, el corazon habló mas alto que el orgullo, y se sobrepuso á las vanas combinaciones de la cabeza.

El coronel atravezaba el puente una tarde, á la caída del dia. El sol se ocultaba entre las enrojadas nubes de occidente; y el cielo y la tierra tomaban ese tinte melancólico, tan propicio á las suaves emociones.

De repente, el coronel se detuvo, con la mirada fija en lontananza.

Sus ojos habian divisado el cementerio, cuya bóveda destacábase blanca sobre la oscura fronda de los cipreses.

A esa vista, el coronel sintió desgarrarsele el corazon, y un hondo sollozo sesonó en su pecho.

De lo alto de aquella lejana cúpula, diez y ocho años de ventura le sonrieron con la dulce sonrisa de su hija.

Viola niña, viola joven, viola muerta..... Pero vió tambien ante su cuerpo inanimado

aquella carta fatal; y huyó espantado, llorando, maldiciendo y contemplando, destruido en un momento el edificio de helada tranquilidad que alzara en torno de su alma.

#### LA REVELACION

Al entrar á su casa, el coronel encontró, esperiéndolo, á un oficial perteneciente á la guardia de la real. Venia á darle parte del deseo que un reo condenado manifestaba de verlo para hacerle una declaracion:

El coronel lo siguió.

Llegado á Caracletas, el coronel fué introducido al calabozo donde yacia el sentenciado esperando su traslacion al antro formidable donde moririan quince años de su vida.

Larga fué la plática del reo, interrumpida de vez en cuando por el coronel con sollozos é imprecaciones.

—Matadme,—dijóle el reo, al terminar aquella conferencia.—Por eso he querido haceros esta revelacion.

—No!—respondió el coronel—que te debo la inmensa felicidad de poder llorar á mi hija.—

El coronel salió con el dolor pintado en el semblante; pero la frente iluminada con la aureola de una santa alegría.

De allí, sus pasos se encaminaron al cementerio; y cuando penetró en el sagrado recinto llevaba henchido el corazon de un sentimiento dulcísimo, mezclado de amor y de esperanza.

Al acercarse al sitio donde sepultó á su hija el coronel, vió con asombro que sobre aquella escondida tumba se alzaba un mausoleo de mármol coronado de una bella estatua de alabastro, de una identidad tan pasmosa, que suplía al epitafio.

Apoyada la cabeza en el pedestal, una bella joven eulutada, elevado al cielo sus ojos, oraba en muda plegaria.

El coronel cayó de rodillas ante aquella mujer y ante la imagen de su hija.

A su vista, la joven se turbó, y una espresion de dolor y de resentimiento pintose en su semblante.

—Angel del cielo!—exclamó el coronel—tú, que vienes á velar el sepulcro que yo abandonaba, dime tu nombre para amarlo y bendecirlo.

—Fui su amiga, juré amarla mas allá de la muerte, y cumplo mi promesa.

—Tu nombre! tu nombre!

—Soy la hija de aquel á quien vos llameis vuestro enemigo, y que gime en el destierro.....

Un día, á la hora en que la luna se alza blanqueando los mármoles y enhecheciendo los cipreses, dos ancianos y una joven de rodillas ante el sepulcro de Aura, oraban, con las manos entrelazadas, en seña de reconciliacion.

JUANA MANUELA GORRITI.

#### LAS ROCAMBORISTAS.

Parodia hecha, con el beneplácito de la Señora Doña Manuela V. de Plasencia, de sus versos publicados en “El Album” N.º 8.

Pónense tres ó cuatro alrededor De una pequeña mesa iluminada, De fichas ó monedas recargada, Según el precio puesta al rocambor.

Allí pierden las ricas, capitales, Y las pobres el pan de su familia, Y así no cuentan horas de vijilia Que para quien las pasa son mortales.

En las tertulias ya los bailarines Libres de las Señoras se entretienen, Con las niñas retozan, ván y vienen, Y las mamás ni vén á los piquines.